

Incendiarrios de ídolos

Un viaje por la revolución de Asturias



Incendiarios de ídolos

Un viaje por la revolución de Asturias

Mathieu Corman



cambalach memoria

Título original: *Brûleurs d'idoles. Deux vagabonds dans les Asturies en révolte*
Editorial Tribord, París, 1935

1ª edición Mayo 2009

Edita: cambalache
Calle Martínez Vigil, 30, bajo. 33010 Oviedo. Tfno: 985 20 22 92
e-mail: cambalache@localcambalache.org
www.localcambalache.org

Traducción: Carlos García Velasco
Diseño y maquetación: Amelia Celaya
Ilustraciones: Amelia Celaya
Fotomecánica: Fotomecánica Principado
Impresión: La Cooperativa

Depósito Legal: AS-2136-2009
ISBN: 978-84-613-0725-8
Impreso en papel reciclado

Todos nuestros libros están editados bajo licencia copyleft; esto significa que está permitida su reproducción, modificación, copia, distribución y exhibición, siempre que se haga citando a la autora o autor y sin ánimo de lucro.

Frente a cánones e impuestos creemos que el interés de la publicación de libros es difundir sus contenidos, servir de herramientas educativas y de debate; por eso todos los libros que publicamos se pueden descargar gratuitamente en www.localcambalache.org.

Índice

Presentación	7
Prólogo	
Dos trotamundos y un libro	9
I	
La aventura	19
II	
La Revolución	73
III	
La pacificación	109
Postfacio	
Socialistas y comunistas belgas ante el octubre revolucionario de Asturias 1934	149
Biografía	
Un librero en la tormenta	167

Presentación

Con la mirada puesta en un futuro incierto, olvidada en los márgenes del primer mundo, Asturias parece condenada a ser el símbolo de las luchas perdidas.

El presente es, de nuevo, oscuro; quizás por eso volvemos la mirada al pasado en busca de las certidumbres que ahora nos faltan. Y la *revolución d'ochobre*, aquella que hubiera cambiado el curso de nuestra historia, es uno de esos referentes que nos impulsan a gritar con rabia al tiempo que nos paralizan la garganta.

La fuerza de las mujeres y hombres que dieron un salto al vacío en aquellos días de octubre; que se enfrentaron a la muerte, la represión y la cárcel –de la que saldrían para engrosar las filas de combatientes de otra guerra perdida–, parece llegar hasta nosotras a través del tiempo. Sin embargo, no escuchamos sino el eco de las voces, el sonido lejano de las canciones; mientras que el deseo y las ansias de lucha que les empujaron a arriesgarlo todo se perdió entre las nieblas de la historia, tan cercana, tan lejana.

Miles de páginas que analizan cada detalle, cada palabra recogida, cada imagen fijada. Miles de páginas que explican el por qué, el cuándo y el cómo... tanto se ha escrito sobre esta revolución que parece imposible poder aportar algo más.

Incendiaros de ídolos tiene la mayor y más pequeña de las pretensiones a un tiempo: darnos la posibilidad de contemplar una parte de nuestra historia a través de la mirada de *otro*. Mathieu Corman se asombra, divierte o ironiza sobre lo que va encontrando a su paso; quiere ver con sus propios ojos «como se hace una revolución». Y lo consi-

gue, aunque no es la aventura feliz que esperaba sino un camino lleno de incertidumbres por una tierra en llamas.

En este libro, más que en ninguno de los anteriores, hemos servido de puente para que otros pudieran contar; por eso queremos mostrar nuestro agradecimiento a las personas que lo hicieron posible. En primer lugar a Carlos García, que nos descubrió a *los incendiarios*. A su interés y apasionada perseverancia se debe esta edición. Y, por supuesto, al regalo de su traducción.

A Geneviève Michel, que consiguió que contactáramos con los herederos del autor y que nos ofreció, junto con Carlos, el prólogo y el postfacio del libro.

Y a Carmen García, que corrigió las imprecisiones historiográficas cometidas por Corman.

Conocer nuestro pasado es imprescindible para poder cambiar nuestro presente. Conocer nuestras raíces es necesario para saber quiénes somos. Recordar que muchas otras, antes que nosotras, han pisado esta tierra abriendo sendas, dejando su rastro en el camino. Reconocer en sus luchas el reflejo de las nuestras...

Nuestra *memoria obstinada* no las olvidará nunca.

Eva Martínez, *cambalache*

Prólogo

Dos trotamundos y un libro*

Incendiarios de ídolos, como la mayor parte de los libros de Mathieu Corman, es una obra atípica. Oscila entre el relato de viaje, la crónica periodística y, en menor medida, el panfleto político y el testimonio comprometido. Dedicado a Marcel Ronsomme, un oficial de infantería que Corman había conocido en Colonia en 1922, el libro cuenta el viaje improvisado del autor y de Lucien¹, su amigo periodista, que deciden recorrer en moto las carreteras de una agitada España.

La obra se divide en tres partes introducidas por citas extraídas de *Le Cocu magnifique*, de Fernand Crommelynck², cuya elección más bien parece que responde al gusto de Corman por esa obra que a su relación con el texto. Pues, en el curso del viaje, otra frase de Crommelynck, «de una adorable locura», le viene a la cabeza para expresar la emoción de una situación nocturna. De forma igualmente sorprendente, la obra termina con una cita poética tomada de Francis James: «J'aime l'âne si doux...» («Amo el asno, tan sosegado...»), a conti-

¹ Probablemente Lucien Van Vye (1911-1993), oficial de la marina en Ostende, periodista y pintor ocasional, que más adelante acompañará a Corman a los Balcanes. Esta información y la mayor parte de la que se menciona después ha sido sacada de la biografía de Mathieu Corman, publicada en flamenco por Roger Tavernier («Mathieu Corman: boekhandelaar, globetrotter, reporter», reed. en De Brakke Hond, nº 44, 1999, p. 48-76) y acompañada de notas bien documentadas.

² Fernand Crommelynck (1885-1970), dramaturgo belga nacido y muerto en Francia. Creado en 1920 en París y publicado en 1931, *Le Cocu magnifique* se afirma como una de las obras teatrales más importantes de entreguerras y es fuente de inspiración para numerosos escenógrafos, entre ellos Meyerhold. Influenciado por el expresionismo alemán, Crommelynck utiliza un lenguaje nuevo, que pasa bruscamente de la exageración al lirismo.

nuación de la cual Corman establece el paralelismo entre el asno, humilde y fuerte, y el pobre, para ilustrar con ello su posición contra los explotadores en general y en la rebelión de Asturias en particular.

Emprendida con la idea del periodista, la aventura está contada por el librero, curioso y generoso, enamorado de España y amante de la literatura, lo que le imprime una marca de eclecticismo. La obra fue publicada en 1935 en Ediciones Tribord, la editorial creada por Mathieu Corman para publicar sus propias obras, pero también relatos de la guerra, novelas populares soviéticas y algunos clásicos del marxismo leninismo. La dirección de Ostende en donde está domiciliada (51, rue Buyl) es la de la librería Corman en esa ciudad. En cuanto a la dirección parisina (1, rue Livingstone), cambia a medida que va publicando; se trata quizá de una simple dirección para la recepción de la correspondencia. La edición original contiene algunas erratas, faltas de ortografía, imprecisiones tipográficas y errores de traducción que, lejos de resultar antipáticos, le dan un pequeño toque artesanal cuando se conoce su historia. La obra fue impresa en la Imprenta Cooperativa Obrera de La Louvière, señera ciudad minera en Bélgica.

La primera parte, «La Aventura», cuenta las etapas y las peripecias del viaje, la decisión de poner proa a la Asturias rebelde, el itinerario tomando carreteras a menudo difíciles que llevan al corazón de las zonas de enfrentamiento, así como las tretas de los dos compinches para superar los controles militares. Corman construye su relato a pinceladas, ritmando el texto con subtítulos que lo dividen en pequeñas partes, que evitan las transiciones aburridas y lo vuelven ligero y vivaz. Su escritura recurre con frecuencia a los diálogos, las exclamaciones, la elipsis y la frase corta, aproximándose al relato oral, hasta el punto que se tiene realmente la impresión de acompañar a los dos amigos en su periplo. Sin embargo, incluso cuando se cruzan con las fuerzas del orden, alcanzan la línea de fuego o penetran en la zona rebelde, el relato de Corman está más cerca de las peripecias

de boy-scouts que del reportaje periodístico, pues la relación entre los dos hombres, sus bromas de colegiales y sus temas de interés – un poco de cultura, mucha chanza–, resultan juveniles y superficiales. Al hilo de los días y de las páginas, sin embargo, el lado bromista y criticón de los dos compañeros resulta ser también una ventaja: les permite forzar los controles militares y les conduce allá donde ningún periodista extranjero pudo entrar. Habiendo salido para España al primer impulso, sin una idea preconcebida del lugar a donde iban a ir a parar, eligen Asturias cuando se enteran de que la provincia «se ha constituido como Estado comunista independiente». A medida que se aproximan, se dirigen sistemáticamente hacia los lugares que les han sido vetados por los guardias civiles. Su inconsciencia es también su fuerza y les ayuda a sortear los elementos naturales (nieve, frío, montaña); aliada a su fanfarronería natural y a su espíritu de aventura, les permite vencer la hostilidad de la gente. Es así como el coronel Solchaga, en Infiesto, acabará por firmar el salvoconducto que les franquea el acceso a Gijón e incluso a Oviedo. Su «motosaurio», un híbrido entre la moto y el dinosaurio, les lleva a todas partes por todas las carreteras. El pintor Labisse³, amigo de Corman, dibujará el itinerario que siguieron a partir del relato y de las indicaciones de Corman. Reproducido en la página 145, ese mapa muestra que después de Asturias, pasaron por Valladolid, Madrid y Toledo antes de seguir la costa catalana (en la página 167 se puede ver una foto de Corman delante de su tienda de campaña en una playa de Tarragona) y volver a Francia por el puerto de Perthus. El mapa de Labisse, divertido con sus pequeños dibujos ilustrativos, no es sin embargo muy preciso en lo que se refiere a Asturias.

En la segunda parte, «La Revolución», cambia el tono y se interrumpe el relato. No solamente dejan de intervenir los dos compañeros de

³ Félix Labisse (1905-1982), pintor con residencia habitual en Ostende, mantuvo contacto con los surrealistas. Realizó un fresco compuesto de treinta y seis retratos de artistas o escritores para decorar las paredes de la librería Corman en Ostende.

viaje, sino que los acontecimientos son relatados más bien desde el punto de vista de los rebeldes. El diario de viaje se transforma en reportaje periodístico sobre el desencadenamiento de la insurrección, su extensión en Asturias, la toma de Oviedo y el fracaso de Gijón; da una pincelada de la organización revolucionaria antes de desarrollar un alegato para desmentir las atrocidades que la prensa católica y progubernamental imputa a los obreros en rebelión.

A continuación narra el avance de las tropas gubernamentales, la llegada de las fuerzas coloniales y la recuperación de Oviedo. Corman llega probablemente a Oviedo el 10 u 11 de octubre, justo después de la toma de la ciudad; los cadáveres todavía no habían sido retirados y las ruinas aun humeaban. Corman redacta su relato poco después de su regreso a Bélgica –la obra sale impresa el 15 de abril de 1935– a partir de lo que había visto y oído, y de los documentos recogidos in situ (bando del Comité Revolucionario, panfletos y periódicos); no hay alusión alguna a la represión policial que siguió a la militar. El mayor interés de esta obra es el testimonio en caliente (por lo que comporta algunas imprecisiones) de un testigo ocular, probablemente el único observador extranjero que penetró en la zona rebelde durante los acontecimientos.

La tercera parte se titula «La Pacificación», lo que sorprende después del relato periodístico que privilegiaba el punto de vista de los rebeldes. En efecto, si el final de los combates conduce a una cierta pacificación, no puede ser la de los insurrectos, golpeados por el fracaso de su comuna y por la represión policial. De hecho, se trata más bien del apaciguamiento de los dos compañeros cuando acaban por dejar Asturias: habiendo llegado a Castilla, constatan aliviados que su viaje «por fin, se ha convertido en un viaje de placer». El relato de viaje los encuentra en donde los había dejado la primera parte: en la costa y, más concretamente, en Gijón, ocupado por las tropas gubernamentales. Gracias al salvoconducto, los dos aventureros son autorizados a tomar la carretera hacia Oviedo. Seguirán las huellas de

la reconquista y de la represión, primero exultantes por su contacto con la Historia («¿No nos hemos convertido en auténticos 'corresponsales de guerra', cuyas aventuras nos gustaba leer en nuestros libros juveniles?»), pero muy pronto abatidos por tanta ruina, muerte y miseria. Después de haberse hecho pasar por turistas o por redactores de guías turísticas, en ese momento reivindicaban la condición de periodistas y aprovechan para tomar numerosas fotos (que desgraciadamente no hemos podido encontrar). Obtienen la autorización para ir a Madrid, pasando por el puerto de Pajares y León, atravesando de ese modo la zona de los últimos combates. Un oficial les dice que son los primeros en pasar por allí. Ante esto, Mathieu y Lucien se las arreglan para pasar una noche junto a los insurrectos, y no en cualquier sitio: en Mieres, uno de los centros de la insurrección, y justo la noche que precede al armisticio. A través del relato del encuentro con las gentes del lugar, aquí como en la primera parte, Corman nos ofrece detalles sobre la organización revolucionaria, a diferencia de la mayor parte de los periódicos de la época, que hablan fundamentalmente de la represión. Asimismo, es de esta manera como supera la anécdota y los recuerdos de viaje para dejarnos un testimonio de primera mano y de primera hora.

No obstante, cabe señalar que la actitud pretendidamente neutral adoptada por Corman resulta vaga y ambigua, aferrándose a la ilusoria necesidad de objetividad periodística. Enseguida se entiende que esta actitud está ante todo determinada por la naturaleza del propio viaje y por la necesidad de tratar con los cerberos gubernamentales con el fin de ir a la zona insurrecta. Todavía se ponen más a prueba los límites de la neutralidad de Corman si se la compara con la imparcialidad que adopta Franz Borkenau, en *Spanish Cockpit*⁴ que –aun situándose claramente en el campo republicano en

⁴ *El reñidero español: la guerra civil española vista por un testigo europeo*. Franz Borkenau. (2001) Ediciones Península.

1936 y rechazando cualquier pretensión de objetividad– da lugar a una obra de lo más seria y documentada; se niega a favorecer a una de las tendencias, y busca incluso completar sus observaciones mediante una estancia en las líneas franquistas (que no le fue concedida). La diferencia está en las intenciones –el relato de un viaje un poco movido para Corman; un estudio sociológico e histórico sobre un período del que Borkenau ha captado toda su importancia– y, por consiguiente, se marca también en el método: encuesta crítica y en profundidad para Borkenau; impresionismo y superficialidad para Corman. Sin duda, las simpatías de Corman van hacia los insurrectos, lo dice desde el principio, pero no acaba de tomarlos en serio y no es sino retrospectivamente cuando evalúa la importancia de esa rebelión: «Ahora reconocemos –escribe cuando deambula por Oviedo en ruinas– que la revolución española, contrariamente a lo que habíamos creído en un principio, ha sido un acontecimiento de gran envergadura. Sin ninguna duda es el movimiento obrero más importante que se haya registrado en el mundo desde la Revolución Rusa». Lo que no es decir poco, sobre todo en boca de un futuro comunista... (Corman se afilia al Partido Comunista en 1935). A fin de cuentas, sus contactos con las tropas gubernamentales son con diferencia mucho más frecuentes que sus relaciones con los insurrectos, y la propaganda dirigida a desacreditar la insurrección también produce sus efectos sobre él. Por lo demás, Corman tiene la honestidad de confesarlo al final de su diatriba condenando los relatos falsificados de las atrocidades: ¡si se siente tan afectado por las mentiras de la prensa, es porque también él las había creído!

A pesar de ese vaivén, a veces un poco exasperante, entre una toma real de conciencia acerca de la importancia de los acontecimientos a los que asiste, y una actitud jocosa y poco consecuente, el relato de Corman constituye un testimonio original, vivaz y sorprendente, que ha permanecido hasta ahora inédito y casi completamente desconocido en España. Y nos ofrece también la oportunidad de analizar las relaciones entre esas dos regiones mineras que son Asturias y la

Bélgica francófona: ¿no aporta (página 68) Corman el testimonio de un habitante de Colunga que le comunica la fama de buena organización y eficacia de los sindicatos obreros belgas y de la fuerza de su partido político, en ese caso, el Partido Obrero Belga (POB)?

Geneviève Michel
Carlos García

*Nuestro agradecimiento a Milou Rikir, responsable del Carcob (archivo del Partido Comunista en Bruselas), por sus sugerencias en la búsqueda de documentación, así como a Roberto Rineri por su colaboración en la selección de la documentación, a Denis Gasser por su apoyo logístico y por habernos descubierto el libro de Corman y a Harald Piotrowski por su ayuda con la lengua alemana. Gracias también a Ángeles Muñoz Grande, que nos puso en contacto con los herederos de Mathieu Corman, Dieter Reinhardt Corman y Alfred Moor, y a éstos por la foto utilizada en esta edición.

Al señor Marcel Rossomme con toda mi gratitud

I
LA AVENTURA



*Brillante, se ha quedado sola.
Ha dormido, y sus sueños son todo olvido.*
F. Crommelynck

Confesión

Amo a España.
Tuve el flechazo cuando la vi por primera vez. Desde entonces, la vuelvo a ver tan a menudo como me sea posible.
Me gusta encontrarme entre sus paisajes áridos, con sus contrastes de luz y sombra; por lo que tienen de dorado y montaraz. Me gustan sus habitantes. Sus campesinos de alma caballeresca, un poco salvajes, pero mucho más civilizados que nosotros. Me gustan sus cielos sin nubes; su clima tan pronto suave como duro.
Me gusta por su fuerza. Pero me gusta, sobretodo, por su debilidad. El país donde el sueño se confunde con la realidad.

Improvisación

Viajando con un amigo, evoca los acontecimientos de España:
—Ahí hay para hacer un buen reportaje —dice.
—¿Quieres venir conmigo? ¡Nos iríamos mañana por la mañana!
Al día siguiente rodamos por la carretera del Sur, hacia el sol.

Intermedio

Saint Vincent du Jard. Una cabaña a orillas del Atlántico. Chabola de planta baja, casa de pescador. El antro del Tigre que se ha hecho viejo. ¡Los sueños materializados de quien con su propia fuerza moral ha abatido imperios!

El comedor es la cocina. El dormitorio le sirve también de biblioteca. Dos pequeñas celdas son las habitaciones de los amigos. Duerme vestido. Nunca abandona los guantes, *ni siquiera para comer gambas*. Su lecho no tiene somier. Un estrecho colchón sobre unas tablas.

Para ahorrarse el espectáculo de una humanidad imbécil y rampante (¿no lo soy yo también?), escogió la suerte de Diógenes. ¡Él, que ha dirigido a millones de hombres!
¡Él, sin el cual el mundo quizás tendría otra cara!
Georges Clemenceau.

Frontera

—No merece la pena que os demos el pase de salida —dicen los aduaneros franceses,— ¡no se puede entrar en España!

Sin embargo, pasamos el pequeño puente que separa los dos países y rogamos humildemente que hagan una excepción con dos viajeros a los que las circunstancias obligan a ir a África sin demora. Dos viajeros que han dado crédito a las afirmaciones de los periódicos, que dicen que se ha restablecido la calma en España.

Conferencias telefónicas con la dirección de la Seguridad General en Madrid. Espera de dos horas. Por fin, la buena noticia: podemos pasar con carácter excepcional, pero deberemos presentarnos en la Seguridad General durante nuestro paso por Madrid. Salir del país también es difícil. Es necesaria una autorización especial que nos darán allí si hemos sido prudentes a lo largo de nuestro viaje.

Roncesvalles

Rolando llama desde lo alto de su feudo. Oímos su cuerno. Lo vemos debatirse en medio de los sarracenos y de sus aliados, los vascos.

Pero, ¿dónde está el valiente Carlomagno?

La retaguardia de los ejércitos imperiales está sepultada bajo las rocas que los vascos hacen descender de la montaña.

Nadie escapará.

Ninguno de los veinte mil *franceis*.

Ninguno de los doce valientes, *francos de Francia, su tierra*.

Ni siquiera el paladín.

Altos son los montes y tenebrosos los valles, las rocas amarillentas, siniestros los desfiladeros.

Será la venganza de los vascos. Habían llamado al Grande, pero el salvador se había transformado en enemigo. Vengan a sus muertos destruyendo la retaguardia de un ejército en retirada.

Ibañeta, sepulcro del paladín y de sus doce pares. Un arco de granito rosa en lo alto del puerto. Una gran campana suspendida encima de la losa mortuoria.

El sonido de la campana despierta ecos lejanos. ¿Guiará quizás a algún peregrino perdido en la montaña donde ahora cae la noche?

Miramos lo que queda de la capilla de Carlomagno, dedicada a Rolando y a sus valientes. De las ruinas, acaban de exhumarse los esqueletos de dos gigantes.

¿Rolando y Olivier...?

¡Rolando, tu sombra merodea por la montaña!

¡Nos vienen ganas de gritar tu nombre a pleno pulmón en la noche oscura!

Tempestad

Plantamos la tienda en lo alto del puerto. La tempestad se desencadena y la noche es oscura.

¿Tenemos miedo?

Quizás...

A nuestro alrededor, el ruido ensordecedor de una batalla. ¿Son hombres? ¿Quizá son simplemente los elementos desencadenados?

No lejos de nosotros, yacen los postes de telégrafos abatidos por el hacha. Primeros testigos de la nueva batalla de los hombres. Primeras víctimas de una revolución.

Nos hemos olvidado de cerrar la tienda totalmente. Mientras dormimos, ráfagas de agua han empapado nuestros enseres. Hace mucho frío.

«¡Adios, Rolando, descansa en paz!»

«No sabíamos, al subir ayer hacia ti, que no te gustan los curiosos».

Poemas en la montaña

Las grandes placas esmaltadas a lo largo del camino no tienen indicaciones de carreteras.

Tienen estrofas –en vasco y en español– que un poeta ha dedicado a estas montañas y a sus bosques.

¡La manera como los españoles inmortalizan a sus glorias nacionales es tan inteligente como generosa!

Imágenes de la «Virgen de la Montaña», talladas en granito rosa, tienen las huellas de disparos recientes.

¿Dianas para ejercicios de tiro revolucionarios?

Pamplona

El zig-zagueo de la carretera es constante. Esta vez en descenso. El nombre de la ciudad nos preocupa. ¿Es un nombre feo o bello? Pero la ciudad es hermosa. ¿Es el efecto de un nuevo contacto con la vida española?

Nos cruzan largas miradas. Los ojos ocultan una gran inquietud. Unos temen al fascismo, otros al comunismo. Todos sufren esta lucha intestina.

¿Es todavía ella?

¡Se manifiesta tan diferente, tan dura para sí misma, tan desolada! ¿Hay que compadecerla o amarla más?

La conocimos alegre, feliz, despreocupada. La encontramos preocupada, dolida y profundamente afectada. Su dolor nos hace daño.

¿Las causas? El entusiasmo, los sueños, el amor, la generosidad. ¿Quizás también el orgullo?

Se representa a sí misma una feroz comedia.

Espíritus mezquinos darán otras razones, pero nosotros la conocemos bien. ¡Leemos en ella como en un libro abierto!

¡Frecuentemente, se conoce bien lo que se ama profundamente!

¡Nos gustaría tanto que fuera feliz! ¿Por qué? ¿Por qué tememos que nunca lo será? Esa cuestión podría sernos indiferente.

¡Pero no!

El servicio de orden está garantizado por la Guardia de Asalto, una super-policía con porras y metralletas.

Deambulan por las calles en grupo. Dispuestos a responder a cualquier provocación.

Un español nos da un buen consejo: «si los guardias de asalto pasan al ataque, corred tanto como puedan vuestras piernas. Por mucho que digáis que sois extranjeros, os arrearán porrazos hasta que caigáis a tierra si no os ponéis fuera de su alcance. Es su método para despejar la vía pública».

¡Buen deporte en perspectiva para nosotros!

En busca de la insurrección

Todo está tranquilo en España, dicen los periódicos gubernamentales. Los otros periódicos no dicen nada. Han dejado de publicarse.

Sin embargo, la guerra civil se intensifica. Pero, ¿dónde? Recopilamos información. ¿La región minera de Asturias? ¿Oviedo?

En un pueblo donde nos hemos detenido para comprar provisiones, nos enteramos de la sensacional noticia: la provincia de Asturias se ha constituido como estado comunista independiente, después de haber masacrado o encarcelado a todas las fuerzas de que disponía el gobierno de Lerroux.

Nuestra elección está clara.

¡Iremos a Asturias!

Nos hacemos estrategias. Las carreteras de la costa cantábrica están sembradas de pueblos y villas. Habría que franquear demasiadas barreras. Haremos un rodeo por Vitoria, Burgos y Palencia. Intentaremos pasar por la elevada meseta árida que separa las montañas de Asturias de la capital. Allá no debe de haber más obstáculos que los de la naturaleza. Incluso los pueblos son escasos. Se pasará más fácilmente que por los centros industriales del Norte, sin duda fuertemente vigilados.

Una catedral magnífica: Burgos.

El Cid, otro paladín.

¡Cid Campeador!

Hacia Asturias

Seguimos una estrecha carretera rural, a lo largo de unos doscientos kilómetros. No atraviesa sino algunos pueblos poco habitados. En el punto de partida su altura es de 930 metros. Subirá hasta la nieve...

Si es posible todavía entrar en Asturias, sólo puede ser por esa carretera.

El frío, que se vuelve penetrante, obliga a protegernos la cara. Sólo quedan al descubierto los ojos.

¡Parecemos conspiradores de opereta!

La monotonía del paisaje y el frío favorecen la ensoñación. Nos olvidamos totalmente de la revolución española y pensamos en cosas que nos son agradables...y que no tienen ninguna relación con el presente.

Primeras mentiras

— ¡Alto!

Ante nosotros surgen los cañones negros de dos fusiles. Los frenos gimen dolorosamente. Obedecemos inmediatamente.

¡Nos han cogido...!

Nos conducen hacia una estrecha celda, blanqueada con cal. Diez guardias civiles entran al mismo tiempo que nosotros. Todos están armados hasta los dientes. Están convencidos de que han hecho una buena presa...

Todos preguntan a la vez.

¿Cómo explicamos nuestra presencia en esa carretera perdida que lleva a Asturias?

«¡No entendemos español!.. Pero si nos escriben las preguntas, quizás comprendamos...»

(Eso nos daría tiempo para pensar en la respuesta).

¿Si llevamos armas?

— ¡Non intiende! (sic)

Que está prohibido circular en la provincia, salvo autorización especial del Gobierno Militar. (Está claro, más vale que no entendamos).

— Queremos ir a las cuevas prehistóricas de Altamira. ¡Cuevas prehistóricas Altamira! ¡Buaah!..

El teniente que manda en el puesto decide presentarnos las preguntas por escrito:

— ¿Cómo es que están ustedes en esta carretera?

— Nos hemos equivocado de camino.

— ¿Por qué se dirigen hacia una región en plena revolución?

— Los periódicos dicen que todo está en calma en España.

— ¿Saben ustedes que corren peligro de muerte en la carretera por donde van?

— ¡No! ¡No es posible! Tenemos tanto miedo...

— ¿Es que no son ustedes periodistas?

— ¿Nosotros periodistas...? ¡Horror!.. *Nosotros escribimos guías de viaje para turistas.* Es por eso que no nos molesta seguir caminos aún poco conocidos.

Apoyándonos en estas palabras, mostramos una guía de viaje en la que decimos que hemos colaborado, así como un documento con visados alemanes, italianos, marroquíes, portugueses, suizos, etc.

— No tendrían la intención de ir a Potes.

— ¿Potes? ¿Qué es eso? Nunca habíamos oído esa palabra.

— Es el nombre de un lugar que ustedes deben evitar si no quieren morir.

A continuación, una larga espera durante la cual se examinan cuidadosamente todos nuestros papeles. Salen unos guardias para registrar nuestro equipaje, que quedó en la moto. Finalmente, el teniente se cubre las espaldas haciendo telefonar a no-sabemos-quién para saber lo que conviene hacer con nosotros.

Ese no-sabemos-quien estima que no hay motivo para retener inútilmente a gente que escribe guías de viaje y que parece ignorar todo de la revolución. El teniente dice que debería enviarnos a Palencia, pero que no quiere poner trabas a nuestro deseo de visitar las famosas cuevas de Altamira, con la condición de que sigamos la carretera que nos indica sobre el mapa. Además, deberemos presentarnos en el Gobierno Militar Provincial en el momento de nuestra llegada a Santander. Allí se nos indicará la ruta a seguir para volver a Francia.

El desenlace es tan inesperado que no tenemos ningún inconveniente en hacer promesas con total sinceridad.

Donde cambiamos de ruta

Buenos polis, les pedimos perdón ¡Si supieran que, apenas fuera de su vista, buscamos febrilmente en los mapas ese famoso Potes que nos ha sido expresamente prohibido! ¿Por qué razón querían impedirnos pasar por ese sitio? Nos convencemos de que ellos también habían pronunciado el nombre de Potes con cierto pavor.

Potes está señalado sobre nuestros mapas como una gran villa en el centro de las montañas llamadas Picos de Europa, en la frontera con Asturias, a ciento veinte kilómetros de Carrión de los Condes, donde nos encontramos.

En seguida llegamos a un cruce. Hay que tomar una decisión.

¿Potes o no?
¿Miedo o no?

¿Hemos venido a España a vivir una aventura?
Decidimos que sí.

Mientras meditamos la decisión, resolvemos también que no tenemos miedo.

La aventura nos atrapa ya y experimentamos la necesidad de apoyar todas nuestras decisiones con un enérgico e inofensivo «¡muerta la vacca!» (sic). No es que no tuviéramos un nutrido repertorio de los juramentos más elementales en español (¿no estuvo uno de nosotros en América del Sur?), pero el momento es demasiado grave para utilizarlos. ¡Podría traer mala suerte!

La cinta de la carretera se desenrolla a continuación ante nosotros sobre setenta kilómetros sin que haya nada que nos llame la atención. Ante todo, tememos encontrarnos con guardias civiles. ¿Cómo explicarles que nos hemos equivocado de carretera, cuando esta ruta nos ha sido expresamente prohibida?

Luego aparece el terrero negro de una mina de carbón. La primera...

La mina está desierta y las pocas casas que la rodean tampoco dan muestra alguna de vida.

Buscamos con la mirada cañones de fusiles por todas partes donde podrían ocultarse hombres. Quisiéramos poder hacer señales antes de que abrieran fuego...

¿Dónde están, pues, vuestros guardias civiles?

Es así como llegamos a una gran villa llamada Cervera de Pisuerga (o Cervera del Río), último pueblo antes de Potes, del que nos separa un muro de montañas con las laderas nevadas. Los picos que sobresalen en línea de cresta están aureolados de gruesas nubes oscuras.

Antes de continuar la ruta quisiéramos informarnos sobre la revolución.

Transidos de frío, nos hacemos servir bebidas muy calientes en un café oscuro, una especie de tugurio para conspiradores meridionales.

La actitud desconfiada, casi hostil, de todos los clientes sentados a las mesas nos choca y entristece. ¡Está tan en contradicción con todo a lo que estamos acostumbrados en España!

Sólo el camarero es amable y nos señala a alguien que entiende francés.

Le rogamos que se siente a nuestra mesa con la esperanza de preguntarle. Nos damos cuenta en seguida de que somos más bien nosotros los interrogados.

¿Qué hacen ustedes aquí?, etc., etc.

Nos aventuramos a hacer la pregunta que nos quema los labios:
—¿Hay guardias civiles por aquí?
—¡No!

Sin embargo, nos parece que si hay un pueblo en el que un gobierno previsor debiera establecer una buena dotación de guardia civil, sería el pueblo en el que nos encontramos.

—¿No ha habido nunca Guardia Civil en Cervera?

—Sí, pero ya no —respondió bruscamente.

Está claro que nos toman por otra cosa que por turistas inofensivos. ¿Quizá por espías enviados por las autoridades fieles al gobierno de Lerroux?

La actitud desconfiada de la gente que nos rodea se vuelve insostenible. Recordamos que los guardias civiles de Carrión querían impedirnos seguir esta ruta y llegamos a la conclusión de que los habitantes de Cervera deben de haber expulsado o masacrado a los guardias civiles, hechos que se produjeron en tantos otros lugares de la región minera. El mal humor puede explicarse porque saben próximo el momento de la represión, al no haber dado el resultado que prometía el movimiento revolucionario.

Lástima, nos enteraremos en Potes, hacia donde nos dirigimos sin pérdida de tiempo, de la historia de los recientes acontecimientos de Cervera de Pisuerga¹.

En la borrasca y en la nieve

A la salida del pueblo, un poste anuncia lacónicamente: «Potes 51 km». La señal está orientada hacia una mala carretera en zig-zag que se pierde entre las rocas.

Nuestra motocicleta, con su pesada carga (tienda de campaña, sacos de dormir, colchonetas hinchables, etc.) se parece bastan-

¹ Durante la Revolución se convirtió en uno de los principales focos de conflicto de la montaña palentina. De hecho, con la declaración del estado de guerra, Cervera dejó de pertenecer durante algunos meses a Palencia para pasar a depender del gobierno de Oviedo. El conflicto acabó con la entrada de los militares y la huida a los montes de los revolucionarios, que acabaron entregándose.

te a un animal prehistórico, por eso la bautizamos como «motosaurio».

Es una máquina potente, para la que la alta montaña no tiene secretos. La mayor parte de las carreteras de los Alpes, los Pirineos, el Macizo Central, las sierras españolas y las principales del medio y alto Atlas, así como algunas de las montañas de la cadena del Rif, le son familiares.

Nuestra carretera actual discurre en medio de rocas, se eleva rápidamente, y rozamos ya la nieve que cubre las laderas de la montaña. El tiempo se ha vuelto desagradable. Gruesas nubes negras planean bajas, oscureciendo el cielo. Llovizna y el frío hace daño.

Enseguida las ruedas de la moto entran en contacto con la nieve, cuyo espesor aumenta a medida que subimos. La lluvia se ha transformado en una nieve húmeda que el viento, implacable, proyecta contra nuestros rostros con violencia.

La capa de nieve que cubre el suelo se convierte en un serio obstáculo y nos obliga a marchas cortas. La máquina resbala a menudo. No mantiene la estabilidad más que con la ayuda de nuestras piernas, que se hunden en la nieve a veces hasta las rodillas.

Es una locura querer pasar esta montaña con un tiempo semejante, cargados como estamos. ¡Pelearse con nuestro gran «motosaurio» en una nieve que alcanza hasta sesenta centímetros de espesor, en una carretera con una fuerte pendiente, bordeada de espantosos precipicios, mientras la nieve se arremolina borrascosa, no tiene nada que ver con el placer, ni siquiera con el deporte!

No sin hipocresía, maldecimos a los polis de Carrión. ¡Si no nos hubieran prohibido expresamente ir a Potes, nunca se nos hubiera ocurrido meternos por carreteras parecidas!

Continuamos avanzando con la esperanza, tan a menudo defraudada, de que la próxima curva desembocará en el final del puerto y nos dejará ver el descenso.

Ante tanta adversidad, no dudamos en echar mano de nuestro amplio vocabulario de juramentos españoles, escogiendo los más sonoros. Juramentos que harían enrojecer al más cínico de los corsarios de la época dorada.

Lo que, por lo demás, en nada mejora nuestra situación.

Pero todo tiene un final. Bien que mal, pero completamente extenuados, llegamos a lo alto del puerto. A esa altitud dominamos las nubes. Está más claro. Nos concedemos un largo descanso y hacemos algunas fotografías, a pesar del mal tiempo.

Un lobo

El descenso, sin ser tan agotador, se presenta aún más peligroso que la subida. Un patinazo inoportuno sobre esta carretera de fuerte pendiente nos enviaría a los abismos abiertos, cuyos bordes rozamos, y a la eternidad.

De repente, a unos cincuenta metros de nosotros, un enorme lobo aparece de forma inesperada; echa un vistazo espantado hacia nosotros y desaparece inmediatamente en la espesura que bordea el barranco de donde había salido, no dejando en la nieve más que la huella de sus patas.

La aparición del lobo en esta región, una de las más desiertas e inclementes de Europa, no tiene nada de extraordinario. Por lo demás, nosotros no estamos muy impresionados. El esfuerzo que tenemos que hacer para mantener el control de nuestra máquina nos tiene demasiado absortos.

El espesor de la nieve disminuye a medida que descendemos. Pronto ya no forma sino una delgada capa. El tiempo también mejora y aceleramos considerablemente la velocidad.

Acabamos de franquear lo que denominamos «nuestro Rubicón». Ya no es cuestión de hacer en sentido inverso el camino que acabamos de recorrer. Más bien correr todos los riesgos que se quiera...

¿Ante nosotros? ¡Potes! Asturias... La Revolución...

Acabamos de recorrer ciento veinte kilómetros, sin haber visto rastro de uniforme. ¿Estaremos ya en el famoso Estado comunista donde todas las fuerzas gubernamentales han sido bien masacradas, bien encerradas?

En cualquier caso, no dejamos de constatar lo delicado de nuestra situación y –un poco formalmente– decretamos con solemnidad «que se ha acabado la broma». Es un rito algo engañoso, cuyo ridículo tiene efectos beneficiosos sobre nuestra moral.

Otra mina más abandonada por los obreros...

Más adelante, los muros de una casa recién incendiada. El fuego aún está latente y una ligera humareda se desprende de las ruinas hacia el cielo.

Un pequeño bandido de gran camino

La tarde desciende suavemente sobre las rocas.

A nuestra izquierda, un grupo de edificios cuelga de las laderas brumosas de la montaña.

¿Potes?

Franqueamos un puente sobre el cual gesticulan paisanos armados. Queremos pararnos un poco más lejos, en el centro del pueblo, pero la gente corre hacia nosotros desde todos lados. Algo nos empuja a continuar nuestro camino. Este pueblo sin iluminación y tan lúgubre no nos dice nada bueno.

La máquina petardea a través de las calles estrechas y tortuosas que sólo nuestro faro ilumina. El ruido que hacemos nos da un poco de seguridad, pero estamos invadidos por una especie de malestar.

¿Será el miedo?

Nos sentimos como si el misterio de Potes nos hubiera dejado de interesar...

Una vez dejadas atrás las casas, el estado enfangado del camino no deja de intrigarnos. Debemos de habernos equivocado de carretera, pues unos kilómetros más allá se transforma en una serie de zig-zags que remontan hacia la montaña. ¡Esa montaña a la que tenemos un bendito horror desde que sabemos que sus caminos están bajo la nieve!

Nos detenemos para deliberar. La conclusión de que de ninguna manera quisiéramos volver a atravesar Potes se impone con fuer-

za. Consultamos nuestros mapas de carreteras. A continuación emitimos algunos sonoros juramentos...

Estamos en un camino sin salida que lleva a lo más alto de los Picos de Europa. La necesidad de volver a Potes se presenta como inevitable.

Mientras hablamos a la luz de nuestro faro, somos interpelados por un individuo de pinta patibularia, salido de no sabemos dónde. No entendemos bien lo que quiere, pues su lenguaje es poco claro, pero creemos que quiere que le sigamos a la montaña.

Cuando después de largas discusiones queremos volver en la dirección de Potes, se apodera del manillar de nuestra máquina, profiriendo amenazas bien claras.

Ya basta. Las adversidades afrontadas en el curso de esa jornada nos han vuelto agresivos, quizá más de lo razonable. Nuestro lenguaje se vuelve seco y, vigilándole de cerca no fuera el caso que hiciera el intento de sacar un arma de su bolsillo, sacamos de los nuestros un gran puñal de resorte –un arma que sabemos que está estrictamente prohibida en España– y comenzamos negligentemente a limpiarnos las uñas.

La vista de la larga cuchilla, bien afilada, parece hacer su pequeño efecto. ¿Ha comprendido que, llegado el caso, podríamos ser más peligrosos que él? Como quiera que sea, cambia completamente de táctica. ¡Volviéndose implorante, nos pide una peseta por la información que dice habernos dado!

Nosotros le respondemos con algunas expresiones españolas que no podemos reproducir, pero que tienen la doble ventaja de resumir nuestras impresiones de la jornada y de dejar en las nubes a esta especie de bandido de piel de conejo.

Por lo demás, nosotros nos habíamos familiarizado con la idea de tener que enviarlo al fondo del barranco que estaba a nuestros pies. Esa idea se había transformado poco a poco en una peligrosa tentación...

Nos habíamos creído terribles aventureros. Que alguien tuviera la tentación de venir a buscarnos las cosquillas nos ha disgustado profundamente.

Donde damos miedo y tenemos miedo

Volvemos a Potes. Allá nos encontramos de nuevo con campesinos armados. Para evitar que nos tomen por gente sin la conciencia completamente tranquila, nos detenemos cerca de ellos y les preguntamos ingenuamente el camino para el próximo pueblo. Luego, atravesamos rápidamente el pueblo, pero el puente por el que hemos entrado está cerrado por paisanos que apuntan sus fusiles contra nosotros, gritando la orden de parar.

Vemos enseguida que les hemos impresionado mucho. Efectivamente, tienen la necesidad de apoyar el cañón de sus fusiles contra nuestras costillas, los dedos sobre los gatillos, mientras caminamos delante de ellos al puesto de mando.

Así escoltados hacia el pueblo que hemos atravesado dos veces haciendo un ruido infernal (iprobablemente para demostrar que no teníamos miedo!), nos abandonamos a nuestras reflexiones. Pensamos en lo que pasaría si uno de nosotros o de nuestros guardianes, cuyos dedos permanecen obstinadamente apoyados contra los gatillos, resbalase. O si uno de nosotros hiciese un gesto que resultara sospechoso a esta gente demasiado nerviosa.

¡Obviamente, la aventura presentada bajo esta forma no nos interesa!

¿En manos de quién estamos? ¿Cómo y qué habrá que responder durante el inevitable interrogatorio? Intercambiamos rápidamente algunos consejos para el caso de que se nos interrogue por separado. Naturalmente, haremos como que no entendemos nada de español. Eso nos hará ganar tiempo para ver de dónde viene el viento.

Nuestros guardias, cuyos fusiles no quieren de ninguna manera separarse de nuestras espaldas, nos llevan hacia una tienda de comestibles cuyo mostrador preside un hombre pequeño y delgado, secundado por una buena madre de familia, alta y gorda.

Vemos enseguida que no tenemos que enfrentarnos con mala gente, aunque ellos mismos estén impresionados de vernos escoltados de forma tan peligrosa.

La tienda, la acera e incluso la calle están tapadas por una multitud de curiosos atraídos por el acontecimiento. A muchos de ellos, por lo demás, les intrigaron las maniobras ruidosas y contradictorias de nuestra máquina a través de este pueblo sumido en la oscuridad.

Delante del alcalde, y ante sus preguntas, adoptamos el aire más estúpido del mundo (los amigos nos dijeron luego que debería habernos sido fácil). El alcalde decide mandar a buscar a alguien que entienda francés.

El intérprete, una especie de caricatura de John Gilbert, llega corriendo y todavía jadeante nos lanza brutalmente:

—¿Bueno, qué quieren?

La respuesta le llega en el mismo tono:

—¿Nosotros...? ¡Nada!

- ¿Por qué están aquí?
- ¡Ya lo ve! ¡Sin duda porque nos han detenido!
- ¿Son ustedes rusos?
- ¡Vaya, va usted de prisa!
- ¡Su documentación!
- ¡No tenemos!
- ¿Cómo, no tienen documentación?
- No, ... porque ya se la hemos dado al alcalde.

Comprende que le tomamos el pelo y cambia de tono. Se vuelve más educado y ahora se limita a traducir las preguntas que hace el alcalde:

- ¿De dónde vienen?
- De Burgos.
- ¿A dónde quieren ir?
- A Altamira.
- ¿Cuál es el objeto de su viaje?
- No tenemos un objetivo, sino escribir un libro para los turistas.
- ¡Han escogido bastante mal el momento y el itinerario para hacer un viaje para documentarse en España!
- ¿No dicen los periódicos que todo está en calma?
- ¡Sí, los periódicos del gobierno, que tienen sus razones para decir semejantes estupideces!

Pronto se convencen de que tienen ante ellos a unos inofensivos, aunque un poco ingenuos, turistas y el alcalde nos dice, en el tono más amable, que estamos libres. Tenemos la impresión de que se espera que, a cambio de tanta amabilidad, hagamos una importante compra de provisiones para el camino. En efecto, durante el interrogatorio, no dejamos de mirar todas las buenas cosas de comer que estaban expuestas ante nosotros, pues la hora de nuestra cena hacía tiempo que había pasado y teníamos mucha hambre.

Esta noche estamos rencorosos y la hemos tomado con este alcalde tendero, cuyos hombres nos habían detenido con tan pocos miramientos.

Salimos de su tienda para ir a hacer impresionantes compras a su competencia, instalada enfrente. Es un poco mezquino. Pero tenemos sed de venganza. Los españoles, gubernamentales o no, nos han hecho pasar ya por demasiadas impresiones.

¡El miedo es la madre de la maldad!

Velada en Potes

José, el intérprete, contento de haber encontrado con quien hablar francés, nos arrastra hacia una taberna iluminada con velas, donde hace que nos sirvan un vino tinto que sería excelente si no tuviera el gusto alquitranado característico de los vinos conservados en odres de piel de cabra.

La taberna es uno de esos tugurios de los muchos que hay en las zonas rurales españolas. Con sus grandes barricas alineadas a lo largo de las paredes y su techo bajo, del que cuelgan odres llenos de vino, parece una despensa de provisiones. Aspecto que le da un aire lúgubre, de degolladero, aire reforzado por una semioscuridad que impotentes velas combaten débilmente.

No tenemos ninguna prisa por dejar Potes, ahora que hemos conocido a sus habitantes, más temerosos que malvados (a propósito, ¿no debe de ser esta también la opinión que tendrán de nosotros?). Estamos sobre todo contentos con la perspectiva de poder enterarnos de detalles importantes sobre los acontecimientos de Asturias.

Les hacemos preguntas acerca de lo que ha ocurrido en Cervera. Pero Cervera está a más de cincuenta kilómetros de Potes y no mantiene relaciones, por pocas que sean, con el pueblo donde estamos. Además de la distancia, la muralla formada por la alta montaña impide cualquier relación en un país en el que los viajes se hacen a lomos de asno y más raramente en coche hipomóvil².

Buscad la mujer

Nuestro amigo José está preocupado. Nos confiesa por qué. Está enamorado –demasiado, piensa– de una joven muchacha del pueblo. Sabe que ella le quiere, pero no cree que pueda casarse nunca con ella. Esta es su historia:

Expulsado de Francia por haber vivido y trabajado allí sin permiso, José, que entonces tenía veintidos años, se enamoró de una joven de Potes.

José es un poco poeta y profesa opiniones avanzadas, incluso anarquistas. No se encuentra en olor de santidad en su pueblo. El cura ha creído que era su deber decir a la joven que su alma se perdería para siempre si no renunciaba a frecuentar a ese mal muchacho.

La joven promete no volver a ver a José. Pero le ama demasiado. Pasan quince días, después ella lo vuelve a ver como antes.

El cura llama a la madre y la convence de no dejar entrar en casa a quien ya había admitido como futuro yerno.

Los jóvenes se ven a escondidas. Eso no se le escapa al cura. Denuncia a la joven y a su familia durante un sermón en la iglesia.

²Carro o carruaje tirado por caballos.

Ante el escándalo, la familia se ve obligada a enclaustrar a la joven en casa. José no se quiere conformar y exige que se le permita volverla a ver.

Atrapada entre la opinión pública y el novio, la familia no ve otra salida que alejar a la muchacha. La llevan a Santander, donde se la confían a una pariente.

Esta historia nos explica la gran influencia de los curas en los pueblos españoles. ¿Pero no explica también el odio que algunos españoles parecen sentir hacia el clero?

Los clientes de esta taberna nos observan con curiosidad.

En un rincón, un ciego rasguea una guitarra. Su música nos es desconocida. Es infinitamente triste. Es el corazón de un desdichado el que habla.

José también tiene el corazón afligido.

¿Y la «revolución»?

Queremos hablar de la revolución. José se vuelve reticente. Nos teme un poco ¡Nunca se sabe! ¡La historia que hemos contado al alcalde es probablemente verosímil, pero podría ser inventada! Cuando le presionamos para que hable, responde que hay que ser prudentes; ahora más que nunca.

De lo que buenamente nos quiere decir, entendemos que Potes se ha sublevado con el anuncio de la huelga general la tarde del cinco de octubre. El cuartel de la Guardia Civil fue tomado al asalto; fueron detenidos guardias civiles y se constituyó un comité revolucionario.

Ahora la localidad vive a la espera de la vuelta de las fuerzas gubernamentales que ocupan ya La Hermida, un pueblo a quince kilómetros de Potes, situado en el desfiladero que el río Deva ha cavado en la montaña.

Desde hace algunos días, los aviones sobrevuelan los pueblos de la región y arrojan bombas y octavillas.

José nos aconseja encarecidamente que no pasemos la noche en Potes o en sus alrededores. Cree que la represión será despiadada y que correríamos riesgo de ser detenidos, en tanto extranjeros, en el curso de las operaciones militares.

Las gargantas de La Hermida comienzan a menos de cinco kilómetros de Potes. Deberemos, pues, acampar antes de entrar en el rocoso desfiladero, donde sería imposible plantar la tienda.

Nos planteamos por un momento la posibilidad de quedarnos con los revolucionarios. Pero ya sabemos que se replegarán hacia lo alto de la montaña ante las tropas. Para seguirlos tendríamos que trepar por senderos de mulas que pasan por las cimas de los Picos de Europa, lo que sería imposible para nuestro vehículo, aunque no hubiera nieve en la montaña.

También abandonamos, por temeraria, la solución de irnos esta misma noche hasta el pueblo ocupado por las tropas. Para nuestro amigo José no cabe ninguna duda que las tropas o patrullas dispararán contra nosotros si avanzamos hacia ellas en la oscuridad.

Diversión

Lucien, mi compañero, es de esos poetas que creen en los cabellos largos. Los lleva, pues, largos, muy largos, demasiado largos, sumamente largos.

Lucien ya ha viajado mucho. De Manchuria, ha traído un gorro tártaro, forrado con piel de liebre, de aspecto subversivo. Del gorro se desbordan hacia la nuca, con una abundancia desconcertante, los cabellos demasiado largos del poeta.

Lucien es un hombre de orden. Sin embargo, nunca un anarquista consciente tuvo un aspecto tan terrorífico como mi compañero de viaje. No lleva cuchillo entre los dientes, pero da la impresión de que es por olvido.

Tengo la convicción de que es a causa del inquietante aspecto de Lucien que gubernamentales y revolucionarios, incluso los gendarmes franceses, nos han mareado tanto. Quisiera que cambiase. Para abordar mañana a las fuerzas gubernamentales con posibilidades de salir airosos, es necesario que Lucien sacrifique sus cabellos y que meta su gorro en el fondo de nuestros bolsos.

Sé que es susceptible y abordo la cuestión con prudencia. Pero el tono de nuestro diálogo enseguida se alza y nuestras frases se vuelven astutas:

—¿Es que una cabellera *indecente* vale *la vida de dos hombres*?

— ¡Esa es una pregunta estúpida!

— ¡Todas nuestras contrariedades provienen de que tú pareces un huído de un asilo de alienados!

— ¡Y no soy yo el más «alienado» de los dos!

Me arriesgo a una insinuación pérfida:

— ¡Para haber perdido hasta ese punto el sentido del ridículo, tiene que ser porque estás enamorado!

Disparo la flecha a una herida; Lucien me colma de virulentas injurias.

Pero su resistencia ha sido socavada. Muy dócilmente se deja llevar hacia la esquiladora del único barbero de Potes. La oímos cortar sus cabellos, él con la muerte en el alma, yo con una maliciosa alegría.

Antes incluso de haberme percatado de su nuevo aspecto, he perfilado la frase que debe convencer a Lucien de que «está mucho mejor que antes».

Lo sabe y detiene la retahíla de mis palabras lanzando lacónicamente:

— ¡Imbécil!

En busca de dónde acampar

Hacia medianoche nos despedimos de José y de Potes. Los hombres armados que montan guardia en el puente nos ven partir hacia donde se encuentran las tropas.

No queremos avanzar demasiado en la noche para evitar encontrarnos con patrullas y por el temor a encontrar también tropas que hubieran avanzado aprovechando la noche. Pero ninguno de los lugares que inspeccionamos reúne las condiciones que consideramos indispensables para asegurarnos una noche más o menos tranquila.

Es más que probable que la tropa intente apoderarse de Potes al amanecer. Una elemental precaución exige, pues, que la tienda se plante en un sitio que no sea visible desde la carretera.

No es sino a la entrada misma de las gargantas del río Deva donde encontramos un camino de herradura que lleva a una pequeña plataforma invisible desde la carretera. El sendero es tan empi-

nado que tenemos que descargar nuestros enseres de la motocicleta y acarrearlos en la espalda. También tenemos grandes dificultades para llevar el vehículo hasta arriba, por lo peligroso de la cuesta.

Nocturno

La plataforma es un pequeño prado cerrado por una espesura impenetrable.

Hinchamos rápidamente las colchonetas y nos echamos encima, sin levantar la tienda. Encima de nosotros está la cúpula negra y tranquila de un cielo sin estrellas. Las nubes compactas que planean bajas vuelven la noche opaca. Colchonetas y cuerpos entran en contacto inmediato con ella.

Un nuevo y muy particular encantamiento se apodera de nosotros.

*Je boire la fraîche avec de lents chalumeaux, par l'infini, et dire merci autant que d'herbes*³. Esta frase de Crommelynck, de una locura adorable, nos viene a la memoria. La repetimos automáticamente porque traduce muy bien la sutil emoción que nos embarga. Efectivamente, tenemos la sensación de sorber la noche; de absorberla por todos los poros.

A lo lejos, en las laderas de los Picos de Europa, se desplaza lentamente una pequeña luz que nuestros ojos siguen con irritación.

Nuestro estado de ánimo es confuso. Quisiéramos saber de qué está hecho el mañana. Pero, ¿existe «mañana»? Es un día que está por hacer, ¿no es así? Pues «mañana» no nos importa. Razonamos

³ *Sorbo lenta e infinitamente el fresco con pajitas, y doy tantas gracias como hierbas hay.*

así porque tenemos miedo de todo lo que –lo sabemos bien– no dejará de producirse «mañana».

¿Viviremos quizá «mañana» por la tarde?

¿El medio de evitar pensamientos idiotas cuando uno está tendido, a medianoche, en medio de un monte, con los ojos llenos de una tinta negra, en la que se desplaza –demasiado lentamente– una pequeña luz?

Levantamos la tienda.

Los matorrales que nos rodean emiten ruidos apagados. ¡A menudo creemos oír pasos humanos! Es el ruido lo que nos da más miedo. Nos lleva a evocar explicaciones siempre desagradables de dar, incluso a gente que no tuviera hacia nosotros sino buenas intenciones. Los nervios están sometidos a una tensión extraordinaria, todo lo desagradable posible, desde el momento en que uno es interpelado hasta el momento en que se da cuenta de las intenciones de los interpeladores.

¡Esta vez son nuestros temerosos amigos, los conejos, los que son la causa de nuestros espantos! Filosofamos: es su turno de dar miedo a la más viciosa y sanguinaria de las bestias: ¡el hombre!

Este profundo pensamiento pone fin a las fantasías a las que nos entregamos con complacencia.

Bebemos los últimos y sustanciosos tragos del denso vino de Potes.

¡Suavemente, nos invade la impresión de que más bien serían la noche y sus ruidos extraños los que deberían experimentar miedo ante una vecindad tan aterradora como la nuestra!

También suavemente aumenta en nosotros el sentimiento de que realmente somos capaces de plantar cara a todas las fuerzas maléficas del mundo juntas. ¡Nuestro valor alcanza su cumbre en el momento en que constatamos, en voz alta, que no tendríamos miedo ni siquiera si nos viésemos obligados a batirnos contra individuos tan terribles como nosotros mismos!

Nos adormecemos sin dificultad, pero no sin haber procedido a un previo intercambio apasionado de epítetos injuriosos en relación con la embriaguez. Ya que los vocablos inesperados hacen mucho efecto sobre los cerebros fatigados, echamos mano sobre todo de neologismos.

Ilusión y realidad

Vamos a su lado. Contentos de saber que está tan cerca. De repente, se vuelve hacia uno de nosotros y lo besa.

El gesto era inesperado. El sueño me abandona. Me parece haber oído un ruido. Me despierto completamente y escucho en la noche. En la montaña resuenan, repetidos al infinito, los ecos de un tiroteo.

Pronto, el ruido de una campana tocada a todo vuelo se añade al alboroto de los fusiles. ¿Tocan a rebato?

¿Potes?

El ruido regular de una ametralladora escupiendo ráfagas intermitentemente se percibe también claramente.

A mi lado, Lucien ronca como un herrero. Si no lo despierto, no me creará.

Lo llamo. Se incorpora en su saco de dormir y escucha conmigo el inquietante alboroto.

Poco después, los disparos se vuelven más ralos. Pronto ya no oímos más que vagos rumores, imposibles de definir.

Fuera todavía es de noche.

Lucien me dice: "¡Ya veremos mañana!", se envuelve en su saco y vuelve a sus interrumpidos ronquidos.

No puedo dormirme sin reprocharle que ronque sin ningún pudor. Me recomienda secamente que lo deje en paz, añadiendo que debería ser el último en reprocharle que ronque, dado que yo tengo el mismo defecto. Sé que no es cierto pero, ¿cómo convencer a un compañero de tienda que dice que uno ronca sin darse cuenta?

Todavía los guardias civiles

Al despertarnos, todavía en pijama, vamos a un sitio del sendero desde donde podemos ver la carretera. Está desierta. Pretendiendo impresionar a la tropa con un atuendo y un aspecto impecables, procedemos a un aseo minucioso bajo una cascada de agua.

Luego, proseguimos nuestra ruta entre altos acantilados de granito que encajonan al río Deva, observando detenidamente las rocas que podrían ocultar hombres emplazados para una emboscada.

Con una mezcla de sentimientos nos acercamos al pueblo de La Hermida, donde los guardias civiles acuden de todos lados, con la carabina en la mano, para hacerse cargo de unos extraños vagabundos que vienen directamente de donde los revolucionarios.

— ¡Alto!

Los guardias civiles parecen nerviosos y sus rostros tienen una expresión dura. Nos observan sin afabilidad mientras colocamos el vehículo como nos dicen. Tenemos la impresión de que dispararían contra nosotros gustosamente, al menor gesto sospechoso.

Las preguntas –hechas bruscamente– vienen de todos lados. Adoptamos un aire despreocupado y de no entender nada. Nuestra actitud indolente, evidentemente, los desconcierta; nos llevan hacia un hotel donde se establece el siguiente diálogo:

—¿De dónde vienen?

— ¡Tenta de campana!, –Queríamos decir con ello que veníamos de acampar.

—¿?

— ¡!

—¿A dónde quieren ir?

— A Altamira.

—¿?

— ¡Cuevas prehistóricas! (sic)

—¿?

— ¡Turistas!

—¿...su documentación?

— Aquí están nuestros pasaportes.

—¿Tienen armas?

—¿?

Los guardias civiles empiezan a cachearnos. Tenemos que desembaralar nuestro equipaje. Todo es inspeccionado minuciosamente. De mis bolsillos, un guardia civil saca la navaja de resorte exclamando:

— ¡Esta es un arma prohibida!

Pongo una sonrisa escéptica e intento explicar que esa navaja la necesitamos para cortar pan. El registro continúa. Toda nuestra documentación se examina detenidamente.

A continuación, recomienza el interrogatorio, más intenso:

—¿Dónde han pasado la noche?

Señalamos la tienda desembalada, todavía húmeda del rocío matinal:

—A unos kilómetros de aquí, en la montaña.

—¿Qué hacen ustedes en la región?

—¡Nada! Sólo la atravesamos.

—¿De dónde vienen?

—De Palencia, por el puerto de Piedras Luengas—, y para desviar la atención explicamos que hay mucha nieve en el puerto.

—¿Han encontrado revolucionarios o tropas?

—Guardias civiles, en un pueblo a cincuenta kilómetros de aquí.

—¿Y no obreros armados?

—Hemos visto paisanos armados en el puente que da acceso al último pueblo —evitamos pronunciar el nombre de Potes.

—¿Cuándo?

—Ayer por la tarde.

—¿No han encontrado otros revolucionarios a lo largo de la carretera?

—No, pero no prestamos atención...

—¿?

—¿?

—¿Por qué les han dejado pasar?

—¿Por qué tenían que haberlo impedido? ¿Es que no ha terminado la revolución? Los periódicos dicen que todo está en calma.

—La revolución no ha terminado y ustedes tienen suerte de estar vivos, después de haber atravesado la región de donde vienen. ¿No tienen permiso para circular expedido por la autoridad militar?

Llamamos la atención de los guardias civiles sobre el visado puesto en nuestros pasaportes por un funcionario de la Seguridad General cuando entramos en España. Enseñamos también los visados de nuestros viajes precedentes, diciendo que hacemos un viaje a España cada año.

Nuestro candor desarma a los guardias:

—Les dejaremos continuar hacia Santander, donde tendrán un permiso para volver a Francia, pero serán detenidos y registrados en todos los pueblos de la ruta. ¡Digan que ya les hemos cacheado nosotros!

Como no tienen pinta de devolver la navaja, pedimos lo más inocentemente posible «si no nos darían un recibo atestiguando que nos la habían confiscado».

—¿Un recibo? ¿Por qué?

—Para que la navaja se devuelva por *vía diplomática*, —tenemos dificultades para mantenernos serios.

—¡Por vía diplomática!

—¡Sí, es un recuerdo de familia!

Los guardias civiles tienen pinta de no entender. El que tiene la navaja en la mano nos la da.

Embalando apresuradamente nuestros enseres, repartidos por todas partes, dejamos a los guardias civiles, a quienes la pequeña comedia de la navaja evidentemente no les ha gustado.

Que pase lo que sea

De lo que, retóricamente, llamamos «nuestro intercambio de puntos de vista con las autoridades», hemos retenido sobre todo que corremos el riesgo de ser detenidos y registrados en todos los pueblos hasta Santander.

Decimos que eso *ya lo veremos*.

Un sitio retirado del camino y bien resguardado nos incita a pararnos para comer. Los dos nos imaginamos que constituimos una asamblea y decidimos deliberar como "consejo de guerra", mientras dura la comida. Esto nos permite tratarnos mutuamente con muchos miramientos, confiriéndonos títulos honoríficos, vanos y ridículos.

El «consejo de guerra» toma nota de que los guardias civiles querían que fuésemos a Santander, pero considera que no hay por qué complacer a los guardias civiles. Recordando que hemos hecho todo este camino para llegar a Oviedo, establece:

Primero. Iremos a Oviedo.

Segundo. No iremos a Santander.

También establece un plan en caso de que tengamos que dar nuevas explicaciones: diremos que venimos de visitar las cuevas de Altamira y que nos dirigimos hacia Portugal, *como el año pasado* (los anteriores visados de nuestros pasaportes harán verosímil esta explicación).

Lucien reflexiona sobre nuestras recientes experiencias. Después de un largo silencio, llega a la conclusión de que «no es una verdadera revolución». Falta arrojo y lustre. Confiesa que su imaginación había discurrido en el «romanticismo». La realidad le parece plana, apagada y desagradable.

Representamos así para nosotros mismos pequeñas comedias que nos proporcionan largas horas de buen humor.

Hacia la ciudad prohibida

Poco antes del pueblo siguiente, Panes, un pequeño puente sobre el río nos permite tomar una carretera de montaña que se mete por la garganta del río Cares. Ahora avanzamos directamente hacia Oviedo. Por un lado, bordeamos las laderas de los Picos de Europa, que el pequeño río limita por el norte. Por la otra orilla, sus aguas bañan la vertiente sur de la cordillera del Cuera.

El valle es tortuoso, con malos y enfangados caminos. La carretera no deja de elevarse y nos tememos que suba hasta la nieve. Los habitantes de algunos pueblos de montaña por los que pasamos rápidamente experimentan el más vivo asombro al vernos. Probablemente nos toman por revolucionarios, pues muchos nos hacen el signo unificado del «frente común», alzando el puño. A menudo, lo hacen riendo.

Nos paramos en uno de esos pueblos para avituallarnos y tener noticias. Los habitantes que acuden se muestran simpáticos, sobre todo después de decirles que somos *periodistas* extranjeros, venidos para dar cuenta de lo que sucede en España.

Ahora que el motor de nuestra máquina se ha parado, podemos oír sordas detonaciones.

—Son los acorazados de Gijón que bombardean los pueblos alrededor de Oviedo, explican los lugareños.

—¿Pero dónde comienza el «frente»?

—En Infiesto, a unos cincuenta kilómetros de aquí.

—¿Y ustedes no hacen la revolución?

—Los que tienen ganas de combatir han salido para Oviedo. ¡Ojalá no tengan que lamentarlo! Las cosas van mal para los revolucionarios. Ayer las tropas tomaron Infiesto.

—¿Aquí no ha pasado nada?

—No, el gobierno tuvo la buena idea de retirar a los guardias civiles de los pueblos, digamos que porque tenía necesidad de ellos en otras partes. Pero sabía bien que aquí no desaprovecharíamos esta ocasión de ajustar las cuentas que también nosotros tenemos que ajustar con los guardias civiles.

—Siempre hemos notado, durante nuestros anteriores viajes a España, que no les gusta la Guardia Civil.

—No, no nos gusta —dicen riendo—. Fueron nuestros enemigos en tiempos del rey y continúan siéndolo ahora, que estamos en la República.

—¿Hay guardias civiles o tropas por aquí?

—No los encontrarán antes de Infiesto.

¡Eso es lo que se dice una buena noticia!

En la zona de guerra

En seguida entramos en la zona de los primeros combates. Los árboles que habían sido derribados y atravesados en la carretera por los revolucionarios, fueron arrojados a las cunetas. Los puentes destruidos por los explosivos fueron restablecidos con medios improvisados. De vez en cuando, la carretera está cortada por una especie de trinchera, rellena provisionalmente.

Nos paramos para comer. Quién sabe, quizás nos encarcelen en Infiesto, entonces más vale haber comido. Autobuses llenos de guardias civiles nos adelantan camino de Infiesto. ¿Es sólo una impresión? Los guardias civiles nos parecen todos muy pálidos. Se revuelven sobre sus asientos cuando nos adelantan y nos mi-

ran con irritada curiosidad. ¿Nos creen, probablemente, revolucionarios en fuga? ¡Mal presagio de acogida para Infiesto!

Poco antes de la villa la carretera está cerrada por un destacamento de guardias civiles. Examen de toda nuestra documentación, cacheo minucioso e interrogatorio:

—¿A qué han venido aquí?

—Queremos ir a Oviedo.

—¡Hombre!..., ¡quieren ir a Oviedo! ¿Les puedo preguntar cómo pretenden ir a Oviedo?

Nos damos cuenta enseguida que los guardias civiles nos toman el pelo, pero somos tan ingenuos...

—Si es posible, en motocicleta —respondemos.

—¿Qué quieren hacer en Oviedo?

—Oh, nada. Sólo queremos pasar por allá para ir a Portugal, como el año pasado —y enseñamos nuestros visados, que demuestran que hemos hecho ya el mismo viaje.

—¿Ustedes no saben, pues, que esta región está a sangre y fuego?

—¡No! ¿Cómo íbamos a saberlo? ¡Los periódicos no hablan de eso!

—¡Claro! Los periódicos... De hecho, ¿no serán ustedes periodistas? —y examinan de nuevo nuestros pasaportes.

Por ese lado, estamos bien tranquilos. Los pasaportes ponen nuestras profesiones respectivas en lengua flamenca. Explicamos a los guardias civiles que viajamos para pasar el tiempo y para escribir guías de viaje, e intentamos hacer comprender que el término «*daagbladschrijver*», que figura en uno de nuestros pasaportes, es un título honorífico del que estamos muy orgullosos.

Sin embargo, como continúan registrándonos, intentamos hacerles ver que pierden el tiempo, puesto que ya hemos sido cacheados a menudo.

Una cosa les intriga mucho:

—¿Cómo es que les dejaron pasar por todas partes sin tener ninguna autorización para circular?

No podemos decir que venimos de la montaña y damos una respuesta evasiva:

—En todas partes se cree que la revolución ha acabado. Es por eso que nos dejaron pasar.

Los guardias civiles sacuden la cabeza. Nuestro caso les parece extraordinario. Sin embargo, ellos tienen consignas precisas: nadie puede entrar en Infiesto!

—¡Queremos ver al comandante militar! Tenemos algo que comunicarle...

—¡En ese caso es distinto! Que uno de ustedes vaya hasta aquel edificio, es la prisión; allí está el comandante militar. ¡El otro quedará aquí con la motocicleta!

Infiesto

El edificio hacia el que me dirijo tiene una gran pancarta blanca sobre la que está escrito «Prisión preventiva de Infiesto». Es una antigua escuela transformada en prisión por los sublevados. La pancarta la hicieron ellos. Me dirijo a uno de los guardias civiles que hacen guardia en el umbral. Me lleva a través de largos pasillos hasta el despacho de un oficial que habla francés, el cual me recibe amablemente:

—¿Qué puedo hacer por usted, señor?

—Mi compañero y yo estamos de camino hacia Portugal para documentarnos con el fin de hacer una guía de viaje. Los guardias no quieren dejarnos pasar y quisiéramos pedirle una autorización que nos permita ir a Oviedo.

—Pero, señor, es totalmente imposible ir a Oviedo por el momento. La línea de fuego está a dos kilómetros y medio de aquí; quien quisiera pasar moriría con la misma seguridad que si se hubiera arrojado en el Vesuvio. ¿No se da cuenta de lo que está pasando ahora en España?

—¡No, no sabíamos que fuera tan serio! ¿Podríamos obtener un permiso para ir hasta la línea de fuego?

—Señor, ¡eso ni pensarlo!

—¿Podremos, al menos, visitar Infiesto?

—Si ustedes quieren, aunque no puedo concederles un permiso escrito.

Al salir del edificio, presto atención para oír el ruido del tiroteo en la línea de fuego. No oigo nada anormal. ¿Quizás el «frente» está momentáneamente en calma?

Delante de la prisión, los guardias registran a algunos civiles que tienen los brazos en alto. Probablemente revolucionarios que serán encarcelados

Al volver con Lucien y los guardias, les digo que el comandante de la plaza nos ha autorizado a visitar el pueblo.

Sacamos una máquina fotográfica de nuestros bolsos y, dejando la moto bajo la custodia de los guardias, comenzamos un paseo a través de las calles de Infiesto, ayer todavía en manos de los sublevados. La villa ha sufrido poco. Algunos cristales fueron sustituidos por tablas. Todas las casas están ocupadas por soldados.

Es la hora de comer. Como nosotros, esos hombres se nutren exclusivamente de pan y vino.

Una idea nos obsesiona: ir hasta la línea de fuego, a pesar de la prohibición! Lentamente nos dirigimos hacia la salida del pueblo que lleva a la carretera de Oviedo. Aquí, los balcones de las casas están defendidos por soldados armados con ametralladoras que apuntan hacia la carretera y la montaña. Un pequeño puente está custodiado por un fuerte contingente de guardias civiles. Hacemos algunas fotografías, con el fin de dar a entender que somos gente inofensiva. Los guardias nos dejan hacer.

Buscamos la «línea de fuego»

Para nuestro asombro, los guardias civiles no nos interrogan cuando cruzamos el puente para dirigirnos hacia la línea de fuego. Enseguida estamos solos en la carretera y caminamos en dirección a Oviedo.

Dejamos atrás un paso a nivel que tiene indicios de recientes y violentos combates. Las barreras están rotas y los postes tienen huellas frescas de balas. Me acuerdo de ese paso a nivel. El año anterior nos habíamos equivocado de camino. Habíamos continuado directamente, cuando habríamos tenido que tomar a nuestra izquierda la carretera que nos llevaba a Oviedo. Nos hizo impresión encontrar ese paso a nivel destruido.

No oímos ningún ruido anormal. Según los mojones de la carretera, ya habíamos hecho tres kilómetros. Nada indica la línea de fuego. No estamos acostumbrados a caminar. Las pesadas botas que llevamos nos cansan mucho. Al avanzar, pensamos que deberemos volver a hacer a pie todo el camino recorrido. No hay absolutamente nada que indique que nos encontramos en una zona de combates. La vista de un joven muchacho que lleva pan, y ca-

mina delante de nosotros con aire despreocupado, acaba de desanimarnos. Nunca campo alguno tuvo un aspecto más apacible que éste, donde se supone que es el lugar del mundo donde más se mata actualmente.

Lucien tiene nuevos argumentos en apoyo de su tesis de que cualquier revolución española es una broma. Sin embargo, hemos visto una gran cantidad de casas incendiadas, de puentes destruidos y de árboles abatidos.

Regreso a Infiesto

Nuestra decepción nos ha puesto de buen humor. Intercambiamos bromas fáciles, mientras volvemos sobre nuestros pasos a Infiesto. A la entrada del pueblo, unas jóvenes nos hacen señas alegres desde lo alto de una ventana. Nos reímos a mandíbula batiente. Los guardias civiles nos observan con atención mientras nos acercamos a ellos. No puedo evitar la impresión de que nuestra alegría debe resultar indecente a los ojos de los guardias, que pueden tener razones para considerar los acontecimientos en plan trágico.

Cuando queremos volver a pasar el puente por el que habíamos salido, un suboficial se dirige hacia nosotros, diciéndonos que no podemos entrar en el pueblo. No nos esperábamos esto y nos quedamos estupefactos, aunque comprendemos perfectamente que sólo quieren quitarnos las ganas de reír.

—Pero —decimos— si acabamos de salir de Infiesto no hace una hora. Deben de habernos visto pasar.

—¡Eso nos da igual, ustedes están aquí en territorio rebelde y tendrán que atenerse a las consecuencias!

Lucien no parece en absoluto impresionado por lo que el guardia acaba de decir. Continúa sonriendo a las jóvenes asomadas a la

ventana. Tengo que advertirle de que se haga cargo de la seriedad de nuestra situación. Con la esperanza de hacerme entender por los guardias, y de halagarlos, añado que las jóvenes les sonrían a los guardias y no a él. Luego retomo el diálogo:

—No vale la pena bromear con nosotros. Hemos visto al comandante de puesto antes de salir de Infiesto. Él nos autorizó a ir hasta el paso a nivel.

—¿Dónde está esa autorización?

—El comandante nos la ha dado de palabra; y estará contento de saber que ustedes dejan ir a los paisanos hacia la línea de fuego y que no los tienen en cuenta más que cuando vuelven. ¡Si ustedes no quieren dejarnos pasar, deben detenernos y llevarnos a prisión, lo que no les aconsejamos si quieren estar a buenas con sus superiores!

Probablemente no se esperaban que fuéramos tan agresivos. Secamente nos dejan pasar.

Volvemos a atravesar las calles de Infiesto reflexionando sobre lo que sucedería a los españoles que, en periodo revolucionario, se entregasen a bromas como en las que incurrimos nosotros.

Reconocemos que hemos actuado atolondradamente y que nos tenemos bien merecida la lección que nos acaban de dar los guardias.

Pues, en lo que llamamos «*no man's land*», Lucien ha hecho a los sublevados y a los regulares unas chanzas que han sido la causa de nuestra alegría, pero cuya naturaleza exquisitamente delicada impide que sea aquí relatada.

En las calles, y sobre todo en la plaza delante de la prisión, ahora están formadas las tropas. Compañías de legionarios extranjeros, soldados de infantería y guardias civiles forman para el recuento.

Un destacamento de paisanos, armados con fusiles de guerra y llevando brazaletes con los colores de la república española —rojo, amarillo y violeta— nos intriga mucho. Son —lo hemos sabido a continuación— guardias de asalto vestidos de paisano, que tienen por misión acercarse a los revolucionarios haciéndose pasar por partisanos. Esa tropa debía disipar —y lo consiguió— la desconfianza entre los revolucionarios. Según las confidencias que nos hicieron éstos últimos en la continuación de nuestro viaje, esos militares disfrazados contribuyeron mucho a desmoralizar a los rebeldes.

Cuando pasamos delante de las tropas, manifiestan cierto nerviosismo. Todos los ojos están fijos en nosotros; sentimos claramente que nos toman por aventureros cuya conciencia no está en absoluto tranquila.

Las figuras están pálidas y preocupadas. Los hombres reunidos aquí parecen tener la convicción de participar en una operación sangrienta.

Al ver que queremos hacer fotografías, un oficial nos hace un signo de que está prohibido. Viene luego hacia nosotros y nos pide la documentación. Una vez vista, nos dice que le sigamos. Cuando entramos de nuevo en la prisión, por un momento tenemos la impresión de que nos van a encerrar. Por una puerta entreabierta vemos a paisanos —¿rebeldes, probablemente?— amontonados en una gran sala como sardinas en lata. Nos cruzamos con el oficial de la Guardia Civil con el que me había entrevistado anteriormente. Le interpele, pero parece no reconocerme. Sin embargo, nos sigue hasta el despacho de un oficial ya entrado en años, que los otros llaman «señor coronel»⁴, examina nuestros pasaportes y nos interroga con benevolencia:

⁴ El coronel Solchaga.

—¿Qué diablos han venido a hacer aquí?
—Estamos de camino hacia Portugal; sólo queríamos atravesar Infiesto.
—¿Pero no se dan cuenta de que es imposible? ¿Por qué no se han informado antes de emprender esta ruta?
—En todas partes se nos ha dicho que en Asturias todo está en calma.
—¡Es increíble!
—Nos fastidiaría tener que dar media vuelta, ¿no podría darnos autorización para pasar por Gijón?
—Es una solución. Les voy a dar un documento para Gijón, donde la revuelta ha sido reprimida, pero eso les supondrá también un rodeo.
—¿Le podemos preguntar cuál es la situación militar en Oviedo?
—Las tropas de la base de Gijón han conseguido entrar en la ciudad. Probablemente los sublevados van a replegarse hacia la montaña. El frente revolucionario, delante de nosotros, se verá con ello considerablemente reforzado. En lo que nos concierne, esperamos una acción desesperada por parte de los sublevados, que probablemente intentarán forzar nuestras líneas, aquí en Infiesto, para escapar.

Mientras el coronel escribe la autorización que le hemos pedido, se me ocurre una idea:

—Ya que pasaremos no muy lejos de la ciudad, quisiéramos visitar Oviedo. La visitamos el último año y tenemos curiosidad por ver los cambios que la revolución ha traído. ¿Podría usted añadir Oviedo, a continuación de Gijón?
—¡No les dejarán pasar! ¡Pero ya que se empeñan!

Nos parece que en adelante está ganada la partida y que llegaremos efectivamente a Oviedo, objetivo de nuestro viaje.

Cuando retomamos nuestro vehículo, los guardias preguntan a donde queremos ir ahora.

—A Oviedo.

A los guardias civiles españoles no les gusta que se burlen de ellos. Responden muy fríamente a nuestra despedida.

Y la galera boga...

Debemos rodar primero en la dirección opuesta a Oviedo durante unos cuarenta kilómetros, hasta Ribadesella, donde llegamos al mar. Cada cinco kilómetros, puestos de la Guardia Civil y de los guardias de asalto nos cierran el paso y examinan detenidamente el documento que nos autoriza a ir a Gijón. A menudo, esos puestos están camuflados y los guardias salen de improviso. Se trata siempre de obedecer en el acto, pues los fusiles saldrían rápidamente.

Nos damos cuenta de que nunca habiéramos llegado a Infiesto de no haber tomado las carreteras de alta montaña.

Somos tan parecidos a los revolucionarios que los habitantes de los pueblos que atravesamos no dudan en saludarnos alzando el puño. Nosotros queremos ser prudentes y respondemos con sonrisas. Toda la región está, de corazón, con los sublevados, salta a la vista.

Después de Ribadesella, rodamos a través de bosques de abetos siguiendo la orilla del mar Cantábrico. Muchos chalets lujosos indican que esta costa es muy frecuentada en verano. A menudo llueve, y la carretera, no asfaltada, ha sido erosionada por el agua, que ha cavado profundos surcos, próximos unos a otros, sobre los que la motocicleta da tales saltos que tenemos que reducir considerablemente la velocidad si no queremos acabar destrozados.

Un mojón kilométrico dice: «Gijón a 60 km». Bajo esa inscripción oficial, una mano bromista puso: «Moscú a un paso».

Detenidos una vez más

La noche empieza a caer cuando entramos en una pequeña villa llamada Colunga. Con el fin de descansar un poco, entramos en una gran taberna oscura donde somos los únicos clientes. Hemos llamado la atención de los habitantes; un grupo se aglomera delante de la casa y alrededor de nuestro vehículo.

Mientras bebemos nuestros «café», un ruido sospechoso atrae nuestra mirada hacia la puerta de entrada. Primero vemos dos cañones de fusil, luego manos, a continuación aparecen sucesivamente culatas, brazos y los cuerpos de dos guardias civiles que se deslizan prudentemente en la taberna. Como estamos sentados cerca de la puerta de entrada, uno de cuyos batientes abierto nos oculta, los guardias no nos ven inmediatamente. Hacen un movimiento nervioso cuando por fin nos perciben colocados a sus espaldas. Nos apuntan con sus armas y nos piden la documentación.

No sin algo de orgullo, mostramos la autorización que nos dieron en Infiesto, creyendo poner así un rápido final a una escena que quisiéramos que fuera corta.

Sin embargo, los guardias miran el papel con desconfianza, sacudiendo la cabeza. Gentes tan raras que vienen directamente de Infiesto. ¿Y si fueran revolucionarios en fuga que se hubieran hecho –poco importa cómo– con el papel que les hemos entregado? Nos dan a entender que quieren registrarnos.

— ¡Pero si ya nos han registrado veinte veces!

No tienen en cuenta lo que decimos. ¿Tenemos que desembalar nuestro material de camping y vaciar nuestras bolsas? Todo el pueblo parece atraído por el espectáculo. Una mano de guardia civil explora mis bolsillos y saca la navaja de resorte. Una voz de guardia dice palabras desagradables respecto a

individuos que viajan con armas prohibidas en época de grandes disturbios.

Estamos de muy mal humor y pensamos una cantidad de injurias contra los guardias. Pero, por exceso de prudencia, las pensamos en francés...

Habiendo examinado todo con cuidado, los polis no acaban de estar tranquilos; nos conducen –yendo nosotros delante y ellos, con sus carabinas y casi la totalidad de la población, detrás– hasta la casa cuartel, donde tenemos que esperar a un intérprete que han ido a buscar.

Al llegar, éste nos hace unas preguntas en tono arrogante, nosotros hacemos oídos sordos.

— ¿Por qué no responden?

— ¡Tenemos educación! ¡Y no damos la información que se nos pide sino es con cortesía!

Cambia de tono, pero nos damos cuenta que no se limita a traducir las preguntas que hacen los guardias.

Esto nos pone impacientes.

— Diga pues –preguntamos– ¿hace usted este interrogatorio por cuenta de los guardias o por su propia cuenta?

Aunque el francés del intérprete sea casi perfecto, simulamos no comprenderlo sino con dificultad. Naturalmente, los guardias se dan cuenta y renuncian a utilizarlo como intermediario.

Entre tanto, dos inspectores de la Seguridad General que habían ido a buscar, llegan al cuartel. Nos presentan los guardias, cuya

suficiencia expresa claramente que esperan ser felicitados por haber detenido a dos individuos tan dudosos.

Los inspectores hablan francés. Examinan rápidamente nuestra documentación y nos dicen que estamos libres, pidiendo excusas por las molestias que los guardias civiles nos habían causado.

Estos últimos están un poco pasmados. Llamen la atención de los inspectores sobre la navaja que nos han encontrado. Un inspector nos la devuelve encogiéndose de hombros.

El intérprete nos sigue a la calle y nos explica que habíamos sido denunciados por unos paisanos como peligrosos agitadores extranjeros. Es por eso por lo que nos habían tratado con un poco de brusquedad. Este hombre nos resulta desagradable. Parece que quiere quedarse en nuestra compañía, pero cuando nos pregunta si puede hacer algo por nosotros, le respondemos:

— ¡Sí, dejarnos solos!

¿Agitadores o no?

Cuando llegamos a nuestro vehículo, objeto de la curiosidad de todos los mirones de la localidad, alguien nos explica que los periódicos hablan mucho, en este momento, de agitadores revolucionarios extranjeros que, después de haber fomentado la revolución en Asturias, se habrían dado a la fuga. Esos agitadores serían sobre todo rusos, alemanes y belgas.

— ¿Por qué belgas?

— Porque los sindicatos obreros belgas son conocidos aquí por ser muy activos y bien organizados. En Bélgica, los obreros están, incluso, agrupados en un poderoso partido político.

Al ver nuestra tienda, nos pregunta dónde pensamos pasar la noche.

— En la montaña –decimos.

— Sería peligroso. La otra vertiente de la montaña está en manos de los sublevados y esa gente anda mucho por la noche. Por otro lado, los guardias civiles y los aviones dispararían contra vuestra tienda si la vieran por la mañana. Dada la situación, os tomarían por revolucionarios y no dejarían pasar una buena ocasión de matar a algunos. Saben, los guardias civiles son muy malos en estos momentos, los rebeldes han matado a muchos de ellos. No se tomarían siquiera la molestia de preguntar antes de disparar.

— Ah, ¿los aviones salen pronto por la mañana?

— Los aviones tienen la costumbre de venir a bombardear los pueblos rebeldes por la mañana muy pronto. También disparan con ametralladoras contra todo lo que resulta sospechoso en la montaña.

Salimos de Colunga por la noche, a la luz del faro. Lluve ligeramente y la carretera es mala. Estamos deprimidos. Los indicadores de la carretera son difíciles de descifrar y, a menudo, tomamos una dirección a base de intuición, por no decir al azar.

Atravesamos un puerto de mar sumergido en la oscuridad: Villaviciosa. La luz del faro corre sobre las casas, cuyas fachadas llevan inscripciones revolucionarias pintadas con color rojo.

Como la carretera sube por la montaña, buscamos un emplazamiento para levantar la tienda. Por lo demás, ya no sabemos si estamos en la carretera correcta. Escogimos al azar, en un lugar donde la carretera se dividía en tres, la que nos parecía la buena. Muy bien podría ser que la que seguimos nos lleve a la vertiente revolucionaria.

Desde Colunga, no hemos vuelto a ver guardias civiles. Nadie se interesa por nosotros y una buena mujer nos da rápidamente con la puerta en las narices cuando, al parar delante de su casa, preguntamos por el camino para Gijón.

Para que no se vea la tienda desde la carretera, la instalamos en un pequeño prado al que accedemos después de haber forzado dos setos. Al no poder llevar la motocicleta hasta allá, nos vemos obligados a ocultarla en la espesura, donde será invisible durante la noche.

Estamos muy fatigados y tenemos la moral baja. Ni siquiera el vino llega a entonarnos esta noche. No tememos nada, aunque reconozcamos que nos arriesgamos mucho a correr aventuras a lo largo de la noche.

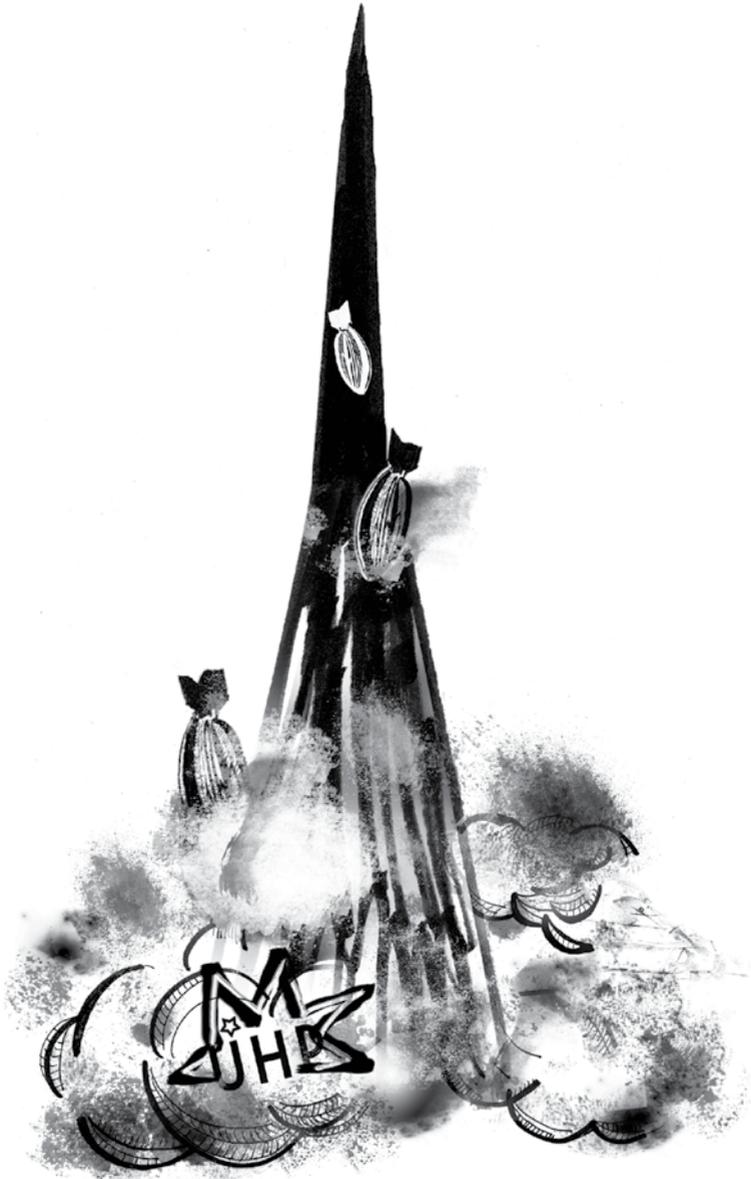
Nos dormimos sin dificultad. Durante la noche nos despertamos por los ladridos furiosos de varios perros, a los que responden los aullidos del perro de una pequeña granja del valle.

Por la mañana, con la primera luz del nuevo día, nos levantamos y recogemos enseguida la tienda. Todavía llovizna. Probablemente los aviones no se molestarán en salir antes de que la visibilidad haya mejorado.

Estamos rodeados de colinas muy pobladas de árboles donde es fácil ocultarse. El paisaje recuerda a la montaña corsa. ¿Solamente a causa del mal tiempo? Este sitio no nos inspira ninguna simpatía, al contrario de nuestro campamento anterior, que dejamos con pesar.

Todavía es temprano cuando nos acercamos a las primeras casas de Gijón.

II
LA REVOLUCIÓN



*¡Cuando el malvado vuelva, el corazón de la
apesadumbrada se habrá ido!*

F. Crommelynck

Revueltas en España

Situada en un marco poético –en el centro de una serie de altas colinas que asientan sus laderas herbosas y sus altos bosques en las aguas turbulentas del río Nalón– Sama de Langreo es una pequeña ciudad, la mayor parte de cuyos habitantes trabajan en las minas de carbón y de cinabrio de los alrededores.

Situada en la encrucijada de una región que a menudo ha sido escenario de revueltas sangrientas, gracias a su posición estratégica, alberga importantes contingentes de la Guardia de Asalto, la Guardia Civil y agentes de la Seguridad General.

En las últimas horas de la noche del cuatro al cinco de octubre de 1934, llega la noticia a Sama de que los sindicatos españoles acaban de decretar la huelga general. El gabinete gubernamental recién formado por el antiguo anarquista Lerroux¹ integra a tres ministros de la minoría reaccionaria, cuyos manejos habían provocado la caída del ministro Samper. El nuevo gabinete, tal como está constituido, es considerado por los trabajadores como un desafío lanzado al proletariado español.

¹ El autor se confunde: Lerroux comenzó su militancia en partidos republicanos. Fue diputado por la Unión Republicana, por el Partido Republicano Radical y por la Conjunción Republicano-Socialista; para terminar derivando hacia posturas de derechas que le acercaron a la oposición, pasando en 1933-36 a formar parte de la mayoría conservadora que accedió al poder.

La huelga general adquiere a continuación un carácter insurreccional en toda España².

En Sama de Langreo, antes del amanecer, los huelguistas se plantan delante de los cuarteles que albergan las tropas gubernamentales. Están pertrechados de bombas, cartuchos de dinamita y armas de fuego, que siempre tienen en reserva para no ser cogidos de improviso cuando se presenten ocasiones como ésta.

Las fuerzas presentes

Los guardias de asalto forman una especie de policía de élite, de gran movilidad, que utiliza preferentemente largas porras de caucho para despejar la vía pública, cayendo por sorpresa en el lugar y en el momento menos pensados. Son tipos fuertes, totalmente vestidos de azul oscuro, cuya talla a menudo no es inferior al metro ochenta. Bien entrenados, con jefes muy disciplinados, su intervención es extremadamente rápida y contundente. Cuando no basta con la porra, recurren sin la menor vacilación a la utilización de granadas de mano, al mosquetón y a la metralleta. También están profusamente dotados de pistolas ametralladoras del modelo «gangster».

Los guardias civiles son hombres aguerridos, y hacen el servicio de la policía ordinaria. Se les reconoce por su uniforme gris-verde, sobre el que atraviesan correajes de color amarillo claro. Portan un tricornio negro, de cuero barnizado, cuya forma recuerda los tocados de los toreros en las plazas de toros, forma que choca al turista extranjero, pero que probablemente inspira respeto a los españoles. Los guardias civiles también están agrupados en cuarteles,

² La huelga no llega a extenderse a todo el Estado; será en Madrid, Euskal Herria, León y Asturias donde estallen las luchas armadas. En otros lugares, y debido al cansancio que había supuesto la huelga campesina de junio, no llegó a producirse.

donde a menudo viven rodeados de sus familias. Tienen fama de ser los más fieles defensores de algunos de los regímenes que se han sucedido en España.

Los agentes de la Seguridad General realizan el papel de informadores. Se mantienen en contacto con la población y tienen que buscar las informaciones que permitan prevenir y controlar los acontecimientos.

Los mineros frecuentemente han sido humillados por aquellos a los que consideran «los perros guardianes de la burguesía, metidos entre ellos para sojuzgarlos mejor». En las anteriores revueltas fueron maltratados. Algunos de los suyos fueron encarcelados y otros muertos. El tan esperado momento de un ajuste de cuentas con los guardias civiles y los guardias de asalto parecía que por fin había llegado. El español –aunque sea de la más humilde condición– es muy sensible al trato y nada puede exasperarlo más que tener que soportar una humillación.

Por una y otra parte la perspectiva de un combate sangriento se presenta con calma. Cada cual tendrá ocasión de experimentar las fuertes emociones que proporcionan a los toreros los juegos en la arena de la plaza. Arriesgar la vida por un ideal –la libertad para los revolucionarios; el orden para los gubernamentales– es algo que tienta al temperamento generoso de los españoles. El juego de la vida y la muerte ejerce en ellos mucha atracción. Puede, incluso, que responda a una secreta necesidad de su alma, golosa de emociones absolutas.

Es la psicología característica –probablemente debida a la sangre árabe que corre por las venas españolas– que antaño dio cuenta de los ejércitos que el primero de los Napoleones lamentó haber enviado a morir más allá de los Pirineos.

El asalto a los cuarteles de Sama de Langreo

A las advertencias de los obreros sublevados de Sama de Langreo, los guardias de asalto y los guardias civiles responden abriendo un fuego cerrado de mosquetones y ametralladoras, que obliga a los obreros a retirarse a los edificios que rodean los acuartelamientos. Los sublevados confían sus armas de fuego a los mejores tiradores. La escasa distancia que separa a los contendientes permite la utilización de bombas y cartuchos de dinamita que los sublevados poseen en una cantidad casi ilimitada.

La acción es extremadamente violenta. De un lado y otro se combate con rabia. Si bien los mineros son arrojados y muy numerosos, los guardias de asalto y los guardias civiles son buenos tiradores. Los muertos caen, numerosos, en los dos campos.

Muy combativos por naturaleza y avezados a combates de este tipo, los guardias resisten tanto mejor cuanto que cuentan con la pronta llegada de refuerzos.

Los cartuchos de dinamita lanzados con profusión al interior de los acuartelamientos han provocado incendios. El número de defensores aptos disminuye a cada hora. Se dan cuenta de que no están en condiciones de resistir un nuevo asalto. Pero conocen suficientemente el carácter de sus agresores como para creer que no se les perdonará la vida. Venden, pues, su vida lo más cara posible. El capitán que manda a los guardias civiles, aún indemne, se lanza fuera del cuartel y se abre paso a través de los sublevados arrojando las granadas de mano con que se había pertrechado. Perseguido y alcanzado dos kilómetros después, llega a atrincherarse en el patio de una casa donde las balas de los mineros le alcanzan de muerte.

Según los periódicos, el número de agentes gubernamentales muertos en Sama en el curso de esa noche se eleva a ciento diez

(ochenta y siete según las estadísticas gubernamentales): una cincuenta de guardias de asalto, cuarenta guardias civiles y una veintena de agentes de la Seguridad General.

Emboscada

Antes de sucumbir, los guardias civiles de Sama lanzaron una llamada de socorro que se recibió en Oviedo, capital de la provincia, distante veintidós kilómetros. Los rebeldes lo saben. Se les advirtió de que un fuerte contingente de guardias de asalto sería enviado a Sama para restablecer el orden.

Trescientos sublevados, armados con escopetas y cartuchos de dinamita, van en camiones a Olloniego, el primer pueblo después de Oviedo por el que pasarán los guardias de asalto. Organizan una emboscada atrincherándose detrás de los setos y las rocas, así como en las cunetas que bordean la carretera.

Cuando los autobuses que transportan a los guardias de asalto se acercan, a sus ocupantes les intriga la extraña actitud de cinco obreros atravesados en la carretera, que llevan una escopeta en bandolera. Detienen los autobuses, pero enseguida se abre sobre ellos un fuego con una violencia inaudita. De los setenta y cuatro guardias que transportaban los dos autobuses, sólo dos consiguen refugiarse en la montaña cercana. Uno de ellos es alcanzado poco después y muerto, mientras que el otro consigue ocultarse.

Por su naturaleza, Asturias constituye un reducto defensivo casi inexpugnable. Para llegar allá, es necesario meterse ya sea por profundas gargantas, a menudo dominadas por murallas de más de dos mil metros que los ríos han excavado en la montaña, ya sea por la costa, pasando por las montañas más pequeñas, pero muy boscosas, que van a bañarse al mar. Pocos territorios en el

mundo se prestan tan fácilmente a la guerra de guerrillas, tan apreciada por el temperamento ibérico.

El carácter del terreno está en armonía con la naturaleza de sus habitantes. De raza celta casi pura, los habitantes de Asturias se vanaglorian de haber sido, de todos los pueblos españoles, el único en resistir victoriosamente a las invasiones árabes y normandas; de haber sido el que hizo más difícil la victoria a romanos y visigodos.

Son los asturianos quienes vencieron a los árabes en la famosa batalla de Covadonga, batalla que fue el punto de partida de la expulsión de los árabes de España. No hay nada de extraño que, mil doscientos años después, el proletariado asturiano se plantee seriamente liberar a España de la que llama la «dominación capitalista».

Revolución de altos vuelos

En las jornadas de los días cinco y seis de octubre se producen escaramuzas en casi todos los grandes centros urbanos de España. En Asturias, los sublevados asedian los cuarteles de la Guardia Civil y se hacen los dueños, poco a poco, de todas las localidades donde domina la condición obrera. Después de Sama de Langreo, Mieres, Pola de Lena, Trubia, Lugones, Pola de Laviana, Ujo, Vega del Rey, La Felguera, Carbayín, Pola de Siero, Nava e Infiesto caen en manos de los sublevados. Casi por todas partes, las fuerzas gubernamentales opusieron una resistencia encarnizada, pero tuvieron que ceder ante la fogosidad y el número de los asaltantes.

El siete de octubre, casi toda la provincia de Asturias obedece a los nuevos amos. Sólo Gijón y Oviedo, la capital, todavía resisten. Los sublevados se organizan sistemáticamente y proceden

a una especie de movilización y de concentración de sus fuerzas con vistas a pasar al ataque de la capital de Asturias. En Trubia se apoderan de la fábrica de cañones y de material de artillería. En La Manjoya y en La Felguera, echan mano de los stocks de explosivos de las fábricas de dinamita. Las ametralladoras tomadas a las fuerzas gubernamentales derrotadas se entregan a hombres que saben cómo manejarlas; los fusiles se distribuyen entre los mejores tiradores. Los demás combatientes revolucionarios están provistos de bombas y de cartuchos de dinamita.

En la mañana del ocho de octubre, una columna de sublevados, en torno a unos seis mil hombres, penetra en el interior de Oviedo siguiendo las calles principales. La resistencia está organizada por algunos elementos del tercer regimiento de infantería, con guarnición en la ciudad, por guardias de asalto y guardias civiles.

Los asaltantes avanzan sistemáticamente, siguiendo un plan fijado de antemano por el Comité Revolucionario encargado de dirigir las operaciones. Las fuerzas regulares son rechazadas y se repliegan hacia puntos estratégicos de la ciudad. La infantería y una parte de los guardias de asalto se concentran en torno a la fábrica de armas, cuyos almacenes guardan once mil fusiles y un gran número de ametralladoras ligeras y pesadas.

Las tropas, al darse cuenta de que, cueste lo que cueste, es necesario impedir que ese material caiga en manos de los revolucionarios, defienden la posición con la mayor energía. Por el contrario, los sublevados saben que ahí encontrarán las armas de las que quizá dependa el éxito de la revolución, pero los enérgicos asaltos que lanzan contra los edificios son rechazados con cuantiosas pérdidas. Los defensores disponen de un considerable número de ametralladoras y están bien protegidos por una sólida construcción. Sin artillería, esta posición es inexpugnable.

En el campo revolucionario alguien tiene una idea. Inmediatamente se pone en práctica. Se carga un camión de dinamita y se lleva hasta la calle que desciende cuesta abajo hasta la fábrica. Un chófer pone el vehículo en marcha después de haber bloqueado la dirección. El camión va a estrellarse contra la fachada de la fábrica, provocando una terrible explosión que derrumba los muros. Una nueva oleada ofensiva puede penetrar en el interior de la fábrica, gracias al desconcierto creado por esa enorme deflagración. Pero muchos defensores consiguen replegarse hacia los cuarteles y los otros puntos de resistencia.

En la ciudad se extiende el rumor de que los revolucionarios se han apoderado de treinta y cinco mil fusiles y cuatrocientas ametralladoras.

La Estación del Norte también se ha organizado como una fuerte posición defendida con rabia por las fuerzas allí atrincheradas. Después de haber sido rechazados varias veces, los sublevados se plantean hacer un tren con el material de reserva del depósito ferroviario de Vallobín. El convoy se protege con sacos terrosos y se lanza al interior de la estación. Los rebeldes no dudan en echarse boca abajo sobre la locomotora y el ténder, con los cuerpos al descubierto. Mantienen un fuego tan rápido como les es posible con los defensores, que deben hacer frente, al mismo tiempo, a un nuevo asalto procedente de las calles vecinas. Esa táctica, no prevista por los sitiados, vence su resistencia y les obliga a rendirse.

Un destacamento de la Guardia Civil se ha atrincherado en el hotel «Covadonga», donde también reside el cónsul de Bélgica³ en Santander y su mujer, a quienes los acontecimientos han sorpren-

³ Jules Stalars, cónsul honorario, murió el nueve de octubre.

dido y retenido en Oviedo. Al querer enterarse de lo que pasa, el cónsul sube a la galería del hotel. Se pone detrás de la cortina, creyendo que se oculta de los asaltantes. Pero un revolucionario apostado al acecho en una casa vecina dispara contra él y lo mata de un balazo en la frente.

Puesto que los revolucionarios amenazan con lanzar un camión cargado de dinamita contra el edificio, los guardias civiles aceptan rendirse con la promesa de que se respetarán sus vidas.

Cuatro guardias civiles y un grupo de ocho soldados, entre ellos un sargento y un cabo, defienden la sucursal del Banco de España. Los rebeldes aplican su simple táctica habitual. Los mejores tiradores se atrincheran en los edificios vecinos y con descargas cerradas y precisas impiden que los defensores se instalen en las ventanas, haciendo imposible la eficacia de sus disparos. Hombres provistos de cartuchos de dinamita llegan delante del edificio para lanzar sus explosivos; esta acción es particularmente desmoralizadora.

Los dinamiteros exhiben cierta coquetería al mostrar un desprecio soberano hacia el peligro. Llevan los cinturones y los bolsillos atiborrados de explosivos peligrosos; generalmente encienden las mechas de los cartuchos con los cigarrillos que fuman.

Aquí se trata de hacer saltar las pesadas puertas de hierro que cierran la entrada del banco. Este objetivo se alcanza acumulando en su base cierta cantidad de dinamita a la que se da fuego.

Penetrando a continuación en el banco, cuyos ocupantes se rinden, se apoderan de una suma de quince millones de pesetas en metálico, incluidas seiscientas mil pesetas en monedas de plata. Al no disponer de las llaves, se ven obligados a abrir la caja fuerte con sopletes.

Los soldados del regimiento con guarnición en Oviedo no mostraron mucho entusiasmo en participar en la defensa. En su mayor parte reclutados en Asturias e hijos de obreros y de modestos campesinos, muchos de ellos se «desmovilizaron», cuando no optaron por cambiar su uniforme por la camisa y el brazalete rojos de los «guardias rojos».

Sin embargo, un intrépido teniente se atrincheró con una treintena de soldados y algunos guardias de asalto particularmente aguerridos en las dependencias del cuartel de infantería. Todos aquellos hombres ya habían participado en la defensa de la fábrica de armas.

Resistieron durante nueve largos días, hasta la llegada de los legionarios del general Ochoa. Cuando el agua, los víveres y las municiones comenzaban a faltar, pusieron sábanas blancas en el patio, con el fin de señalar sus necesidades a los aviadores militares que sobrevolaban la ciudad bombardeándola. El avituallamiento estaba asegurado por los aviones de Llanes que arrojaban paquetes con lo que les habían pedido.

Durante los combates callejeros, los revolucionarios a veces son hostigados por disparos de civiles que toman partido por las tropas regulares.

La cima del monte Naranco, muy próximo, domina Oviedo desde mil metros⁴. Los sublevados instalaron allí las piezas de artillería tomadas en la fábrica de cañones de Trubia. Combatieron –bastante torpemente, pues carecen de experiencia en el manejo de este arma científica– las últimas posiciones de resistencia.

⁴ El Naranco tiene, en realidad, una altura máxima de 634 metros...

Pronto la ciudad está en su poder, con la excepción del «cuartel», el cuartel de infantería⁵.

En Gijón

Gijón es el gran puerto por el que los asturianos envían sus minerales hacia las fábricas españolas y europeas. La guarnición de la ciudad está compuesta por un batallón de Ingenieros, un fuerte destacamento de guardias de asalto y un pequeño contingente de guardias civiles.

En paralelo a la acción que se desarrolla alrededor de Oviedo, se producen en la ciudad algunas graves escaramuzas entre los huelguistas y las tropas. Al darse cuenta de que la comunicación entre las diferentes agrupaciones de sublevados se realiza por medio de estafetas ciclistas, los guardias proceden al requisamiento de todas las ruedas delanteras de bicicleta que pueden.

Los regulares combaten en la calle y están expuestos a los disparos que se hacen contra ellos desde las casas. El tiroteo no cesa, pero la acción es aún dispersa. Aprendiendo de las costosas experiencias adquiridas en otras partes, las tropas no se dejan rodear en sus acuartelamientos. Al hacerse la presión cada vez más fuerte, sin embargo, tienen que abandonar algunos cuarteles.

En un momento, la situación está a punto de volverse crítica. Pero en la rada está anclado el crucero «Libertad». Después de hacer sonar sus sirenas como señal de advertencia, abre fuego con sus grandes piezas de artillería contra la ciudad. Apunta a las casas obreras del barrio de Cimadevilla, que vuelan en añicos. Un obús

⁵ El cuartel al que Corman hace referencia es el cuartel Pelayo o del Milán. En realidad la ciudad no es tomada por completo; quedaron pequeños focos en manos del ejército gubernamental.

impacta y derriba la cúpula de la iglesia parroquial de San Pedro. El bombardeo siembra el pánico en los barrios obreros. Por todas partes aparecen sábanas blancas en las casas como señal de neutralidad. Mujeres y niños atemorizados recorren las calles y exhortan a los combatientes para que cese el fuego.

Al mismo tiempo continúa, bajo la protección de los guardias y soldados atrincherados en la linde del puerto, el desembarco de fusileros marinos y de material de guerra que el «Jaime I» ha traído de refuerzo.

Las salvas de la artillería pesada de marina y la desesperación de las mujeres y los niños han desmoralizado a los sublevados. Se repliegan hacia sus casas incluso antes de que las nuevas tropas hayan terminado sus preparativos para la ofensiva.

Las tropas se apoderan fácilmente de los barrios evacuados, donde sólo algunos individuos aislados aún piensan en resistir. Proceden a registros y detienen a quienes son sospechosos de haber participado en el levantamiento.

Los soldados de Ingenieros y los equipos de voluntarios retiran de los escombros numerosos muertos y heridos, víctimas del bombardeo.

«A ti te respetamos, pues eres de los nuestros»

En Avilés, otro puerto industrial, los sublevados hunden el vapor «Agadir» en el canal que da acceso al puerto. De este modo las naves de guerra no pueden, como en Gijón, venir a bombardear la ciudad.

En Bembibre, los sublevados, después de encarcelar a los guardias civiles de la localidad, rocían con gasolina el edificio de la

iglesia y le dan fuego. Las imágenes y las estatuas, que habían sido retiradas previamente, fueron amontonadas en la plaza e incendiadas. Sin embargo, se hizo una excepción con una gran reproducción de un Sagrado Corazón de Jesús sobre el que los rebeldes ponen esta inscripción: «A ti te respetamos por ser de los nuestros...»⁶.

En esta región también se habla mucho del «Cristo Rojo» descendido del cielo para combatir al frente de los rebeldes.

Administración revolucionaria

Una vez asegurados los primeros éxitos importantes, el Comité Revolucionario, compuesto por cuatro socialistas, dos comunistas y dos anarcosindicalistas, imprime y hace pegar un cartel con la siguiente proclama:

Hacemos saber:

Que el Comité Revolucionario, como intérprete de la voluntad popular y velando por los intereses de la Revolución, se dispone a tomar con la energía necesaria todas las medidas conducentes a encauzar el curso del movimiento. A tal efecto disponemos:

1. El cese radical de toda clase de pillaje, previniendo que todo individuo que sea cogido en un acto de esta naturaleza será pasado por las armas.

2. Todo individuo que posea armas en su poder debe presentarse inmediatamente ante el Comité a identificar su personalidad. A quien se coja con armas en su domicilio o en la calle, sin la correspondiente declaración, será juzgado severísimamente.

⁶ En español en el original.

3. Todo el que tenga en su domicilio artículos producto del pillaje o cantidades de los mismos que sean producto de ocultaciones, se les conmina a hacer entrega de los mismos inmediatamente. El que así no lo haga se atenderá a las consecuencias naturales como enemigo de la Revolución.

4. Todos los víveres existentes, así como artículos de vestir, quedan confiscados.

5. Se ruega la presentación inmediata ante este Comité de todos los Comités directivos de las organizaciones obreras de la localidad, para normalizar la distribución y consumo de víveres y artículos de vestir.

6. Los miembros de los Partidos y Juventudes obreras de la localidad deben presentarse inmediatamente con su correspondiente carnet para constituir la Guardia Roja que ha de velar por el orden y la buena marcha de la Revolución.

Oviedo, 9 de octubre de 1934

El Comité Revolucionario⁷

El cuartel general de las fuerzas revolucionarias se establece en Mieres, un centro obrero de unas 40.500 almas. Esta ciudad, situada a sólo 16 kilómetros de Oviedo, ha sido la primera en unirse sin reservas al movimiento insurreccional. Además tiene la ventaja de estar situada en el centro de una serie de montañas altas, en un valle ancho y profundo, cuyos accesos son fáciles de defender en caso necesario.

Sus numerosas fábricas metalúrgicas son aprovechadas por los revolucionarios para la fabricación de material de guerra y mu-

⁷ UHP. *La Revolución Proletaria d'Asturias*, Narciso Molins y Fábrega (1935), Atena (Barcelona) (traducción y reedición castellana con un prólogo de Wilebaldo Solano, Ed. Júcar, Madrid, 1977).

niciones. Es así como se fabrican las bombas que los rebeldes utilizan abundantemente. Como medida de seguridad, esos artefactos son cargados y acabados en la galería de una mina, donde se acumulan las reservas de dinamita. La cantidad de bombas enviadas a los distintos «frentes» revolucionarios alcanzaba, algunos días, hasta diez cargamentos de camiones industriales.

Una de las primeras preocupaciones del Comité ha sido la de asegurar las fábricas y las minas contra eventuales atentados anarquistas⁸, con el fin de conservar para la colectividad un patrimonio de producción intacto. Una tarea concreta que estaba confiada a los obreros que no tenían que participar en las operaciones. Las fábricas continuaban, en la medida de lo posible, trabajando, fabricando material de guerra y equipamiento, pero sobre todo municiones.

La movilización de la «Guardia Roja» tuvo el mayor éxito, sobre todo, entre la juventud obrera. Los alistamientos en las oficinas de reclutamiento de Mieres se cifraban de tres mil a cuatro mil por día. Los reclutas eran pertrechados, en la medida de lo posible, con una camisa y un brazalete rojos, además de polainas. Después de un acelerado entrenamiento, bajo la vigilancia de antiguos suboficiales del ejército, eran enviados a la línea de fuego.

⁸ Sorprende esta apreciación de Corman, ya que los anarcosindicalistas (CNT) formaban parte de la Alianza Obrera y, como él mismo reconoce unas líneas antes, también del Comité Revolucionario. Por otra parte, los anarquistas (FAI), aunque mostraron sus diferencias respecto a la CNT, participaron plenamente en el movimiento insurreccional.

La intervención gubernamental

Desde el momento en que el gobierno Lerroux tuvo conocimiento de la gravedad de los acontecimientos que se desarrollaban en Asturias, decidió recurrir a fuertes medidas. Al no fiarse de las tropas del ejército regular, hizo venir del Marruecos español a los regimientos de la legión extranjera (el Tercio) y a diferentes unidades compuestas de árabes. Esas tropas, un tanto especiales, fueron desembarcadas en la rada de Gijón y se pusieron a disposición del general Ochoa, que ya había reunido a todas las tropas de las que Galicia podía prescindir. Las tropas africanas se emplazaron al frente de la columna que debía apoderarse de Oviedo, procedentes de Gijón y Avilés.

En Santander se formó otra columna y se puso bajo las órdenes del coronel Solchaga. Tenía que intentar llegar a Oviedo siguiendo el valle del río Sella (Infiesto).

Una tercera columna, formada en León bajo las órdenes de los generales Balmes y Bosch, tenía la misión de atacar a los revolucionarios por el flanco sur, pasando el puerto de Pajares.

Las escuadrillas de las bases aéreas de Galicia, Logroño, León y Madrid, así como los autogiros de La Cierva, fueron enviados a Llanes, donde se habían preparado apresuradamente pistas de aterrizaje. Naves de guerra y de transporte llevaron cantidad de material para el bombardeo y municiones a Gijón y Llanes.

Los inevitables relatos de atrocidades

¿Es que el gobierno de Lerroux ha querido dar por adelantado una respuesta a quienes le reprochaban haber recurrido a la legión extranjera y a las tropas indígenas de Marruecos? ¿Habrá querido justificar los crueles medios represivos (bombardeos aéreos con los

inventos de destrucción más modernos, etc.) que estaba dispuesto a utilizar? Mientras continúan los preparativos de la represión, se extienden profusamente relatos tan vagos como tendenciosos respecto a las atrocidades cometidas por los sublevados en Asturias.

No cabe duda que esos relatos no tienen más valor que los que se ponen en circulación cada vez que se trata de oponer como enemigos a unos hombres contra otros; cada vez que se quiere inculcar el odio –y por tanto, la combatividad– a militares que, de otro modo, quizá se hubieran mostrado indiferentes; cada vez que hay un interés en presentar como monstruos a hombres cuyos móviles podrían parecer desinteresados e incluso mover a la simpatía.

Nos acordamos de haber leído en agosto de 1914, en los periódicos alemanes, artículos de inspiración oficial que anunciaban la llegada a la estación de Aquisgrán de un tren hospital lleno de soldados alemanes, a los que las mujeres de Lieja habrían sacado los ojos con cuchillos mientras se encontraban heridos en el campo de batalla!

¿Habrá que recordar también que nunca fue revelada la identidad de los niños a los que los soldados alemanes habrían cortado con hachas sistemáticamente las manos?

Durante la sublevación espartaquista en el Ruhr, en 1920, los periódicos alemanes señalaban con complacencia que las mujeres de los mineros degollaban vivos a los hombres y oficiales de la Reichswehr que habían hecho prisioneros.

En los gobiernos responsables no parece que haya hombres de corazón suficientemente inteligentes para comprender que son precisamente los relatos de atrocidades los que, extraviando las mentes, provocan los actos de crueldad. El hombre es inhumano,

no cuando obra por sentimiento, sino cuando basa su acción sobre un principio.

Cuando –por descuido o por aumentar la verosimilitud– se da un nombre (caso del R. P. Don José Villanueva) y resulta que la víctima –supuestamente quemada viva– continúa sana y salva, no se publica ninguna rectificación, excepto por parte de raros informantes particulares que han recogido la información sobre el terreno.

Un artículo publicado por el *Times*⁹ de Londres, con fecha veintinueve de octubre, resume de forma moderada los diferentes relatos de las atrocidades imputadas a los revolucionarios de Asturias:

«Viajeros procedentes de Asturias han relatado que durante los seis días revolucionarios de Oviedo, se cometieron por los rebeldes atrocidades incalificables, sobre todo en la persona de los curas, de los religiosos y las religiosas.»

El padre José Villanueva, director del seminario católico, fue quemado vivo, después de que le hubieran prendido fuego a su ropa empapada de petróleo.

Otro cura fue colgado por el cuello de un gancho en un escaparate de una carnicería con un cartel a los pies con la inscripción «se vende carne de cerdo». Otro fue cortado en trozos y expuesto igualmente como carne de carnicería. Los rebeldes volaron con dinamita dos conventos con sus ocupantes, jóvenes religiosas que habían sido previamente violadas.

El cura de Locada (a pesar de nuestras indagaciones, no encontramos rastro de ninguna aldea o ciudad de España que lleve ese nombre...!) salvó la vida, pero fue encarcelado después de haber sido obligado a quemar todas las imágenes religiosas de su iglesia.

⁹ Algunos de los artículos de prensa que aparecen en el libro son traducciones al castellano de los textos en francés (traducidos a su vez por Corman), ante la dificultad para encontrar los originales.

En otro pueblo minero, los revolucionarios obligaron al párroco a decir una misa de réquiem al borde de una fosa en la que habían arrojado los cadáveres aún calientes de varios guardias muertos; en el momento en que el cura terminaba sus plegarias, fue abatido de dos balazos en la espalda y fue a aumentar el número de muertos de la fosa, que entonces fue cubierta de tierra.

Todos los soldados, guardias civiles, guardias de asalto caídos en manos de los rebeldes, sufrieron el trato más bárbaro; fueron acuchillados, decapitados, y sus cabezas arrojadas como un juguete al populacho mientras los troncos mutilados se exponían en las plazas públicas.

Otro método de los rebeldes consistía en hacer saltar con dinamita, mientras pasaban, los autobuses que transportaban a los guardias civiles; otros guardias fueron atados a los árboles y luego se hacía explotar a sus pies un cartucho de dinamita.

Testigos del trato infligido a sus camaradas, los soldados de las fuerzas gubernamentales aplicaron la ley del talión y se mostraron implacables en la represión. De una y otra parte, no hubo conmiseración y se estima que el número de muertos, solamente en Oviedo, debe elevarse a cerca de dos mil.

Por otra parte, ha sido confirmado que cien rebeldes fueron enterrados vivos en una mina donde se habían refugiado, por la explosión de un obús que hundió su refugio”.

En este largo relato, plagado por lo demás de detalles horribles, no ha habido lugar para hacer dos precisiones: ¡el nombre de algún cura y el de alguna localidad!

En lo que se refiere al cura, un gran periódico católico de Madrid, *El Debate*, nos ofrece la verdad en la pluma de un corresponsal en-

viado a Oviedo después de que la ciudad haya sido retomada por las tropas regulares:

«Las informaciones publicadas sobre la muerte de don José Villanueva afortunadamente no son exactas. Aunque los rebeldes entraron en su casa después de haber derribado la puerta a hachazos, milagrosamente, no causaron ningún daño al cura. Con rostro sereno, don José, recibió efectivamente a los intrusos sosteniendo con una mano a su madre medio desvanecida, y mostrando con la otra a su padre, humilde obrero de la fábrica de Trubia, aterrado por la idea de la suerte que iba a sufrir su hijo. Ante ese cuadro familiar, el jefe del grupo de los rebeldes se apiadó y ordenó a sus hombres que se retirasen».

En cuanto al nombre de la localidad, agradeceríamos a quien nos demostrase que hay en España un lugar que tenga el nombre de Locada.

Los periódicos que se muestran tan preocupados por publicar noticias sensacionalistas –por vagas que sean y, por ello, sospechosas– se preocupan muy poco de publicar rectificaciones que debería exigir el mero sentimiento de solidaridad humana, cuando la verdad, por fin conocida, hace justicia a los relatos difundidos con el único fin de sembrar el odio entre los hombres.

Rendimos homenaje a *Lu*, el semanario francés que reveló en su número del 16 de noviembre de 1934 los raros casos en los que las precisiones habían dado más verosimilitud a los hechos que se echan en cara a los sublevados asturianos. Es nuestro deber reproducir a continuación algunas de las flagrantes contradicciones entresacadas por *Lu* de la propia prensa gubernamental española.

Del periódico madrileño *ABC*, fechado el 23 de octubre de 1934:

«Relatar los detalles del feroz salvajismo del que han dado muestra las hordas revolucionarias de Asturias, particularmente respecto a los guar-

días civiles, sería una tarea que no acabaría nunca. Como testimonio particularmente característico de esa barbarie, nos limitaremos en esta ocasión a informar de las inhumanas torturas y la terrible muerte a las que fue sometido, en Sama de Langreo, el capitán Alonso Nart, que mandaba la compañía de guardias civiles de esa localidad.

Después de haber sido atado por los rebeldes, ese oficial fue echado en la carretera. Un grupo de esas bestias sin alma subió en un camión pesado e hizo pasar el enorme vehículo sobre el cuerpo del desgraciado capitán con lentitud calculada, con el fin de que la tortura fuera mayor, y que el aplastamiento de la víctima fuera total».

Pero el mismo periódico, un poco más adelante, da otra versión:

«En lo que se refiere a la muerte del capitán Alonso Nart, jefe de la guardia civil de Sama de Langreo, se informa que, al verse asediado por las fuerzas revolucionarias, cogió varias granadas que lanzó contra el enemigo para abrirse paso pero que, perseguido hasta La Felguera, se refugió en un patio donde las balas le alcanzaron mortalmente.

Aunque ya estaba muerto, los sublevados le asestaron numerosas cuchilladas y le cogieron todo lo que llevaba de algún valor: medallas, escapularios y joyas. El capitán era, efectivamente, un ferviente católico».

También es cierto que el propio hermano del capitán Nart –también oficial en la guardia civil– a continuación, por venganza, sacó a veintitrés revolucionarios detenidos en los calabozos de Sama de Langreo y de La Oscura, para matarlos a sablazos y cuchilladas, y fue quien puso en circulación la primera versión. Puede alardear de haber hecho una buena tarea.

La siguiente información fue publicada por los periódicos *El Debate* e *Informaciones*, de Madrid:

«Hoy llegarán a la capital un numeroso grupo de huérfanos de los guardias civiles muertos en el curso de los disturbios revolucionarios. Los niños se encuentran en un estado lamentable. Muchos de ellos están horriblemente mutilados, al haber cometido los sublevados contra esas víctimas inofensivas actos de una bestialidad inaudita. Como muestra nuestro grabado, reproducción de un croquis realizado sobre el terreno; a muchos de esos niños les han sacado los ojos. Esos pequeños quedarán ciegos para siempre, y serán testimonio toda su vida del grado de crueldad que pueden alcanzar los hombres privados de la más elemental humanidad».

Sin embargo, una comisión sanitaria, dirigida por el doctor Espinosa, del Instituto de Puericultura de Oviedo, que recorrió Asturias en busca de esos desgraciados niños, acaba de hacer público, por boca de su presidente, el resultado de su encuesta. Esta es, según la publica el periódico *El Liberal*, de Madrid:

«Hasta hoy, declara el Dr. Espinosa, en una nota escrita, La Comisión de Investigación de la que he tenido el honor de ser nombrado presidente, no ha encontrado, ni recibido, ni visto, ningún niño que presente lesiones de ningún tipo. Todas las pesquisas y todos los informes recibidos confirman en todos sus puntos el resultado de nuestra propia encuesta en la provincia de Asturias, y particularmente en los centros de la cuenca minera».

Esto es, para concluir, lo que publica el *Heraldo* de Madrid; lo que pone fin a la leyenda de las violaciones que los revolucionarios habrían cometido contra las «jóvenes» religiosas:

En el hospital provincial de Oviedo, cuyas salas están abarrotadas de heridos, aún no ha podido entrar ningún representante de la prensa madrileña. Con ese fin se dieron órdenes estrictas a la superiora del centro. No obstante, el enviado especial de la Agencia Internacional News Service consiguió que las monjas que prestaban servicio en el hospital lo recibieran. Recorrió varias salas, acompañado por un capitán de la guardia civil e hizo a nuestro enviado las siguientes declaraciones:

"Después de innumerables gestiones, y gracias a mi condición de periodista extranjero, pude obtener el permiso de visitar el hospital provincial. Desde que entré en el patio, en compañía del oficial que había sido delegado para que me acompañara, varias religiosas, al percibir mi presencia, y al saber quien era, me pidieron que desmintiera categóricamente, en honor a la verdad, todo lo que se había publicado en los periódicos madrileños sobre su suerte.

A continuación fui recibido por la superiora que dirige el personal del centro. Me dijo textualmente esto: 'Desde los primeros días de la insurrección, los jefes de los rebeldes se presentaron en el hospital y me pidieron que atendiera a sus camaradas heridos'. Uno de los jefes me dijo: 'Déjenos entrar, no se les hará ningún daño'. Por supuesto, cuidamos de los heridos, y ninguna de las veinticinco religiosas que están aquí bajo mis órdenes fue molestada. Incluso los enfermos que ya estaban siendo atendidos por nosotras quedaron en su sitio, a pesar de la escasez de camas".

Pero he aquí una prueba más de que todas las atrocidades imputadas a los revolucionarios son invenciones mentirosas:

ENTRE EL GRAN NUMERO DE PROCESOS INSTRUIDOS POR UNA ESTRICTA REPRESIÓN Y RELATIVOS A HECHOS DE LOS QUE SE ACUSA A LOS SUBLEVADOS, NINGUNO, QUE SEPAMOS, INFORMA DE ATROCIDADES.

Vistos los procedimientos generalmente utilizados, se tiene el derecho de dudar de la exactitud de los relatos de atrocidades que tuvieron por escenario regiones tan lejanas como México, Rusia, etc.; relatos con los que la «buena prensa» obsequia a sus lectores periódicamente, tan precisos en cuanto a los hechos y tan vagos en cuanto a todo lo que permitiese verificar su exactitud.

Si es inhumano cometer atrocidades, no es menos cruel propagar, complacientemente, narraciones de las mismas cuanto menos sospechosas. ¿Cuándo se interesará, pues, la sociedad, por los

móviles que inducen a actuar a los propagandistas del odio más implacable?

Si hemos insistido un poco en exponer lo precedente, es porque nosotros mismos dimos crédito, primeramente, a relatos cuyo carácter falsario no se nos hizo evidente sino en la continuación de nuestro viaje a través de España.

Los combates en torno a Oviedo

Los revolucionarios, advertidos de la formación y del avance de las diferentes columnas, establecen posiciones defensivas en lo alto de los puertos que dan acceso a la región asturiana. La táctica del Comité Revolucionario es en primer lugar resistir. Pasará al ataque cuando la formación del ejército proletario haya avanzado suficientemente como para ser utilizado como un elemento ofensivo.

El primer encuentro entre los revolucionarios y las tropas de refuerzos traídas de Galicia tuvo lugar en Grado. Los conscriptos del ejército regular muestran poco ardor en combatir a los rebeldes y estos rechazan fácilmente la columna que a continuación se concentra en torno a Avilés, a la espera de la llegada de las tropas africanas, con la ayuda de las cuales emprenderá su irresistible avance sobre Oviedo.

La columna que sube de León envía, a su vez, hacia el puerto de Pajares un autobús cargado con veintinueve guardias de asalto, acompañados de un capitán de la Guardia Civil, como patrulla de reconocimiento. Para alcanzar el puerto, los guardias ponen su ametralladora en batería pero, al constatar que el paso está libre, deciden continuar su camino, después de haber destacado cinco hombres en la retaguardia. Unos kilómetros más adelante, al pie de la primera rampa, el autobús es detenido por un grupo de re-

volucionarios cuyo jefe grita a los guardias de asalto que vuelvan a donde estaban. Los guardias responden disparando y matan al jefe. Desgraciadamente para ellos, la ametralladora se encasquilla cuando quieren utilizarla y los guardias que no mueren en el breve combate que sigue, se rinden a los sublevados. Sin embargo, el capitán de la Guardia Civil consigue ocultarse en la montaña. Se hace con ropas de paisano en una granja y llega de ese modo, a pie, al punto de donde había salido la expedición, donde da cuenta de lo que ha pasado.

La larga distancia que separa el puerto de Pajares de los grandes centros obreros aumenta las dificultades que experimentan los sublevados para defender eficazmente esta región desierta y salvaje. Asimismo, tienen que recular cuando la columna sur, comandada por el general Balmes y bien dotada de artillería, se presenta ante ellos. No obstante, el «frente» se estabiliza en los alrededores de Campomanes y de Vega del Rey, donde cinco mil sublevados atrincherados en las alturas impiden fácilmente la entrada en los desfiladeros.

Los revolucionarios refuerzan sus posiciones por medio de nidos de ametralladoras y colocando en batería dos piezas de artillería tomadas de la fábrica de Trubia, cuyo disparo, sin embargo, es inútil porque los obuses que utilizan los sublevados están desprovistos de espoleta.

Las reservas de municiones y de dinamita de los rebeldes están acumuladas a la entrada de la galería de una mina sobre la que la artillería regular concentra su fuego hasta que salta el almacén. La explosión sepultó cierto número de hombres que utilizaban la galería como refugio.

Cuando la columna Balmes consigue poner los pies en Vega del Rey, los sublevados intentan despejar el terreno montando un tren

cuya locomotora y varios vagones fueron blindados con planchas de acero. El tren es acogido por un fuego tan violento que debe retroceder.

Los regulares que combaten delante de Vega del Rey informan que los sublevados parecen estar bajo el mando de un hombre de uniforme gris, que se hace llamar Comisario del Pueblo, que lleva varias pistolas automáticas a la cintura y una gran estrella roja en el pecho.

Para forzar ciertas posiciones resistentes, el comandante de las tropas regulares recurre a una estratagema de guerra utilizando guardias de asalto vestidos de civil. Haciéndose pasar por partisanos entre los sublevados, abordándoles con el puño levantado y gritando como ellos «Alto», los guardias pueden entrar en el interior de las líneas revolucionarias. Acto seguido abren, a bocajarro, un fuego rápido contra los sublevados que les obliga a abandonar sus posiciones defensivas.

Con el fin de evitar que se repitan bromas como esta, los revolucionarios adoptan una nueva contraseña. El nuevo grito es «PHU» y los auténticos revolucionarios están prevenidos para que respondan «UHP» (iniciales de Unión Hispano Proletaria)¹⁰.

Por lo demás, cuando las tropas gubernamentales lanzan el grito «Viva España», los revolucionarios responden irónicamente «Viva Rusia».

¹⁰ Parece que no está claro el significado original de esas siglas (*Octubre de 1934: la revolución en la República española*. David Ruiz (2008). Síntesis, p. 382). Además de la mencionada versión de Corman, existen otras como por ejemplo: Uníos Hermanos Proletarios (¡¡Asturias!!) (*Relato vivido de la insurrección de Octubre*). Alejandro Valdés (1935). Ediciones Verdad (Valencia), p. 94; Unión, Hermanos Proletarios (*Octubre rojo en Asturias*). José Canel (1935). Madrid, p. 59) e incluso UHP-Unión-Fuerza (*La revolución fue así. Octubre rojo y negro*. Manuel D. Benavides (1935), p. 360).

Los bombardeos aéreos

Sobre todo es la acción de la aviación gubernamental, contra la que eran impotentes, la que desmoralizó a los revolucionarios. Si, al comienzo, las bombas causaban poco daño porque eran de un modelo antiguo, los artefactos perfeccionados y modernos que utilizaron los aviadores a continuación demostraron una eficacia desconcertante.

Aunque sabían que los pueblos mineros habían sido abandonados por los hombres, que habían salido a combatir en el frente, los aviadores de los bombarderos los tomaron especialmente como objetivos y arrojaron explosivos en gran cantidad.

El culto a la familia está muy desarrollado en España, donde los hombres se muestran profundamente ligados a sus padres, a sus mujeres y a sus hijos. También la moral de los combatientes revolucionarios se vio profundamente afectada cuando se dieron cuenta de que la vida de los suyos estaba tan cruelmente expuesta, y el Comité Revolucionario tuvo que aconsejar a las mujeres y a los niños protegerse, durante el día, en las galerías de las minas.

El Comité Revolucionario creyó también que era útil extender el rumor de que los aviadores de la base de Sevilla se habían unido a la revolución y que iban a venir en ayuda de los sublevados para combatir a los aviones gubernamentales. El rumor corría con tal insistencia que los habitantes de Oviedo ya no sabían, durante cierto tiempo, si los aviones que sobrevolaban la ciudad estaban a favor o en contra de los revolucionarios.

Cuando la comandancia militar consideró que la moral de los sublevados ya estaba suficientemente tocada, hizo que los aviadores lanzaran la siguiente proclama:

REBELDES DE ASTURIAS

¡RENDÍOS!

Es la única manera de salvar vuestras vidas, la rendición sin condiciones y la entrega de las armas antes de veinticuatro horas.

España entera, con todas sus fuerzas, va contra vosotros, dispuesta a aplastaros sin piedad, como justo castigo a vuestra criminal locura.

La Generalidad de Cataluña se rindió a las tropas españolas en la madrugada del domingo. Companys y sus cómplices esperan en la cárcel el fallo de la justicia.

No queda una huelga en toda España. Estáis solos y vais a ser las víctimas de la revolución vencida y fracasada.

Todo el daño que os han hecho los bombardeos del aire y las armas de las tropas, son nada más que un simple aviso del que recibiréis implacablemente, si antes de ponerse el sol no habéis depuesto la rebeldía y entregado las armas. Después, iremos contra vosotros hasta destruirlos, sin tregua ni perdón.

¡RENDÍOS AL GOBIERNO DE ESPAÑA!

¡VIVA LA REPÚBLICA!¹¹

Durante los combates alrededor de Llano, los revolucionarios consiguieron derribar un avión pilotado por un capitán que intentaba comprobar si una columna que iba hacia el valle ocupado por las tropas era revolucionaria o gubernamental. La visibilidad era deficiente, el avión tuvo que acercarse a tierra y el tiro cerrado de los sublevados que lo recibió perforó sus depósitos hasta el punto de que la pérdida de combustible le obligó a aterrizar.

¹¹ Asturias 1934, Tomo I (1984). Paco Ignacio Taibo II. Ediciones Júcar (Madrid-Gijón).

En Pola de Laviana, los revolucionarios habían preparado un tren blindado con la esperanza de que sirviera para sus operaciones en el valle ocupado por la línea de ferrocarril Pola-Ablaña¹². Cuando el trabajo de blindaje estuvo casi acabado, los aviadores procuraron lanzar sus bombas sobre los raíles para bloquear el tren y hacerlo inservible. Al enterarse, por otra parte, de que la iglesia de Pola guardaba un almacén de municiones, entre ellas once barriles de dinamita, los pilotos de los bombarderos se fijaron particularmente en ella, aunque los sublevados pudieron poner a su pueblo a salvo de una espantosa explosión al transportar todos los materiales explosivos a la galería de una mina.

La aviación también participó en los ataques por tierra. Sobrevolando las posiciones revolucionarias a poca altura, las sometió al fuego de sus ametralladoras y bombas, facilitando con ello la labor de los asaltantes.

Oviedo tuvo que sufrir mucho por los ataques aéreos. Sus grandes edificios, al servir de acuartelamiento a los sublevados, no fueron en absoluto respetados por los aviadores. Una sola bomba arrojada sobre el ayuntamiento mató a más de veinte guardias rojos.

Oviedo bajo al tempestad

La vida que los habitantes de Oviedo tuvieron que hacer durante las jornadas revolucionarias sometió su moral a una dura prueba. A los combates callejeros del primer día habían sucedido los bombardeos intensivos de la aviación gubernamental, regando de proyectiles todos los puntos estratégicos de la ciudad y apuntando especialmente a los edificios públicos que albergaban a los guardias rojos y los servicios administrativos de los sublevados.

¹² El autor se equivoca, ya que la línea ferroviaria de Pola de Laviana no pasa por Ablaña. Quizá se confunda con la línea de León-Pola de Lena-Oviedo, donde sí hay una estación en la localidad de ese nombre.

Privados de agua, gas y electricidad como consecuencia de la destrucción de las tuberías, sin noticias del exterior, amenazados por el hambre o no pudiendo conseguir víveres más que exponiendo su vida en las calles, muchos habitantes vivían refugiados en los sótanos, con total desesperación.

Los incendios provocados por los cartuchos de dinamita lanzados durante los combates callejeros habían dado paso a los incendios alimentados por la explosión de las bombas gubernamentales. A ello se añadía la febril actividad que los revolucionarios desplegaban en las calles: transportes de todo tipo, desplazamientos de tropas, registros domiciliarios, detenciones, etc.

Muchos almacenes habían sido saqueados por el populacho, gracias al desorden reinante en la ciudad durante los primeros combates. Al haber sido teóricamente abolido el valor del dinero por un decreto del Comité Revolucionario, todos los pagos tenían que hacerse por medio de bonos especialmente emitidos por el propio Comité. Los víveres y las prendas de vestir estaban confiscados y racionados. Se adoptaron estrictas medidas para proteger los almacenes de víveres contra los ladrones y los incendios.

Los revolucionarios habían confiscado la mayor parte de aparatos de radio. A determinadas horas del día, realizaban emisiones. Así pudieron convencer a mucha gente de que la revolución se había generalizado en España y que sólo resistían todavía Madrid, León y Córdoba.

Los árabes y los legionarios retoman Oviedo

Pero de Gijón y Avilés ahora suben las dos columnas del general Ochoa, cuyas vanguardias están formadas por tropas venidas de África como refuerzo, acostumbradas al combate y que operan siempre con un absoluto desprecio por la muerte.

Desde la entrada en línea de combate de los árabes del Rif y los legionarios extranjeros (Tercio), el carácter de los combates cambió totalmente.

Que el gobierno hubiese recurrido a esos mercenarios sin patria ni opinión había exasperado profundamente a los sublevados y fue la causa de la rudeza de los combates que seguirían. Aunque las tropas africanas, apoyadas por una sólida artillería y secundadas por las ametralladoras y las bombas de la aviación, atacaban con una rabia y ardor extraordinarios, los revolucionarios, advertidos por las declaraciones de que la represión que seguiría sería despiadada, mostraron una obstinación en la resistencia que desconcertó a la comandancia militar.

Sin embargo, la tropa, que disponía de un armamento más perfeccionado, operaba con un método y una disciplina que dio cuenta de toda la resistencia y sacrificios que los sublevados, desesperados, se impusieron.

Las dos columnas del general Ochoa, subiendo cada una por un valle distinto hacia Oviedo, pudieron realizar la operación de unión en Lugones, ante el monte Naranco, la primera de las fuertes posiciones de los revolucionarios, que también fue tomada al asalto, obligando a los sublevados a retirarse hacia Oviedo.

La comandancia militar se cuidó de proteger las laderas y la cumbre de la Sierra del Naranco con una abundante artillería antes de pasar al ataque de la ciudad, ataque cuyos detalles habían sido minuciosamente preparados.

Desde los accesos de la ciudad los combates tuvieron un cariz desesperado. Cada barrio, cada bloque de casas, cada calle y cada casa, se atacaba y defendía con determinación igualmente feroz. Aunque en ambos campos se combatía con igual valentía,

la mejor organización, la técnica y material perfeccionados de las tropas regulares, fuertemente apoyadas, por otro lado, por una abundante aviación, que ametrallaba y bombardeaba, acabarían por imponerse.

Las principales posiciones de la resistencia interior de la ciudad todavía eran la estación del Norte, la catedral y la fábrica de armas. Durante su defensa de la estación, los sublevados se vieron ayudados por los trenes que habían blindado, pero de los que acabarían por dar cuenta, sin embargo, las bombas de la aviación. Parece que dos mujeres, que operaban una ametralladora, participaron en la defensa de la estación y continuaron disparando mientras los legionarios ya se encontraban dentro de la posición. Habrían sido atravesadas por las bayonetas de una soldadesca exasperada.

La fábrica de armas fue objeto, durante toda una hora, de un intenso bombardeo de toda la artillería gubernamental, que concentraba el fuego de sus piezas sobre ese punto. Durante el asalto, los aviones abrieron paso a los legionarios a golpe de bombas y metralletas.

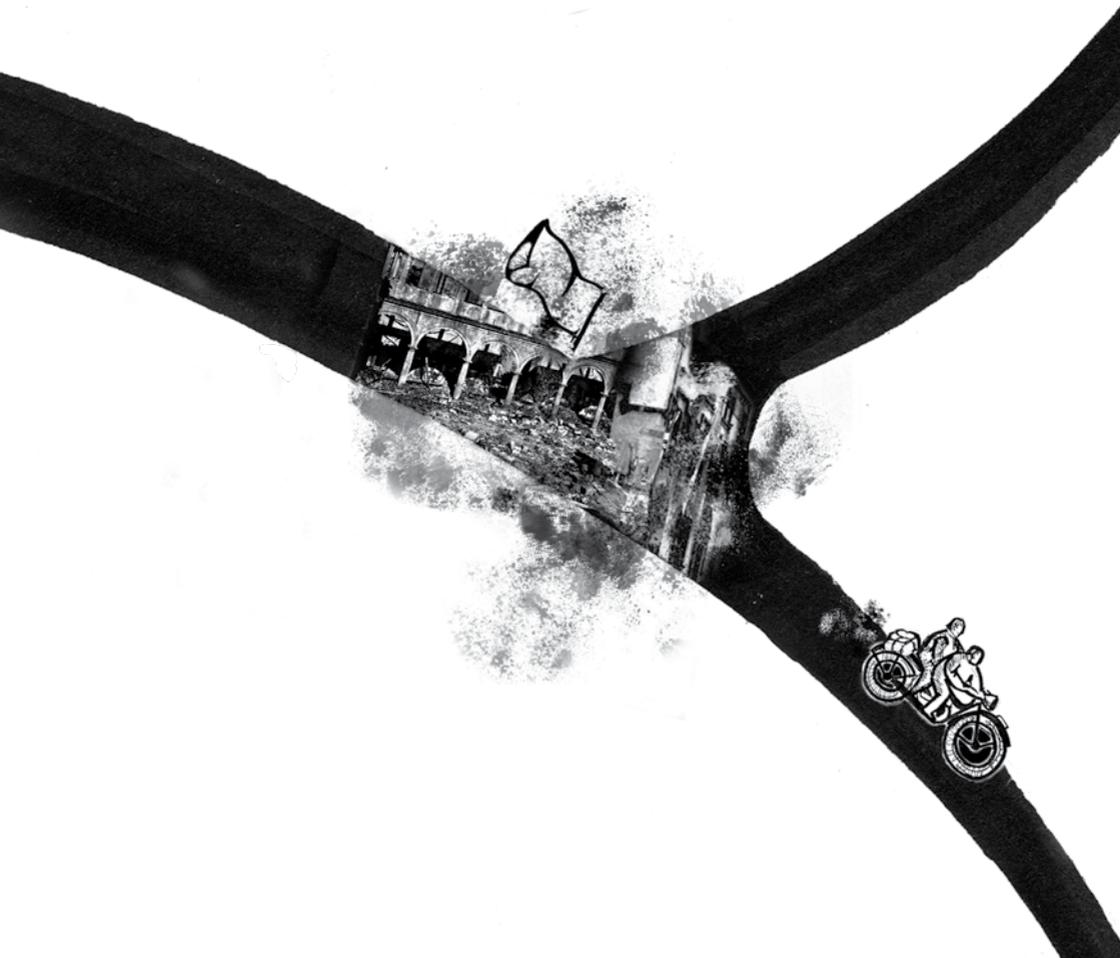
Al sentir que su causa estaba perdida, y no disponiendo de cuadros, ni de armamento a la altura del de los asaltantes, la mayor parte de los revolucionarios resistieron con una extraordinaria energía, prefiriendo morir en el mismo sitio antes que huir.

Serían necesarias tres largas jornadas de encarnizados combates para retomar la ciudad y rechazar a los suburbios del sur y del este a los sublevados que no habían caído en la lucha¹³.

¹³ El autor se refiere a los contraataques que obligarán a los militares a replegarse al centro de la ciudad, abandonando los barrios del Sur, por los que saldrían los revolucionarios en dirección a las cuencas mineras. *Historia General de Asturias*, tomo VIII (1978). Paco Ignacio Taibo II. Silverio Cañada ed. (Gijón).

En el momento en que los últimos revolucionarios se disponían a evacuarla, la ciudad fue sacudida por una espantosa detonación. El Instituto de Oviedo, antiguo Seminario de los Jesuitas, donde los revolucionarios habían instalado su Cuartel General y un almacén de dinamita, acababa de saltar, proyectando cascotes hasta una distancia de cinco kilómetros.

III
LA PACIFICACIÓN



*Y yo, ¿me he perdido en un bosque salvaje, he naufragado
al menos, he envejecido bastante, desde la tarde de ayer,
di, vieja nodriza?*
F. Crommelynck

Nuestras experiencias personales continúan

Gijón, en donde entramos después de haber enseñado nuestra documentación a un destacamento de fusileros de marina que estaban de servicio a la entrada de la ciudad, ofrece el aspecto de un campo militar. Su playa sirve de campo de aviación. Un gran hangar de chapa pintada en el tono gris-azul de las naves de guerra ancladas en la rada, contiene las reservas del material de bombardeo. Las ametralladoras, preparadas para disparar, están instaladas en las cuatro esquinas del edificio. Unos centinelas montan guardia en el dique e impiden que los curiosos se acerquen demasiado a la peligrosa playa.

Un grupo de aviadores conversa animadamente, fumando, ante uno de los aparatos que pronto irá a emprender su vuelo hacia la montaña, cargado de bombas.

La ciudad está muy animada; un destacamento de legionarios vuelve de la montaña. Los soldados, cubiertos de barro y con barba de varios días, son aclamados por una parte de la población. Pero mucha gente tiene un aire preocupado. Gijón es ante todo una ciudad obrera y el fracaso que los revolucionarios acaban de sufrir se lee en muchas caras. Por un lado y otro se trabaja para reparar lo que destruyeron los bombardeos y los combates.

Tranvías y algunos automóviles cargados de soldados circulan por las calles. Muchos coches que llevan la inscripción «médico»,

transportan a los médicos a todas partes donde hay heridos que curar. Todos los vehículos particulares enarbolan banderolas blancas en señal de neutralidad. ¿Hemos visto bien? Creímos ver un coche que, además de su banderola blanca, llevaba un banderín más pequeño irojo!

Probablemente, ¡alguien que apuesta por los dos colores!

En las calles el servicio de orden lo aseguran guardias de asalto y patrullas de fusileros de marina que recorren la ciudad en todos los sentidos.

Por una y otra parte, en las calles menos importantes y sobre todo en las callejuelas de los barrios obreros, montones de piedras atestiguan todavía el emplazamiento de una barricada anterior. Las paredes de las casas tienen huellas de proyectiles, muchas ventanas están agujereadas por las balas, pero muchas más están totalmente rotas. Sin embargo, en conjunto, la ciudad no ha sufrido demasiado, si se exceptúa el barrio de Cimadevilla, donde algunas casas fueron convertidas en ruinas por los obuses del «Libertad».

Han sido detenidos un gran número de obreros por haber participado en la revuelta; otros huyeron hacia la montaña y hacia Oviedo. Llegamos a cruzarnos con guardias de asalto en medio de los cuales va un tipo sospechoso de haber combatido al lado de los sublevados.

Nos presentamos, por si acaso, ante el destacamento de fusileros de marina que vigila la salida de la ciudad hacia Oviedo. Con la tropa no dudamos en hacernos pasar por periodistas, pues hemos notado que los soldados tienen un cierto respeto por los «periodistas» llegados del extranjero con el fin de dar noticia de lo que ocurre en España.

El documento que nos dieron en Infiesto hace maravillas y los marinos nos desean buena suerte franqueándonos el paso hacia la carretera de Oviedo. Una carretera que está hasta tal punto atiborrada de tropas que los vehículos, al no poder avanzar, están alineados en los bordes del camino.

Hacemos lo que podemos para abrirnos paso a través de las filas de hombres, acompañados de una multitud de caballos y de mulas a los que el ruido de nuestro motor hace a menudo cocear peligrosamente.

Cuando alguien nos pregunta, adoptamos un aire de suficiencia y gritamos «periodistas», lo que, vistas las circunstancias, nos vale un pequeño éxito de estima del que íntimamente nos reímos.

Sin embargo, el aparato bélico en medio del cual nos movemos, nos exalta.

¿No nos hemos convertido en auténticos «corresponsales de guerra», cuyas aventuras gustábamos leer en nuestros libros juveniles?

Nuestro avance, a menudo, se detiene durante largo rato, al ser total el embotellamiento de la carretera. Entonces charlamos con algún mulero o con un suboficial. En general, esos hombres nos preguntan más que responden a nuestras preguntas. Tienen curiosidad por saber lo que pasa en las otras partes de España que acabamos de recorrer. Los comunicados gubernamentales les parecen sospechosos. Por lo demás, la tropa parece estar cansada por las largas marchas que ha hecho. Sobre todo las mulas están en un estado lamentable.

Seguimos durante largo tiempo a un auto que transporta oficiales superiores y que no avanza sino muy lentamente en medio de los hombres y las bestias que se apartan con dificultad a su paso. Es

así como vemos las coces de una valiente mula, que toma partido por la revolución plantando sus herraduras traseras en la reluciente carrocería del vehículo. No está mucho más calmada cuando llegamos a su altura; tenemos la desagradable impresión de que esa mula no reconoce nuestra condición de «neutrales» y que nuestros cuerpos corren el mismo riesgo que la carrocería.

Entre los animales de albarda, muchos transportan piezas de artillería de montaña.

Acabamos por adelantar al automóvil y al convoy que se extiende a lo largo de varios kilómetros.

Viajamos con un hermoso sol y, como estamos a baja altitud, hace calor. El verdor que se extiende en las laderas de las alegres colinas desprende una impresión de primavera. A lo lejos, se oyen sordas detonaciones. A veces, un avión pasa por encima de nuestras cabezas.

Los primeros cadáveres

Nos han hablado mucho del lamentable estado en el que encontraríamos Oviedo, cuyos suburbios sur y este aún están en manos de los sublevados. Visitamos la ciudad un año antes y nos preguntamos qué cambios habrán ocasionado los recientes acontecimientos. De repente, nuestras reflexiones se interrumpen por un espectáculo inesperado. Delante de nosotros, en la carretera, yacen todavía sangrando los cadáveres de varios caballos que los soldados se empeñan en sacar hacia las orillas de la carretera, para abrir paso.

Los soldados nos dicen cómo, apenas una hora antes, un destacamento de caballería había caído en ese mismo sitio en una emboscada que tendieron los sublevados que bajaron de la monta-

ña. Los asaltantes se habían ocultado detrás de los setos y habían abierto fuego casi a bocajarro sobre la sorprendida caballería. Los cartuchos de dinamita y la sorpresa habían desbocado las monturas. Los hombres muertos, entre ellos un oficial, acaban de ser puestos en los camiones que están alineados cerca de una casa, cuyos habitantes fueron testigos aterrados de lo ocurrido. Los soldados encargados del transporte fúnebre no parecen nada impresionados y continúan bromeando entre ellos como si se tratara de un juego. Dicen haber visto casos peores estos últimos quince días.

Una vez dado el golpe, los sublevados se retiraron rápidamente hacia la montaña, perseguidos por los guardias de asalto, trasladados en los autobuses que a continuación llevaron los heridos a Oviedo. Escuchamos, pero no oímos sino el ruido de las detonaciones procedentes de la batalla alrededor de Oviedo. Aquí, la montaña próxima iparece tan calma!

En Lugones alcanzamos otra columna de tropas que desembocan de la carretera de Avilés y que convergen hacia Oviedo. Una vez más, aquí nos las vemos y deseamos para abrimos paso. Intentamos sacar fotografías mientras avanzamos en medio de los hombres, las mulas y los caballos. Las bestias están nerviosas y, a menudo, nos arriesgamos a ser alcanzados por los cascotes de las que cocean al acercarse nuestra ruidosa máquina.

La carretera después de Lugones es muy mala. Ha sido objeto de bombardeos y objetivo de los disparos de la artillería cuando servía de vía de comunicación a los sublevados. Las trincheras y agujeros de obús fueron rellenados de forma imperfecta. Una vía de tranvía, cuyos raíles fueron torcidos por la acción de los explosivos, va paralela a la carretera. De los postes que no fueron echados abajo cuelgan largos trozos de cable cubiertos de cardenillo.

En las primeras casas de Oviedo monta guardia un piquete de legionarios extranjeros. Rodean una ametralladora delante de la cual está sentado un legionario. Son los mismos tipos que ya vimos en el Rif. Aquí su atuendo es menos cuidado y su cara tiene una expresión más dura. En África descansaban. Aquí hacen la guerra.

Para mayor asombro, nadie nos pide nada cuando entramos en la ciudad. Probablemente, iporque no hay guardias civiles!

Oviedo en ruinas

«¡Un huracán infernal ha pasado por Oviedo! Escribimos estas líneas bajo la impresión de la angustia que nos produce una aglomeración en ruinas. ¡Fue Oviedo! Nada es más cierto. No es la revolución la que ha pasado por Oviedo, sino un huracán infernal que lo ha devastado todo y no nos ha dejado sino motones de ruinas humeantes».

«Lo que ha pasado, lo describiremos cuando podamos. Digamos, sin embargo, que las naciones europeas, durante los cuatro años de la gran guerra, no hicieron sufrir a ninguna ciudad más de lo que en el periodo de ocho días sus salvajes asaltantes hicieron soportar a nuestra capital».

Es así como se expresa el primer número del periódico *La Voz de Asturias* impreso después de la revolución y –al haber sido destruidas las prensas habituales– tirado sobre prensas manuales de las que se habían servido los revolucionarios.

Conviene, probablemente, dar parte de la exaltación de un periodista que, según parece, había sido condenado por el tribunal revolucionario. Sin embargo, también nosotros tenemos la impresión de que durante la Gran Guerra ninguna ciudad sufrió hasta ese punto en el periodo de ocho días. Lo que se ha podido com-

probar, prácticamente por primera vez en Europa desde la Gran Guerra, es la eficacia de las bombas de aviación ultramodernas.

Que se imputen ahora todos los destrozos al vandalismo de los vencidos es, en suma, bastante comprensible.

¡Es la regla del juego!

Aunque es exagerado decir que la ciudad no es más que un montón de ruinas humeantes, sin embargo, se encuentra en un estado bastante lamentable. Al estar rotas las tuberías del agua, las ruinas continúan consumiéndose lentamente sin que nadie se preocupe de apagar el fuego. Soldados y obreros trabajan en despejar las calles de todo lo que impide la circulación. Otros hombres transportan a los heridos hacia las ambulancias militares. Otros más trabajan en las ruinas para rescatar los cadáveres.

Las aceras, llenas de escombros de todo tipo, están impracticables. En las calles ya despejadas, los barrenderos juntan en un montón los desechos de menor tamaño, formados en su mayor parte por los casquillos de los cartuchos.

Todas las fachadas de las casas están acribilladas de pequeños agujeros que las balas han impreso sobre la argamasa, todas las ventanas de los inmuebles que no han sido destruidos están rotas, ya sea por los proyectiles, ya sea por la deflagración de las bombas. Los almacenes que no fueron incendiados están vacíos de mercancías. Aparte de pan, vino, tabaco y gasolina, llevados en grandes cantidades por los vehículos de avituallamiento del ejército, en este momento, no se puede comprar nada en Oviedo.

Militares por todas partes: legionarios extranjeros, fusileros árabes, guardias de asalto o soldados comunes. En los puntos estratégicos de la ciudad, las ametralladoras muestran sus cañones en los hue-

cos de las ventanas sin cristales. Camiones cargados de legionarios, con sus fusiles en la mano, recorren las calles tan rápido como lo permiten los escombros. De vez en cuando un vehículo blindado, inmenso ratón gris, demasiado silencioso para su volumen, se desliza sobre el asfalto. Es como si se quisiera impresionar a los habitantes por medio de un despliegue de fuerzas, que busca tranquilizar a unos e intimidar a otros.

Reina gran animación en las calles. Los habitantes circulan para comprobar los destrozos y hacer comentarios. La gente se encuentra, se abraza, intercambian recuerdos. Hay quien llora. El espectáculo no es divertido.

Nosotros estamos muy afectados por lo que vemos, por toda la desolación y miseria que se extiende ante nuestros ojos.

Nos parece oír disparos en la dirección del barrio de Santa Susana, donde se encuentra el Instituto de los Jesuitas, destruido por la dinamita. Atravesamos un gran parque en donde unos guardias de asalto recogen y examinan, delante de nosotros, una escopeta de caza que acaba de arrojar un hombre sobre el que habían disparado sin alcanzarle. Al fusil está pegado un pequeño rollo de papel que los guardias despliegan con precaución. Contiene una minúscula pieza de metal, probablemente una pieza de recambio para el arma.

Las casas que bordean el parque tienen las huellas de los disparos de la artillería revolucionaria. Obuses sin espoleta atravesaron los muros sin explotar, dejando agujeros que parecen ojos de buey de barco. Muchos edificios están adornados con ramos de palmas y sábanas blancas, probablemente como signo de neutralidad. La cresta de una de las palmeras del parque, atravesada en la trayectoria de un obús, yace al lado del tronco.

Los transeúntes aquí son escasos: los soldados con que nos cruzamos, que van hacia lo que fue el Instituto, son legionarios y soldados árabes de servicio. Los alrededores están despejados, pero la zona es peligrosa a causa de los obuses, bombas, granadas de mano y cartuchos de dinamita sin explotar que los pies pueden pisar en cualquier momento. Ningún servicio de orden mantiene alejados a los curiosos.

El lugar que ocupaban los edificios del antiguo Instituto está ocupado por un cráter de varios metros de profundidad. Soldados circulan entre los cascotes acumulados alrededor. Reparar en nosotros y explicamos que somos «periodistas». Un señor de paisano, que creemos que es un agente de la Seguridad General, nos conduce a través de las ruinas, narrando en inglés lo que ha ocurrido aquí:

«Cuando los rebeldes se hicieron los dueños de Oviedo –nos dice– establecieron su Cuartel General en el Instituto. Para ponerlo a resguardo de los ataques aéreos, encerraron allí a doscientos prisioneros escogidos entre los notables de la villa, de los que setenta eran eclesiásticos. Creyendo que así el edificio estaba protegido contra las bombas, acumularon sus reservas de dinamita en el sótano.

Cuando se dieron cuenta de que era imposible defender la ciudad, los revolucionarios decidieron vengarse de los bombardeos aéreos infligidos a los pueblos mineros, matando a los prisioneros reunidos en el Instituto. Hicieron evacuar las casas de la calle Santa Susana, advirtiéndoles a sus ocupantes que el Instituto iba a saltar por los aires en unos veinte minutos, y dieron fuego a la dinamita. Se produjo una primera explosión, matando a una cuarentena de prisioneros pero abriendo una brecha en los muros por la que los demás, indemnes, pudieron escapar. Los revolucionarios que se quedaron al acecho en los alrededores, se die-

ron cuenta de la huida. Acudieron enseguida para forzar a una treintena de prisioneros a volver a la prisión donde, cuatro sublevados, particularmente fanáticos, los siguieron para abatirlos a tiros. Pero en ese momento se produjo la gran explosión, sepultando todo lo que había en el edificio, incluidos prisioneros y sublevados. Los escombros que tienen delante contienen al menos setenta cadáveres».

Efectivamente, entre las piedras se distinguen trozos de ropa y materias que podrían ser restos de carne humana...

Para ser objetivos, tenemos que decir que los periódicos dan generalmente otras versiones de la explosión del Instituto. El fuego habría estallado en el edificio a continuación de la explosión de una bomba aérea, que abrió la brecha por donde los prisioneros pudieron huir. Ningún periódico reproduce el episodio de los prisioneros obligados a volver al edificio después de la primera explosión. He aquí, por ejemplo, cómo el periódico *El Carbayón*, cuenta este acontecimiento:

«A mediodía los rebeldes, que habían situado uno de los centros de concentración de prisioneros en la antigua residencia de los Jesuitas, en la calle de Santa Susana hicieron estallar el polvorín allí existente.

Antes los revoltosos habían huido hacia San Lázaro, poniéndose en salvo de los efectos de la explosión.

En la primera explosión quedó destruida parte del edificio y merced a su poca potencia, pudieron ponerse en salvo las numerosas personalidades que habían sido concentradas allí por los revoltosos con ánimo de condenarlos a muerte.

Próximamente a las dos de la tarde, hizo explosión el segundo depósito de dinamita que existía en la residencia de los Jesuitas. Esta vez los efectos

de la explosión fueron verdaderamente terribles, pues además de quedar totalmente destruido todo el edificio, también se derrumbaron todas las casas de la calle de Santa Susana, que previamente habían sido evacuadas por los vecinos.»

Al explorar los edificios vecinos, cuyos techos se han hundido bajo la onda expansiva provocada por una deflagración espantosa, encontramos un revólver cuyo cargador aún contenía los casquillos de las balas disparadas. Sería peligroso estar aquí con un arma en la mano. Lo arrojamos, pues, pero un muchacho que merodeaba por allí nos había visto. Vino enseguida a romperlo golpeando con todas sus fuerzas contra una piedra.

Más adelante, detrás de un muro medio destruido yace un cadáver... Es el de un guardia de asalto, un tipo robusto cuyo cráneo fue fracturado por un proyectil. El cuerpo había estado expuesto a la lluvia y la ropa se encoge alrededor de sus miembros hinchados. Al lado del cadáver se encuentra la gorra, agujereada por el proyectil, que tiene adherida sangre y materia cerebral. Esa gorra ya no lleva la insignia de los guardias de asalto, lo que hace decir a los soldados que debe de ser un guardia de asalto que combatió en el bando revolucionario. Según ellos, el cadáver aún no se había levantado porque no se le había podido identificar.

Un poco más lejos, en el límite de la ciudad, un grupo de legionarios que lleva una ametralladora corre hacia una casa. Unos instantes después, el cañón del arma aparece en una de las ventanas superiores del inmueble. Los soldados creen que los revolucionarios se reagrupan delante de la ciudad con el fin de atacar de nuevo.

Al ver que continuamente hacemos fotos, un oficial de la legión nos interpela:

—¿Qué desea usted?

—Nada, señor. Periodistas.

—¡Peligroso aquí! ¡Aléjense!

Lentamente volvemos hacia el centro de la ciudad donde los legionarios pasean por grupos, mientras que los árabes, tipos altos, barbudos, con aspecto realmente muy salvaje, caminan generalmente por parejas, orgullosamente enfundados en largas chilabas color de tierra rifeña. Los oficiales españoles de las tropas árabes llevan también esa extraña capa, en la cual están bordados textos árabes en seda verde. Esta vestimenta anacrónica contrasta claramente con su gran gorra plana, totalmente roja.

Unos legionarios están sentados a la mesa en un gran café sin ventanas que despacha vino blanco. El camarero que nos sirve lleva la cabeza vendada. Recibió un balazo detrás de la oreja izquierda. Le provocamos riendo:

—¿Guardia rojo?

—No —dice— la bala me alcanzó cuando miraba por la ventana desde mi casa.

Eso es lo que nos asombra: el bonachón no tiene la cara de quien permanece neutral ante acontecimientos parecidos. Mientras charlamos, se produce una fuerte detonación en los alrededores. El camarero nos dice que probablemente sea una de las bombas de avión que no explotaron y que ha sido alcanzada por el fuego que está latente entre las ruinas. Efectivamente, parece que la ciudad está sembrada de bombas y obuses sin explotar, hasta el punto de que es peligroso permanecer cerca de las ruinas que se consumen en el fuego.

La explosión nos incita a continuar nuestro vagabundo a través del centro de la ciudad. Delante del hospital mujeres llorosas im-

ploran a un cabo que les explica, con gran gesticulación, que no puede dejarlas pasar. Esa entrada al hospital está custodiada por todo un destacamento de soldados. Uno de los centinelas es un árabe con una cara particularmente característica. Queremos fotografiarlo, pero el cabo se da cuenta y viene hacia nosotros gritando que está ¡prohibido! Esperamos a que vuelva la espalda...

En la sucursal del Banco de España aún se encuentran las bombonas de gas y los sopletes que debieron de utilizar los revolucionarios para abrir la caja fuerte.

Ahora reconocemos que la revolución española, contrariamente a lo que habíamos creído en un principio, ha sido un acontecimiento de gran envergadura. Sin ninguna duda es el movimiento obrero más importante que se haya registrado en el mundo desde la Revolución Rusa.

Estamos muy abatidos por la miseria y las grandes desgracias de que hemos sido testigos. Nos atrapa de repente un deseo de volver a ver lugares apacibles, sin odio, sin miseria, con mucho sol, sonrisas y felicidad. ¿Por qué hay que ser testigo de la guerra experimentando tan intensamente que la paz es el mayor don del que puedan gozar los hombres...?

Pensamos en las regiones de España que no han sido afectadas por la guerra civil y donde debe de hacer mucho calor. Pero para ir allá, ¿no nos será necesario todavía pasar por la costa lluviosa del mar Cantábrico e incluso por la Galicia tenebrosa? Todas las carreteras directas hacia el sur atraviesan la región minera que todavía está en poder de los sublevados.

Decidimos informarnos en el Gobierno Militar que centraliza toda la información y detenta todos los poderes en la zona de opera-

ciones. En una larga hilera de gente, vigilada por guardias de asalto, espero el turno para entrar a las oficinas donde los oficiales dan amablemente la información que pueden aportar.

Entramos en nuestro turno, en una amplia habitación donde individuos de paisano, funcionarios de la Seguridad General, nos interrogan:

—¿Cómo es que han venido a Oviedo?

—Estamos de camino hacia Marruecos y hemos querido seguir el mismo itinerario del año anterior, pero como llueve mucho en la costa Norte, queríamos recortar nuestra ruta pasando por Madrid, en lugar de pasar por Portugal.

—¿Por qué quieren ir a Marruecos?

—Nos documentamos para hacer guías de viaje.

La idea de que pudiéramos contribuir al desarrollo del turismo no deja nunca de producir sus efectos sobre nuestros interlocutores españoles. Desde el momento en que pronunciamos las palabras «guía de viaje» la atmósfera parece que se vuelve más relajada; también creemos que podemos atrevernos a plantear una pregunta respecto a la situación de Oviedo:

—¿Cómo está la situación militar en los alrededores? ¿Cree usted que habrá que esperar todavía mucho antes de que la carretera a León caiga en poder de las tropas?

—Se puede decir que los sublevados están muy desmoralizados desde la toma de Oviedo. En este mismo momento se han emprendido conversaciones directas con el Comité Revolucionario para discutir las condiciones de la capitulación.

Esta información nos anima:

—¿Entonces quizá pueda darnos la autorización para coger esa ruta? No la seguiremos, desde luego, salvo si queda libre.

Un funcionario escribe debajo de la autorización que entregaron en Infiesto: «Los portadores tienen permiso para continuar su viaje pasando por León».

Unos momentos después subimos en la moto. Nuestra depresión ha dado paso a un entusiasmo renovado. Nos gusta la perspectiva de retomar nuestra vida aventurera. Con el papel que tenemos intentaremos aproximarnos lo máximo posible a la línea de fuego. En cuanto el paso quede libre, tomaremos la ruta hacia el Sur. El viaje a través de la región minera, en la que esperamos poder entrar al mismo tiempo que la tropa, será probablemente de los más interesantes.

En la ciudad, nadie parece conocer todavía la noticia que nos acaban de comunicar. Les preguntamos a los legionarios que custodian la salida y que nos reconocen. Son los hombres que habían subido la ametralladora al edificio donde, por lo demás, todavía se encuentra instalada, mientras que la tropa ha avanzado hacia Olloniego.

El oficial de los legionarios, que examina nuestros papeles, se queda asombrado de ver en nuestro poder una autorización para ir a León; y no deja de señalarnos que en ella no se indica que podamos pasar por la carretera que queremos tomar.

—Las conversaciones para la capitulación están muy avanzadas y pueden esperar, en cualquier momento, ¡el anuncio del armisticio! —decimos—. Es por eso que no se nos ha puesto ninguna dificultad en el Gobierno Militar. Somos reporteros y no quisiéramos perder la ocasión de documentar una circunstancia tan excepcional.

Ante nosotros, la carretera queda libre. Ya son las últimas horas de la tarde y el sol de octubre está bajo. Nos lanzamos a toda ve-

locidad para trepar por las empinadas cuestas adoquinadas que se suceden. En un momento dado, nos atrae la atención una serie de casas en llamas que bordean la carretera, lo que hace que choquemos con una gran piedra que desgarró nuestro neumático trasero.

Nunca habíamos tenido un percance así. Volvemos sobre nuestros pasos para examinar la piedra que parece haber sido especialmente tallada y colocada sobre la carretera para dañar los neumáticos de los vehículos militares que la tocaran. Ahora nos acordamos de haber visto sobre el trayecto ya recorrido otras piedras de ese tipo.

La reparación, difícil, lleva una hora larga. Mientras manipulamos, convoys de automóviles de todas clases nos sobrepasan y nos cruzan. En un cierto momento, constatamos con gran sorpresa que una larga retahíla de camiones, que transportan solamente legionarios y árabes, vuelve hacia Oviedo. ¿Es quizás un indicio de que el armisticio o la capitulación han sido aceptados?

Preguntamos a un paisano que pasa cerca de nosotros:

—¿Ha acabado la revolución?

—¡Que va! Es solamente un entreacto. ¡Revivirá!

La cara del hombre tiene una expresión apasionada. Cuando manifestamos nuestra condición de extranjeros y periodistas, no oculta sus verdaderos sentimientos. No nos lo dice, pero es evidente que tenemos ante nosotros a alguien que ha jugado un papel en este gran drama. Nos deja diciendo:

—¡Podéis decir que sin la legión y los árabes, la revolución habría sido causa ganada!

Pensamos en la noche que se nos presenta por delante. ¿Dónde pasarla y en qué condiciones? No podemos pensar en plantar la tienda aquí, sería una insensatez. Nos parece interesante pasar la noche en medio de las tropas, en la línea de fuego, y continuar avanzando.

Esta noche tenemos mala suerte: hemos sometido al motor a una dura prueba haciéndole girar a fondo para subir las cuestas, cuya fuerte pendiente exige la utilización de las marchas cortas. Se calienta... No lo tenemos en cuenta, preocupados de llegar a algún sitio antes de que oscurezca. En una nueva cuesta el motor se para: bloqueado...

Para no perder mucho tiempo, empujamos la máquina hasta lo alto de un pequeño puerto delante de nosotros. El motor se enfriará durante el largo descenso que comenzamos. Ante nosotros se encuentra un ancho valle ocupado por una ciudad importante, cuyas numerosas luces suben hacia nosotros a la misma velocidad con que descendemos la cuesta. Desde que ha oscurecido, no hemos visto militares, y nos preguntamos si la tropa no habrá sido retirada de la región.

No, pues en las primeras casas de Mieres, en un cruce al pie de una rampa, la carretera está cerrada por soldados apostados en grupos compactos. Pero, antes de haber llegado a ellos, somos interpelados por un oficial enorme, construido como un Hércules, que es capitán de la Guardia Civil por lo que vemos a continuación.

Ese oficial examina nuestros papeles a la luz del faro y nos dice categóricamente, en francés:

— ¡No se puede pasar!

Quisiéramos que nos diera más explicaciones, pero se dirige a grandes zancadas hacia un grupo de cuatro guardias civiles que acaba de ver. La extraña actitud de esos guardias, colocados bajo la luz de los faros de un automóvil, nos llama la atención.

Entonces, asistimos a una escena imprevista. Al principio, el capitán habla a los guardias de forma persuasiva, pero éstos, en lugar de escuchar a su superior, discuten entre sí. Están en un estado lamentable. Su uniforme está desgarrado, a uno le falta el gorro de cuero curtido y a otros las polainas. Su actitud denota que acaban de experimentar el terror...

Ahora el capitán les grita una orden; los guardias civiles le miran sin moverse, pero dejan de hablar.

Entonces el capitán saca una enorme *browning* de su cartuchera para encañonar al grupo de guardias. A continuación repite su orden chillando. Está claro que disparará si no es obedecido.

Los guardias civiles esbozan un gesto resignado y suben al coche, conducido por un chófer civil, que se aleja por la carretera de la izquierda del cruce. El capitán desaparece en una de las casas ocupadas por las tropas.

Estamos rodeados por un grupo de civiles que nos confirman, a petición nuestra, que las tropas aún no han entrado en Mieres. La idea de pasar la noche con los revolucionarios nos obsesiona e imaginamos la manera de entrar en la ciudad sin llamar la atención de los soldados, cuando uno de ellos, hablando francés, nos dice que puede procurarnos una habitación en la que podemos pasar la noche y que está dispuesto a llevarnos allá. Añade que las tropas no entrarán hasta el día siguiente en Mieres, que se ha alcanzado un armisticio y que probablemente podremos continuar, ese mismo día, nuestro viaje hacia León.

Para no llamar la atención de las tropas, seguimos a nuestro hombre lentamente, empujando la máquina con la mano.

El guía nos conduce a través de calles tortuosas, débilmente iluminadas por la electricidad, hasta la casa de un posadero que no quiere dejarnos entrar cuando oye que somos extranjeros. El guía, que es amigo suyo, intenta inútilmente explicarle que puede darnos una cama sin ningún temor, que no somos agitadores revolucionarios fugados sino periodistas. No hay nada que hacer, el hospedero no quiere complicaciones y nos aconseja que busquemos en otra parte.

Unos transeúntes, testigos de nuestra contrariedad, nos indican otro albergue, también del tipo «degolladero»; una gruesa matrona consiente en darnos una habitación a condición de que le paguemos por adelantado.

Conversaciones revolucionarias

El rumor de la presencia de periodistas extranjeros no deja de atraer la atención de la gente en esa taberna donde fuimos objeto de todas las atenciones. Los hombres a los que preguntamos no tienen ninguna dificultad en reconocer que formaron parte del ejército revolucionario y, cuando preguntamos a uno de ellos cual fue su papel, responde textualmente:

—Soy minero; en la mina trabajo con dinamita. He hecho lo mismo en Oviedo.

Es un tipo fornido, serio y de aspecto correcto. Es uno de esos hombres que los periódicos califican de «brutos salvajes sin alma». Continuamos preguntando:

—¿Pero por qué han hecho esta revolución?

—Era una oportunidad para dar cuenta de un régimen odioso que, oprimiendo a España para mayor beneficio de unos privilegiados, impide a los trabajadores organizar el nuevo régimen social que permita a todos vivir dignamente. ¡Esa oportunidad no podíamos dejarla pasar!

—¿Ustedes quieren, pues, aplicar en España los principios soviéticos?

—Nosotros no queremos seguir siendo las víctimas de un régimen capitalista absurdo, cuya prolongación no puede ser sino nefasta para todos, incluso para los que quieren mantenerlo. Los hombres son solidarios unos con otros; los privilegiados deben darse cuenta de que sus privilegios, que se ejercen en detrimento de la colectividad, no se pueden mantener. Si no quieren comprenderlo —y nunca querrán comprenderlo pues, para ellos, el sentimiento de la solidaridad humana se para a la puerta de la caja fuerte— tanto peor. Harán lo que quieran, pero no impedirán que los trabajadores realicen —para el bien de todos los hombres de buena voluntad— el nuevo régimen que suprimirá las miserias y las enormes injusticias. La reacción aún es fuerte, lo acabamos de comprobar, pero lleva en sí misma su propia muerte, como todo lo que ha sobrepasado su tiempo.

—¿A qué llama «un hombre de buena voluntad»?

—A un hombre que está dispuesto a sacrificar su interés personal por el interés general. El pueblo admite fácilmente este principio, y no duda en exponer la vida de sus hijos cuando, en tiempo de guerra, el interés de la nación parece exigirlo. Que en contrapartida los poderosos renuncien a sus privilegios, pues se ejercen no sólo en detrimento de la economía de toda la nación, sino incluso en detrimento de la propia existencia de quienes constituyen la masa del pueblo.

—¡Su nuevo régimen no podrán instaurarlo sin afectar a los principios de libertad a los que todas las democracias se atienen!

—¿Libertad? ¿Democracia? Libertad para los amos de la opinión para envenenar las conciencias, gracias a lo cual las democracias

son de su devoción. Es un poco como la historia de los pastores que gritan a sus ovejas: «Que viene el lobo», mientras que los pastores son bastante más peligrosos para las ovejas que los lobos! ¡Ustedes saben de sobra que los pueblos no piensan por sí mismos, y que no escuchan sino a quienes tienen los medios de hacerse oír, a los que tienen los medios de hacer pasar por valores verdaderos, las verdades de pacotilla de los charlatanes que controlan la opinión gracias a su dinero! Y quienes dirigen las conciencias de tal forma que sus campañas no sirven solamente al aumento de su poder moral, sino también al aumento de su poder material.

—Pero usted habla como el propio Cristo.

—¡Yo hablo según mi conciencia! Para las necesidades de sus oscuras causas, los que tienen el poder nos presentan como bestias inhumanas. El pueblo encierra una generosidad, una bienquerencia y una fuerza de amor que el burgués común no sospecha y que el «burgués superior» teme. Se ha dicho de nosotros que hemos masacrado a los hijos de los guardias civiles, mientras que algunos de nosotros han arriesgado la vida para ir a buscarles leche a los pueblos de los alrededores de Oviedo. Nuestra revolución ha sido llevada con un extremo cuidado de actuar humanamente y esa es quizás una de las causas de su fracaso.

Por mi parte, considero que si hubiésemos atendido menos a nuestros sentimientos, habríamos podido vencer. Pero, ¿qué quieren, ¡es tan difícil comportarse con dureza con gentes que obedecen —de buena fe— a una ideología opuesta a la de uno! Se nos imputan los crímenes más horribles. ¿Por qué preocuparse? Se trata de desacreditarnos, lo que es muy fácil porque no tenemos ningún medio de dar a conocer la verdad.

—Los periódicos les reprochan haber actuado como verdaderos salvajes.

—¡Los periódicos! Los periódicos tienen por misión escribir las cosas interesantes que a los hombres les gusta leer. No se puede pedir a los periódicos, que son la mejor muralla de un régimen

moribundo, que sean veraces. Si la verdad corriese por la prensa, este régimen estaría ya bajo tierra. Los verdaderos salvajes eran los hijos de los burgueses que lanzaban las bombas desde los aviones, también los hombres del Tercio que han hecho venir de África, también lo eran un poco los árabes. Hoy hemos negociado la capitulación con el general Ochoa, que ha comprendido muy bien que no se podía dejar que las tropas coloniales entrasen en la región minera y es por eso, por lo que ha aceptado retirarlas. Las tropas que entrarán mañana en Mieres son conscriptos del ejército metropolitano.

—¿Es por eso que nos hemos cruzado tantos transportes de tropas volviendo hacia Oviedo?

—¡Probablemente!

—¿No temen que se produzcan incidentes mañana, cuando la tropa llegue a Mieres?

—¡No, no pasará nada, pues se respetarán las cláusulas de las condiciones de capitulación acordadas hoy!

—Y usted, ¿no teme ser detenido?

—¡El general Ochoa se ha comprometido formalmente a no hacer ninguna detención de la gente que haya combatido por la revolución!

La conversación se desarrolla en francés, lengua que nuestro interlocutor habla fácilmente por haber trabajado durante mucho tiempo en las minas del norte de Francia. Un obrero ya mayor se muestra profundamente enfadado porque hablamos en una lengua que no entiende. Con amplios gestos, dice a los demás que le parecemos sospechosos y que hablamos francés porque somos gente mala.

Este penoso intermedio para nosotros se sigue de grandes risas. El viejo hace ademán de irse y para pagar, saca de su bolsillo un fajo de billetes de banco, lo que hace decir a uno de los obreros:

—Es a causa de imbéciles como tú que pasamos por ladrones. Tu dinero procede probablemente de un banco que has desvalijado mientras nosotros nos batíamos por la parte de Grado.

Pero el viejo sabe responder:

—No es el momento de dejar los ahorros en casa, cuando tanto granuja como tú todavía anda en libertad. ¡Esperemos que te enchironen mañana, será un alivio para los obreros honrados!

El otro le lanza una interjección que podría traducirse por: «Vete a tomar... capitalista...», pero que, aparte el término capitalista, retomado de la versión española, es bastante más fuerte.

Los revolucionarios confirman que la pérdida de Oviedo había desmoralizado profundamente a los que llevaban la dirección del movimiento, hasta el punto de que había sido necesario reemplazar los dos primeros Comités Revolucionarios y dejar la nueva dirección a los comunistas. La insurrección se había mantenido con la esperanza de ver que España entera se uniría a un movimiento que había comenzado bajo tan buenos augurios en Asturias. Pero el acuerdo y la unidad de acción habían fracasado. Al darse cuenta de que una revolución de este tipo sólo podía beneficiar a los comunistas, los sindicatos anarquistas se habían mostrado en general contrarios a la acción directa. Sin embargo, los anarquistas de la región asturiana, se habían visto arrastrados por el entusiasmo de los primeros éxitos.

—¿Me harían el honor de pasar la velada con mi familia? —nos propone un minero que, también él, habla francés.

A nosotros nos gustaría mucho conocer las condiciones materiales y morales de existencia de los obreros españoles y aceptamos la proposición agradecidos.

Al salir, uno de los hombres insiste en pagar nuestras consumiciones. Emocionado por esa gentileza le ofrezco, como recuerdo, la navaja de Lucien!

Al atravesar la ciudad, ahora sumergida en la oscuridad, somos interpelados por hombres armados de escopetas que garantizan el servicio de orden. Las explicaciones que dan los que nos acompañan son suficientes para satisfacer su curiosidad.

Al caminar, nos enteramos de la historia de los acontecimientos que acaban de desarrollarse en Mieres. Muchos edificios están dañados por las bombas. Los revolucionarios nos hacen visitar una casa delante de la que ha caído una bomba la víspera. El lugar de la acera donde impactó el proyectil apenas está marcado por una amplia mancha de pólvora negra. El artefacto ha debido explotar antes de que su peso pudiera agujerear la tierra, enviando finos trozos de acero en todas las direcciones. Cayó justo delante de una puerta, detrás de la cual mujeres y niños estaban sentados a la mesa para la comida. Hubo siete heridos y nueve muertos...

Atraída por el rumor de nuestra conversación, salió una mujer al umbral. Al enterarse que habíamos venido para informarnos sobre los acontecimientos, nos invita a que lo veamos nosotros mismos...

Las esquirras atravesaron los muros de estuco que separan las distintas habitaciones. Un techo tiene una mancha grasienta, ligeramente coloreada de rojo: materia cerebral...

Los nueve muertos todavía están en la casa; los parientes velan. El espectáculo es infinitamente triste. El dolor de los padres es demasiado grande para que piensen en acusar a nadie. Tienen la actitud de aquellos a los que una enorme desgracia ha privado de cualquier reflejo de conciencia.

Velada «en familia»

El hombre¹ se ha empeñado en llamar a varios de sus camaradas y llenamos fácilmente el «salón» de esta vivienda de obrero a la que nos han llevado. Es una habitación espaciosa, amueblada al estilo burgués: piano, guitarra, imágenes –del tipo lucha entre cazador furtivo y guarda– etc.; hay también un gran crucifijo y el retrato de una religiosa...

Sin ningún empacho nos explica que su hermana está ordenada. Para esta gente, no hay ninguna contradicción entre ser católicos fervientes y resueltos revolucionarios. ¡Al contrario! ¿No fue Cristo un gran revolucionario, y no fue condenado por ello?

Alguien se sienta al piano e inicia un pasodoble torero. Sin embargo, la conversación continúa. Uno de los obreros ha abandonado Francia, donde trabajaba, dejando a mujer e hijos, para venir en ayuda de la insurrección. Tuvo que hacer a pie la mayor parte de la distancia, caminando día y noche, dándose con la cabeza contra los árboles del camino cuando no había otro medio de resistir a la necesidad de dormir. Dijo que tenía la idea fija de no llegar demasiado tarde. Cuando llegó a Mieres, se decidía la suerte de la revolución, pero no en el sentido que había esperado.

Evocamos las atrocidades. En Mieres no se mató a ningún civil, los conventos y las religiosas fueron respetados. Las religiosas incluso circularon por la ciudad para llevar alimentos a los presos, militares y civiles, a los cuales aseguraban el avituallamiento, a petición del Comité Revolucionario local.

¹ Se trata de Aurelio Suárez, el minero mierense al que volvería a encontrar en el frente vasco en 1937, según relata el propio M. Corman en «*Salud Camarada!*» *Cinq mois sur les fronts d'Espagne* (p. 325).

Uno de ellos conocía a un hombre que había paseado la cabeza de un capitán de la Guardia Civil en la punta de la bayoneta de su fusil. Según él, aquel capitán se había pegado un tiro en la cabeza para no caer vivo en manos de los revolucionarios. Insiste para decir que, contrariamente a lo que se había dicho en los periódicos de Madrid, aquel capitán no había sido muerto por los revolucionarios.

Una de las mujeres presentes nos pasa una octavilla que los aviones habían arrojado por la mañana.

OBREROS

Dominada la rebelión en Oviedo y concentrados fuertes contingentes con todos los medios modernos de combate, ya no podéis esperar en el campo rebelde, sino la desesperación y la ruina.

Encerrados en sus casas, algunos de los que os lanzaron cobardemente a esta aventura os abandonan ahora a una represión que será tanto más dura cuanto más tiempo esperéis a deponer las armas.

Alejaos de vuestros dirigentes. Evitad que al huir se aprovechen de los fondos que os han arrebatado, dejándoos sumidos en un río de odio, sangre y lágrimas.

Desde hace unos momentos, una especie de malestar parece planear sobre los que participan en la reunión familiar. Por algunos gestos, creemos entender que ahora se tienen dudas en cuanto a los motivos reales de nuestra presencia en Mieres. Probablemente hemos hecho preguntas demasiado indiscretas. Sin embargo, al mostrarles la documentación que tenemos, llegamos a disipar todas las dudas. Nuestro anfitrión dice a los otros:

— ¡Ya veis que tenía razón!

Nos dicen que la región era fácil de defender y que habrían podido prolongar la lucha durante algún tiempo. Por lo demás, el acuerdo alcanzado hoy mismo con el general Ochoa no valía para la montaña, donde se han refugiado los irreductibles y los jefes revolucionarios más comprometidos. Ellos no están en absoluto afectados por el fracaso que acaban de sufrir. Dicen que lo conseguirán en otra ocasión; que no tienen nada que reprocharse, al haber hecho todo lo posible para vencer; que, por lo demás, era imposible vencer sin el apoyo de los otros obreros de España, dados los potentes medios de combate de que disponía el gobierno.

Probablemente, deseando tranquilizarnos, nos aseguran que en Mieres no pasará absolutamente nada esa noche, y que la población de Asturias es radicalmente honesta. Esas palabras nos recuerdan el tugurio que elegimos por domicilio por esta noche.

Cuando nos vamos, los hombres expresan su deseo de acompañarnos. Al pasar delante del ayuntamiento, uno de ellos cuenta la historia de un guardia de asalto que se había escondido en el tejado del inmueble durante tres días. El hambre lo empujó a llamar la atención de los guardias rojos que montaban guardia ante el edificio. Cuando fue detenido, entregó una metralleta que había conservado con él.

Los hombres nos conducen a la entrada de la galería de una mina, donde los revolucionarios confeccionaban sus bombas. Aún conserva grandes cantidades de dinamita. Los obreros dicen que, ahora, sería inútil buscar tubos en Mieres; todos se utilizaron para la fabricación de bombas.

Nos dejan, aconsejándonos que no continuemos nuestro camino hacia León antes de la llegada de las tropas, que no avancemos sino con la autorización de éstas, pues la región ante nosotros no

está ni mucho menos en calma; que la columna llegada de León aún no había podido pasar más allá de Pola de Lena, etc.

Noche en Mieres

Una especie de Sancho Panza, marido o amigo de nuestra rolliza anfitriona, nos lleva a un reducto sin ventana con dos camas cuyas sábanas, para nuestra mayor sorpresa, parecen limpias.

—Esta es su habitación, señores. Buenas noches.

Para evitar el contacto, nos metemos en nuestros sacos de dormir dentro de las camas. Pero apenas acostado, Lucien se levanta re-funfuñando, hincha uno de nuestras colchonetas y se acuesta en el suelo. Lo hace sin tener en cuenta ciertas observaciones respecto al efecto desmoralizador que produce su impúdica manera de rascarse.

Eso le vale que le diga que es completamente inútil luchar, en el sitio que estamos, contra cierto tipo de bichos; que es lo mismo que intentar hacer que desborde el mar al sumergirse dentro; que no ha habido jamás hombre alguno que haya sido devorado vivo por pulgas; que más valía dejarlas alimentarse a gusto, pues disputarles un recurso nutritivo las obligaba a buscar otro; que había quedado demostrado, por lo demás, que el hombre no experimentaba el dolor sino en el momento en que la pulga perforaba la piel y que había pulgas que perforaban pieles humanas por simple diversión, con el fin de exasperar a su anfitrión; que él, entonces, podía contrariarlas haciendo como que no estaba molesto en absoluto, etc., etc.

Este laborioso razonamiento fue interrumpido por una enérgica exclamación de Lucien, seguida de la constatación de que el destino no podía traerle ninguna desgracia sin que se desencadenase un abundante parloteo, más calamitoso que la calamidad.

Creyó ingenioso añadir que si fuese una pulga, también evitaría atacar ciertas pieles gruesas y probablemente sucias.

La gran huida

Las calles de la ciudad todavía están desiertas cuando nos disponemos a partir. Sin embargo, uno de nuestros amigos de la víspera ha venido para asistir a nuestra salida. Estamos decididos a no esperar la llegada de los soldados y queremos atravesar el valle minero durante las primeras horas de la mañana. Nuestro amigo no tiene otras informaciones que las que teníamos ayer, pero cree que la noche transcurrió en calma en toda la región.

Seguimos una carretera que corre paralela a la línea ferroviaria Oviedo-León. Los pueblos que atravesamos están muy animados; ¿probablemente se espera a las tropas? Las calles a menudo están literalmente obstruidas por una multitud de gente desocupada que parece esperar la continuación de los acontecimientos. Nuestro paso causa asombro, pero nadie se atreve a interpelarnos. Obsesionados por la necesidad de salir de esta región de miseria y desgracia, no nos detenemos en ningún sitio.

Atravesamos a toda velocidad los centros más importantes que son Santullano y Ujo. Ninguno de los hombres apostados por todas partes, curioseando, lleva armas.

La entrada de Pola de Lena está cerrada por las tropas de la columna llegada de León: acabamos de franquear sin dificultades la zona todavía no ocupada. Aquí también, los que forman la cabeza de la columna son todavía árabes y legionarios extranjeros, armados de ametralladoras y de fusiles ametralladores. Nuestra llegada causa sensación, pero la palabra «periodistas» allana todas las dificultades. Nuestros papeles son examinados por un oficial que muestra mucho interés por tener noticias de Oviedo:

—¿Cuándo han dejado Oviedo? —pregunta.

—Ayer por la tarde.

—¿Dónde han pasado la noche?

—En Mieres.

—¿Han visto civiles armados?

—No, pero hemos atravesado la cuenca minera muy rápidamente, sin intentar enterarnos de lo que pasaba. ¿Cuándo avanzarán ustedes?

—Esperamos órdenes.

Sin decirlo, pensamos que ellos esperarán aún durante mucho tiempo la orden de avanzar, dado el acuerdo que establece que las tropas coloniales no entrarán en la zona minera.

Tomamos una fotografía del destacamento que custodia la entrada de la ciudad. Muchos árabes rechazan dejarse fotografiar y se alejan. Es una pena, pues entre ellos hay especímenes extraordinarios.

Pola de Lena está llena de tropas y de medios de transporte de todo tipo. Pero la columna es bastante menos importante que la que ha salido de Gijón y Avilés.

Ya no avanzamos sino muy lentamente pues los centinelas, apostados por todas partes, nos piden los papeles a cada momento, sin embargo, la palabra «periodistas» tiene un efecto mágico.

Un oficial nos dice que nosotros somos los primeros en pasar...

En Vega del Rey, una caravana de automovilistas llegados de León y de Madrid, con la intención de ir a Oviedo en cuanto sea posible, aprovecha una de las paradas a las que nos obliga el examen de nuestra documentación para pedirnos información acerca de la ciudad. Algunos de esos automovilistas habían huido de Ovie-

do durante los primeros disturbios y estaban ansiosos por volver. Están bloqueados aquí, la autoridad militar les impide ir más adelante por el momento.

Al remontar el valle, llegamos a una aldea en donde las tropas todavía están atrincheradas en las casas. La vertiente de la montaña ha quedado en manos de los revolucionarios. Las casas de la aldea están escalonadas sólo a un lado de la carretera, la cual, por lo demás, está llena de camiones que los disparos de los sublevados han inmovilizado allí mismo.

Incendiaros de cadáveres

El sector está bajo la vigilancia de los guardias de asalto, cuyas ametralladoras se disimulan detrás de las piedras que tapan los huecos de las ventanas, dispuestos a disparar sobre todo lo que se mueva en los matorrales de la ladera de la montaña.

Estamos en Linares², junto con Campomanes y Vega del Rey, uno de los lugares donde la batalla fue más dura. Hasta aquí sólo el paso de la carretera está en manos de las tropas. Toda la montaña que la rodea, muy fácil de defender, ha quedado en poder de los sublevados.

Entablamos conversación con los guardias de asalto que han examinado nuestra documentación. Cuando nos dicen que la vertiente de la montaña está sembrada de cadáveres, manifestamos nuestro deseo de ir a hacer fotos. Esto nos vale la siguiente reflexión:

— ¡Si van a la montaña, dispararemos contra ustedes!

² En Linares los revolucionarios asaltan un tren cargado de víveres, que posteriormente son repartidos por los pueblos de la zona.

—¿? Brrr.

—Si se obstinan en los cadáveres, encontrarán uno bueno en un camino profundo, a cien metros de aquí. Es el cadáver de un jefe de los sublevados que los revolucionarios han quemado con el fin de lograr que no pueda ser identificado.

Un guardia de asalto nos acompaña para que, dice, sus camaradas no tengan la tentación de disparar contra nosotros.

Al hacer el camino, pasamos al lado del cadáver de una vaca con un vientre tan hinchado que tememos que vaya a reventar.

Más adelante, ante nuestros ojos aparece algo horrible; nuestra primera impresión es que se trata del cadáver de una cabra pero, examinándolo más de cerca, vemos que es el de un hombre. Todo forma un amasijo de huesos a los que todavía se adhieren trozos de carne calcinada. En la pelvis hay una masa de materia negra que bulle de gusanos. La cabeza ha sido fracturada con algún instrumento.

La visión es horrible y todo desprende un olor insoportable.

— ¡Más adelante, sobre su camino —dice el guardia— todavía verán otros!

—¿Está usted seguro de que se trata del cadáver de uno de los jefes revolucionarios? —preguntamos.

—Es lo que nos han dicho. Lo habrán quemado para hacer la búsqueda de los jefes huidos más difícil, una vez que la revolución haya sido dominada.

Tanto hemos oído hablar de curas quemados que creemos que se trata del cura del pueblo, muerto por los habitantes y quemado antes de su huida a la montaña. Los prisioneros que temen represalias habrán extendido la versión del jefe revolucionario. Sin

embargo, debemos reiterar que nunca se nos ha citado un solo nombre que apoyase las historias relacionadas con el asesinato de miembros del clero y que parece que no fue muerto ningún cura³ en el curso de la revolución, excepto los que fueron alcanzados por la explosión del Instituto o que cayeron en el curso de los combates.

A juzgar por las huellas de las balas en las fachadas de las casas, la batalla en torno a Linares debió de ser terrible. Cadáveres de animales de todo tipo todavía yacen por todas partes. Cuando preguntamos por qué no los han enterrado, los guardias responden:

—No podemos entretenernos por aquí, pues gracias a los matorrales, los sublevados se acercan fácilmente a los sitios donde se trabaja y abren fuego.

Cuando continuamos el camino, el olor nos advierte de la presencia de cadáveres en los matorrales. Sin embargo, no tenemos ningunas ganas de ir a verlo y obedecemos a un instinto que nos empuja irresistiblemente hacia regiones más hospitalarias. Nuestra moral ha sufrido mucho con el espectáculo casi ininterrumpido de muerte y miseria, el espectáculo de la guerra civil en lo que puede tener de más horrible.

Llegamos a la zona de los primeros combates donde los militares reparan las carreteras y reponen los puentes.

³ «No hubo curas descuartizados, ni colgados en ganchos de carnicerías, ni monjas violadas, ni conventos saqueados, ni curas quemados vivos, como dijeron en los últimos días de octubre diarios cedistas, carlistas o monárquicos. Hubo curas fusilados...» *Historia General de Asturias*, tomo VIII (1978). Paco Ignacio Taibo II. Silverio Cañada ed. (Gijón), pp. 28-32.

Nos enteramos en Madrid, después, que en la noche del día de nuestro paso, un grupo de sublevados había atacado Linares de nuevo y expulsado a los guardias de asalto. Luego intentaron poner en marcha un tren con el que esperaban poder huir. Al no conseguirlo, los sublevados habían incendiado el tren tirando cartuchos de dinamita bajo los vagones. Luego se replegaron de nuevo hacia la montaña.

Al subir hacia el puerto de Pajares, verdadera barricada de la región asturiana, nos cruzamos con algunos automóviles blindados enviados desde Madrid como refuerzo.

Hace un tiempo espléndido cuando llegamos a lo alto del puerto. Ahora tenemos realmente la impresión de estar fuera de la miseria, lo que nos decide a tomarnos un largo descanso. Nuestras miradas planean sobre las cumbres nevadas que nos rodean. A veces, se hunden en los trágicos valles que están a nuestros pies. En un barranco un tanque maniobra alrededor de un camión militar que se ha despeñado porque, en un brusco descenso, el conductor no había podido frenar el vehículo cargado de hombres...

Tenemos delante de nosotros la hermosa carretera que atraviesa la alta meseta de Castilla.

La entrada de cada pueblo importante está custodiada por destacamentos de guardias civiles. A cada parada impuesta se repite la misma comedia:

— ¡Alto!... ¿De dónde vienen?

— De Asturias.

— ¿?

— ¡Periodistas!

Los guardias civiles respiran. A primera vista, podrían haber creído que éramos los famosos revolucionarios en fuga, de los que tanto hablan los periódicos actualmente.

Casi todos los guardias civiles experimentan la necesidad de decirnos que su cuerpo ha perdido a mucha gente en la revolución.

Nosotros les respondemos generalmente: «¡Lo sabemos muy bien!», lo que no deja de impresionarlos.

De vez en cuando, tenemos que ir a pedir un nuevo permiso para continuar nuestro camino al Gobierno Militar de las ciudades por las que pasamos.

Nuestro viaje se ha convertido, por fin, en un viaje de placer. Atravesamos la sierra de Guadarrama; visitamos El Escorial, que no responde a nuestras expectativas; volvemos a ver Madrid, donde pasamos una jornada interesante... después de haber sido minuciosamente registrados en los despachos de la Seguridad General...

Luego Toledo, la hoz del Tajo, el puente de San Martín y las cadenas de los esclavos colgados en el exterior de las catedrales y todo, todo...

Seguimos con curiosidad la estela de verdor lujuriente que el curso del Tajo ha trazado en un campo desnudo.

El río nos lleva a Aranjuez, a puentes de cuento de hadas y a jardines miríficos.

Después de Aranjuez, dejamos el Tajo para subir la montaña hacia Cuenca y sus impresionantes cañones.

Luego Valencia y sus naranjales.

Tarragona y sus viñedos,

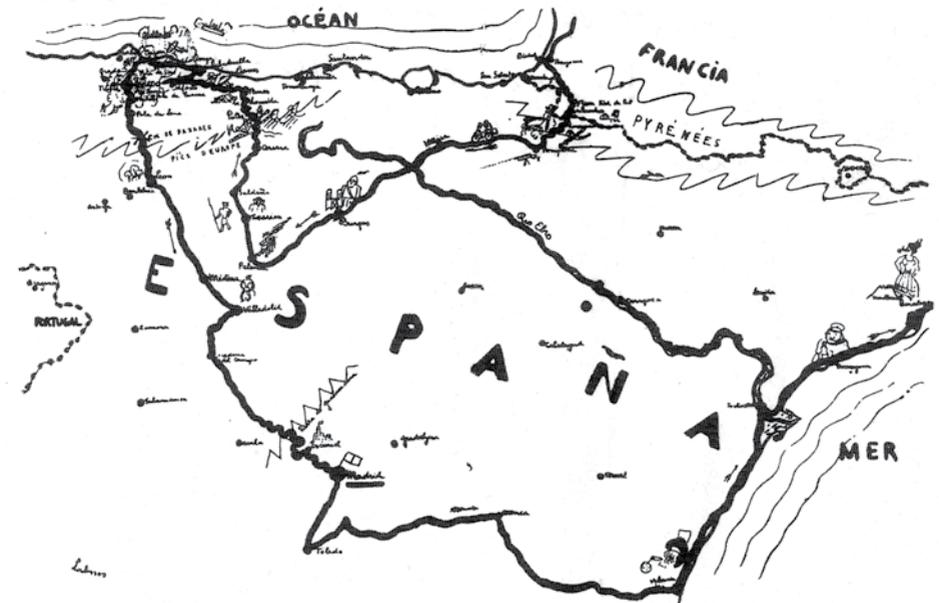
...iy sus baños de mar a medianoche!

Barcelona...

Los Pirineos...

El Macizo central, la nieve, la niebla...

Los gendarmes...



Dibujo de Félix Labisse.

Dime, pues...

Amo al asno tan sosegado...

Sí, amo al asno tan sosegado. Es el único verdaderamente sosegado. Tiene hermosos ojos inteligentes. Tiene la inteligencia de los que saben que la agitación no permite la reflexión.

Pues él siempre piensa. ¡Como los poetas! Los poetas, también ellos tienen un aire estúpido. ¿Lo son? ¡No tanto!

¿De que le serviría al asno darse importancia? Para hacerse explotar aún más por la avaricia de los hombres.

¡El asno no tiene la suficiencia del caballo, ni es pretencioso como el león, ni feroz como el tigre, ni ridículo como el mono, ni estúpido como el cordero, ni cobarde como el perro que lame la mano que lo golpea!

¡El asno no tiene la suficiencia del hombre, ni es pretencioso como el hombre, ni feroz como el hombre, ni ridículo como el hombre, ni estúpido como el hombre, ni cobarde como el hombre que lame la mano que lo golpea!

El asno es humilde y fuerte...como el pobre.

Como el pobre...

 caminará en la sombra
 reventado por el sosiego,
 sobre un camino de flores.

Postfacio

Socialistas y comunistas belgas ante el octubre revolucionario de Asturias 1934

El fracaso de la huelga general insurreccional de octubre de 1934 en España tuvo como consecuencia inmediata una amplia represión que se cebó sobre el movimiento obrero y que supuso, además de muertes y torturas, miles de encarcelamientos y una oleada de exiliados que algunas fuentes evalúan en torno a 500 personas (de 200 a 300 asturianos y el resto vascos, catalanes y madrileños). De hecho, la rebelión de Asturias, que es donde la huelga general se mantiene durante un par de semanas y donde intenta la reorganización de la vida social sobre bases colectivistas hasta su derrota por las tropas del ejército español, se convierte en un hito de la historia revolucionaria del movimiento obrero internacional. Manifestaciones de solidaridad, fundamentalmente centradas en la denuncia de la represión contra los trabajadores derrotados, se llevan a cabo desde las principales organizaciones obreras en Europa. Sin embargo, una de las primeras cosas que llama la atención al considerar el impacto en Bélgica de la revolución asturiana y, concretamente, su recepción entre las corrientes políticas mayoritarias de la izquierda (socialistas y comunistas), es su limitado alcance en cuanto a la articulación de un movimiento de solidaridad activa durante los acontecimientos y, posteriormente, con los exiliados, en comparación con lo que sucedería dos años después, con la acogida de niños procedentes de la España republicana, por ejemplo. Desde luego, el octubre asturiano y el proceso desencadenado por la sublevación militar del 18 de julio no guardan la misma proporción, como también es distinto el contexto internacional en que se lleva a cabo el exilio masivo español de 1939.

A pesar de todo, cabe suponer que el movimiento obrero belga no era algo desconocido para los trabajadores asturianos, como refleja el propio Mathieu Corman en un pasaje de su libro. Tampoco Bélgica era ajena a la historia de los revolucionarios españoles; así, por ejemplo, se hizo patente en el movimiento de solidaridad contra la condena a muerte de Francesc

Ferrer i Guàrdia, después de la Semana Trágica de Barcelona de 1909, y que llevó, en 1911, a la construcción de un monumento al insigne pedagogo en la avenida Franklin Roosevelt, delante del rectorado de la Universidad Libre de Bruselas. Asimismo, se registra la presencia en Bélgica de algunos anarquistas, entre ellos, Buenaventura Durruti, durante los años veinte.

De todos modos, aunque la emigración española en Bélgica era escasa en esos años¹, sí cabe llamar la atención sobre la presencia de un núcleo de militantes revolucionarios españoles en Bélgica a finales de los años veinte. El principal animador de ese grupo en tierras belgas fue un pintor de la construcción vasco, Francisco García Lavid, integrante de primera hora del Partido Comunista de España en Vizcaya, que a finales de la década de los años veinte se encuentra exiliado en Bélgica y Luxemburgo, donde utiliza el alias de Henri Lacroix. Sus discrepancias con la línea oficial del PCE lo lleva a evolucionar hacia posiciones trotskystas y a organizar el 28 de febrero de 1930 la Iª Conferencia Nacional de la Oposición Comunista en Lieja, al tiempo que da origen a la publicación «Contra la Corriente», que refleja las opiniones políticas de los opositores exiliados, entre ellos el núcleo establecido en Bélgica.

Por lo demás, la sublevación de los trabajadores asturianos en octubre de 1934 tuvo en la prensa belga una cobertura informativa que incorporaba tanto noticias de agencia como análisis y comentarios que reflejan, dependiendo de la ideología que respalda cada periódico, las simpatías o antipatías hacia la causa revolucionaria. Nuestra pretensión en las páginas que siguen no pasa de trazar una breve aproximación² al eco que tuvo en la

¹Las cifras oficiales hablan de 1.218 españoles instalados en Bélgica antes de 1925, y sólo 793 entre 1935 y 1939 (Molina Mármol, Maite, *Cara a España. L'immigration espagnole en région liégeoise : histoire et mémoire des clubs Federico García Lorca*, Liège, Institut d'histoire ouvrière et sociale, 2007, p. 25).

² La recepción de la revolución de octubre de 1934 en Asturias por parte de la prensa belga ha sido abordada en el exhaustivo trabajo de Luis Ángel Bernardo y García, *Les opinions démocratiques belges face à l'insurrection ouvrière d'octobre 1934 dans les Asturies. Les visions «mythico-symboliques» et «logico-politiques» d'une révolution espagnole*. Memoria de licenciatura en Historia. Director: José Gotovitch. Université libre de Bruxelles, 1991.

prensa belga la huelga insurreccional de los mineros de Asturias y, particularmente, las vicisitudes de la solidaridad plasmadas en la prensa obrera.

La insurrección, en la medida que tiene lugar en un contexto ascendente del fascismo en Europa y después de la derrota del movimiento obrero en Austria (1934), se presenta para la izquierda como un intento ejemplar de hacer frente a la escalada del fascismo en España. Por otra parte, relanza y actualiza, con la urgencia y apremio de la coyuntura, el debate en el seno del movimiento obrero internacional a propósito de la escisión entre la socialdemocracia y los partidos comunistas. En cierto modo, la forma como es abordada en la prensa belga de izquierda la rebelión asturiana pone en evidencia la profunda escisión y las irreconciliables posiciones políticas entre ambas corrientes del movimiento obrero en toda Europa.

El fascismo en el continente europeo aparece como la respuesta política del capital en una fase histórica marcada por la agitación obrera (Revolución Rusa, República de los Consejos en Alemania, rebelión obrera del Ruhr, huelgas y movimientos revolucionarios en Italia, España, etc. durante los años veinte); agitación revolucionaria que, sin embargo, conllevaría una ruptura del propio movimiento obrero de matriz marxista, dominante en Europa, en torno a las dos corrientes aglutinadas en la IIª y IIIª Internacional. La necesidad de restañar esa escisión ante la escalada del fascismo está en la base de las propuestas emanadas desde las filas socialistas y comunistas en el sentido de propiciar una intervención unificada que pusiera freno al ascenso fascista. Es así como en los años treinta se lanzan desde la izquierda consignas de alianzas obreras, frentes unificados, etc., que derivan finalmente en la formación de los frentes populares.

En el caso concreto de España, el acceso de la derecha (Partido Radical y CEDA) al gobierno en las elecciones de noviembre de 1933 acentúa las contradicciones sociales de la República, con una política claramente antiobrera (suspensión de la Ley de Reforma Agraria, entre otras), que precipita la extensión y consolidación de la Alianza Obrera, cuyo origen se remonta a marzo de 1933 en Cataluña, auspiciada por el Bloc Obrer i Campe-

rol y que contaba, en un primer momento, con los sindicatos de oposición de la CNT («treintistas») y la Unió Socialista de Catalunya que, más tarde, con el triunfo electoral de la derecha en noviembre de 1933, se ampliaría a otros grupos.

En Asturias, en los primeros meses de 1934 se llevan a cabo iniciativas para constituir la Alianza Obrera Revolucionaria, que se materializan en marzo, con la participación de la UGT, la Federación Socialista Asturiana (PSOE) y la sección asturiana de la CNT (y las reticencias de la FAI, que no se integra en la Alianza, aunque secunda el movimiento insurreccional). Por su parte, el Partido Comunista rechaza la Alianza Obrera, aferrándose a su propuesta de frente único, y lleva a cabo una campaña de oposición pública y beligerante contra la Alianza hasta que, desbordado por la realidad, se incorpora a última hora al movimiento insurreccional.

De hecho, la pugna entre socialistas y comunistas por la hegemonía del movimiento obrero a escala internacional se reproduciría en el seno de la Alianza Obrera asturiana y, particularmente, durante los acontecimientos de octubre, y tendría una de sus manifestaciones más palpables en el sectarismo y oportunismo exhibido por los comunistas estalinistas que, al ser una fuerza muy minoritaria en España —y en Asturias— corría el riesgo de quedar fuera de juego en el proceso revolucionario emergente. Así, de la acusación de traición y de considerar a la Alianza «el nervio vivo de la contrarrevolución», una vez desencadenada la huelga insurreccional, el PCE pide su ingreso en la misma y pasa a convertirse «en su más ardiente y entusiasta partidario».

Esta actitud, por lo demás, no es privativa del Partido Comunista español, sino una manifestación más de los tumbos que el movimiento comunista internacional iba dando, de acuerdo con los dictados de Moscú, en su afán por desbancar a la socialdemocracia de una escena política radicalizada, mientras los socialistas adoptaban posiciones cada vez más reformistas, lo que la hizo acreedora de las peores acusaciones por parte de los comunistas estalinistas. Con ese trasfondo se llega a Octubre de 1934 y será,

precisamente, la desconfianza y el resentimiento acumulado por los socialistas en general, y por los socialdemócratas belgas en particular, hacia el Partido Comunista lo que, como veremos más adelante, impedirá incluso la acción unitaria en el plano de la solidaridad con los revolucionarios asturianos.

El octubre asturiano en la prensa obrera belga

En líneas generales, para la prensa derechista belga, donde destaca el diario católico *La Libre Belgique*, la revolución asturiana de 1934 merece el mismo tratamiento que en la prensa de derecha española de la época, con un énfasis especial en la demonización de la república y de los trabajadores y referencias a la conjura masónica aliada con nuevos elementos soviéticos. Conjuga los artículos de opinión con la información basada en noticias y comunicados de prensa del gobierno español y de diarios afines (*El Debate*).

Por su parte, *Le Soir*, diario burgués independiente, publica abundante información sobre los acontecimientos, aunque lo más significativo son los artículos de Roland de Marès, donde afirma que los extremistas intentan instaurar en España una dictadura proletaria, al tiempo que señala que la República no ha sido vista más que como una etapa hacia la revolución social. El autor afina su análisis en un sentido premonitorio al reconocer que la aparición del general Franco con amplios poderes es como para sembrar la inquietud al otro lado de los Pirineos, pues se ve en ello la orientación hacia una dictadura militar.

En la prensa socialista, *Le Peuple*, órgano del Parti Ouvrier Belge (partido socialista), entre el 6 de octubre y el 5 de noviembre reproduce abundantes notas sobre los acontecimientos en España, aunque a partir de noviembre decrece la cobertura informativa. El 12 de octubre aparece en las páginas del diario socialista una declaración (*Salut aux camarades espagnols*) en la que el Comité Internacional de los Mineros se solidariza con sus camaradas. Posteriormente, aparecen unas *Réflexions sur les événements d'Espagne*, firmadas por Jexas, donde se constata la división de opiniones

en el Gobierno sobre las represalias, junto con los rumores de que la situación desemboque en una dictadura militar. El autor estuvo unos días antes de la revolución en España y se entrevistó con dirigentes socialistas y de otros partidos. Relata asimismo una entrevista con Largo Caballero y otra con Besteiro, que estaba retirado en su finca Los Molinos de la sierra de Guadarrama. Cabe añadir, por nuestra parte, que es comprensible el retiro de Besteiro, pues como representante de la derecha del PSOE, era opuesto a cualquier tentativa insurreccional.

La edición de 27 de octubre de *Le Peuple* recoge la crónica de la conferencia de Émile Vandervelde, entonces presidente del Parti Ouvrier Belge (POB), en la Casa del Pueblo de Bruselas, organizada por la Federación Bruselense del POB y la Federación de Sindicatos de Bruselas, donde denuncia las noticias de las atrocidades y manifiesta una solidaridad genérica con los trabajadores, al tiempo que reconoce no contar con los detalles exactos de lo que pasa en España. Al final del mitin se lee un comunicado de solidaridad que se vota por los dos mil asistentes. El 27 de octubre se reproducen dos recortes de prensa, procedentes de los diarios de derecha españoles *El Debate* y *Ahora*, en el que «los clericales españoles rinden homenaje a la disciplina de los sublevados», junto con la reproducción del telegrama enviado por la Federación Internacional de Sindicatos a Alcalá Zamora como protesta contra la represión. El diario socialista continúa en sus ediciones posteriores con noticias que dan cuenta de la represión, detenciones y condenas a muerte. El 4 de noviembre aparece «L'Horoscope de la révolution espagnole», artículo firmado por É. Vandervelde, en el que rememora un viaje de 1931 a Madrid, cuando la declaración de la República, y sale al paso de los agoreros que presagiaban que aquello acabaría en una dictadura clerical-militar. Según él, la diferencia respecto al siglo XIX (hace referencia a carlistas y cristinos) y a la Iª República («es que ahora hay un proletariado en el sentido moderno de la palabra que acompaña al desarrollo del capitalismo en Extremadura, Asturias, Cataluña y País Vasco que representa, como en Rusia, la vanguardia que se apoya en una enorme masa de trabajadores de la tierra miserablemente tratados y explotados»).

El 10 de diciembre, *Le Peuple* se hace eco de la parte final del informe presentado por Vincent Auriol al Comité Ejecutivo de la Internacional (socialista) después de su viaje a España en los días inmediatamente posteriores a la revolución. En este texto se sale al paso de los rumores sobre una eventual escisión en las filas socialistas, ya que la rebelión obrera ha acentuado las divisiones internas, aunque Auriol ve reforzado el partido.

Por su parte *L'Action socialiste*³, medio de expresión de la izquierda socialista, de la cual forma parte también la corriente de oposición comunista (trotskysta), en su edición del 6 de octubre, en un artículo escrito antes del estallido de la rebelión obrera, se pregunta «Où va l'Espagne?» y añade un significativo subtítulo: «Derniers jours de la république espagnole». El texto que sigue reconoce que «la situación del proletariado español es realmente trágica», ya que la República no ha sabido dar una verdadera solución a los principales problemas sociales, especialmente, el de la distribución de la tierra y el de la reforma agraria, y augura en poco tiempo un enfrentamiento entre las fuerzas proletarias y la vieja reacción clerical. Asegura, sin embargo, que los socialistas españoles no han sido cautivados por las ilusiones democráticas de la República y no rechazan la idea de la guerra civil, a diferencia de lo ocurrido con sus homólogos en Alemania, pues bajo el impulso de Largo Caballero han renunciado a la conquista del poder por la vía parlamentaria.

La edición del 13 de octubre vuelve a abordar las cuestiones relacionadas con España en un artículo firmado por Léo Moulin en el que constata las pocas posibilidades de alcanzar la victoria por parte del proletariado, aunque también afirma que la República está muerta y que no hay lugar en España para una república pequeño-burguesa, ya sea moderada o radical, sino que la disyuntiva se presenta entre una república socialista o una dictadura clerical. Finalmente, el día 20 de octubre, *L'Action socialiste* señala

³ Según nos ha hecho saber Émile Rikir, archivero del Carcob, durante los años treinta hubo tres periódicos más con esta misma denominación, *Action socialiste*, uno en Lessines y dos en Etterbeek, los tres en la órbita del POB.

entre las razones de la derrota de la revolución asturiana el individualismo anarcosindicalista, la torpeza de los comunistas y, por encima de todo, la división en el seno del movimiento obrero.

En la prensa sindical socialista, la distancia con los sublevados es aún más notable. El mensual *Le Mouvement syndical belge*, órgano de la Comisión Sindical, una de las partes constituyentes del POB, no hace la menor alusión al levantamiento de 1934. Longville publica, en el número del 20 de octubre de 1934, un largo artículo de fondo sobre España titulado «La crise espagnole», donde analiza la situación y las fuerzas presentes sin ninguna referencia a la sublevación por mucho que compare el gobierno existente hasta septiembre de 1933 con el de Kerensky antes de la revolución de Octubre. Ese artículo probablemente había sido redactado antes de los acontecimientos, pero el número de noviembre, lejos de reparar ese «olvido», no dice una palabra sobre España, y está totalmente dedicado a la guerra que se anuncia y que hay que evitar a toda costa.

Por otro lado, la Central Sindical Nacional de los Trabajadores de las Minas Belgas en su reunión del Comité Nacional del 26 de febrero de 1935 declara: «El Comité Nacional aprueba el telegrama dirigido a España reclamando gracia para el Camarada Secretario de los Mineros condenado a muerte» [Ramón González Peña]. Además, en la citada reunión se acuerda que el paquete de ropa que está en la Oficina será enviado a Mester (representante de la región de Borinage). Por lo demás, no hay ninguna otra alusión ni en la reunión del 31 de octubre, ni en la del 15 de noviembre de 1934. Por su parte, en *L'Ouvrier mineur*, órgano mensual de la Central Nacional de los Mineros Belgas, no aparece ninguna mención de solidaridad con sus homólogos asturianos durante 1934 y 1935.

Los sindicatos socialistas de la región minera e industrial de Charleroi parece que se sienten más concernidos, pero sin apenas mojarse. Vale la pena citar el artículo «On se bat en Espagne» que *L'Action syndicale* —órgano de la Federación de Sindicatos de Charleroi afiliados a la Comisión Sindical— dedica a los acontecimientos de octubre de 1934 por los estereotipos que

transporta. Comienza, de hecho, con estas palabras: «Todo español es un revolucionario al ciento por ciento. Es un extremista de derecha o de izquierda». El tono ya se da desde las primeras líneas: caricaturesco y casi de chanza, no sin reconocer un poco más adelante que «la partida emprendida por nuestros camaradas rodeados de republicanos de izquierda es la más seria que se haya registrado. [...] Es la batalla social en toda su dimensión»; y el autor se pregunta. «¿Vencerán nuestros camaradas?». Después de haber constatado que «han sido derrotados en Barcelona», concluye con algunos deseos que no comprometen a nada: «No prejuzguemos. Por el momento, limitémonos a los deseos. Ardientes, absolutos. Que nuestros hermanos españoles triunfen, que venzan y sometan al fascismo».

El número del 20 de octubre se hace eco de la posición socialista respecto a la propuesta de «frente único audaz e hipócritamente reclamado por los comunistas». La propuesta llega demasiado tarde, pues «no es cuando la lucha ha comenzado a cientos de kilómetros de distancia cuando se han de contemplar los medios de ayuda mutua y de apoyo». Es cierto que la batalla electoral en Bélgica se intensifica y monopoliza las energías: socialistas y comunistas mantienen posiciones opuestas respecto al plan De Man y se encuentran en listas rivales. De todos modos, en España, precisa el periódico sin hacer alusión a Asturias, los camaradas han sido derrotados, los dirigentes socialistas están a la sombra, las casas del pueblo cerradas y la pena de muerte restablecida. «Nos es imposible —concluye el artículo— pensar en los camaradas de más allá de los Pirineos sin que se nos encoja fuertemente el corazón».

El número del 27 de octubre da cuenta de la represión en Asturias y del papel que juegan las tropas coloniales, antes de celebrar de nuevo el Plan [De Man]. Un mes más tarde, el 22 de diciembre, un artículo analiza «les conséquences d'une défaite», y da cuenta de la vuelta al trabajo en las minas asturianas y de la pérdida de las conquistas sociales duramente adquiridas con anterioridad. Cita un comunicado extraído de la prensa española donde se plantea la cuestión de incautar los bienes de los partidos socialista y comunista y de los sindicatos, para reparar los daños causados por

los revolucionarios. En este periódico sindical no figura ningún llamamiento de solidaridad, lo que resulta tanto más asombroso cuanto que los autores del último artículo parecen haberse reunido varias veces con sus «camaradas [asturianos] de la Federación Metalúrgica» y, particularmente, la última vez, cuando se encontraban «en plena acción».

Esta pequeña muestra de lo publicado en los medios socialistas belgas puede dar una idea de la relativa frialdad con que el POB acogió los acontecimientos de octubre de 1934, lo cual no es del todo extraño, ya que la iniciativa alentada por el PSOE desde la Alianza Obrera sobrepasaba en la práctica y en los objetivos el reformismo gradualista que profesaba el socialismo belga.

Desencuentro entre socialistas y comunistas

La prensa del Partido Comunista Belga, a través de su órgano de expresión oficial, el semanario *Le Drapeau rouge*, se ocupa ampliamente de la huelga general en España y de la rebelión de los mineros asturianos. Así, en su edición del 13 de octubre abre con el llamamiento que hace la Internacional Comunista al establecimiento de la unidad de acción con los socialistas, lo que lleva al editorialista a subrayar el «feliz resultado de la unidad de acción realizada por los socialistas, los comunistas y otros grupos en la Alianza Obrera».

La primera página de la edición del día 20 de octubre está encabezada por un nuevo llamamiento a la unidad de acción y a la ayuda hacia «los heroicos antifascistas españoles». Asimismo, se da cuenta en primera página de la reunión mantenida el 15 de octubre entre los representantes de la Internacional Comunista, Cachin y Thorez, y Vandervelde y Adler, presidente y secretario, respectivamente, de la Internacional Socialista, con la intención de alcanzar la unidad de acción con el fin de evitar el envío de armas al gobierno de Lerroux, protestar contra las bárbaras ejecuciones que sufre el pueblo español y organizar conjuntamente la ayuda material inmediata a favor de los proletarios en lucha y de las víctimas de la represión. Sin embargo, esta iniciativa de organizar una campaña común de so-

lidad práctica chocará contra la división del movimiento obrero de la época y, más concretamente, con las reticencias de los socialistas, tal como aparecen expresadas en el documento que Vandervelde y Adler entregaron a Cachin y Thorez. En dicho texto, aquéllos eluden pronunciarse y expresan su desconfianza hacia la iniciativa comunista aduciendo, entre otras razones, formalidades burocráticas y la necesidad de consultar a cada una de las secciones nacionales afiliadas, ya que la predisposición de las bases socialistas a una eventual unidad de acción con los comunistas en cada país difiere hasta el punto de que en Inglaterra, en los Países Bajos y en los países escandinavos «la desconfianza y las objeciones aumentaron en los últimos tiempos». A continuación, los representantes socialistas reprochan a los comunistas que estas negociaciones no se hubiesen celebrado cuando la Internacional Socialista les había hecho proposiciones similares, inmediatamente después del advenimiento del fascismo. Por último, el citado documento remite la cuestión a la reunión del comité ejecutivo de la Internacional Socialista que se celebrará en París a mediados de noviembre, en cuyo orden del día esa cuestión ya consta «desde hace tiempo».

El 27 de octubre, en *Le Drapeau rouge*, a propósito de la insurrección de Asturias se afirma, no sin cierto triunfalismo, que «los mineros, los metalúrgicos, los campesinos de Asturias, bajo el impulso del Partido Comunista, han hecho dar a la Revolución un paso enorme». De hecho, el PCE había entrado a formar parte del segundo Comité Revolucionario en Asturias e intentaba darle un giro favorable a sus intereses particulares organizando un ejército rojo, en sustitución de las milicias obreras; diluyendo el carácter obrero de la Alianza (al introducir la variante de alianza de obreros y campesinos); sustituyendo la fórmula unitaria UHP por otras consignas (Poder Proletario, Trabajadores Rojos, Salud) e invocando la dictadura del proletariado.

Ese mismo día, *Le Drapeau rouge* añade un comentario de Bela Kun, miembro del comité ejecutivo de la Internacional Comunista, en el que analiza la respuesta de Vandervelde y Adler y trae a colación unas palabras del representante de la socialdemocracia, Léon Blum, en el sentido de reconocer los errores del pasado, cuando se planteaba la unidad de acción mientras

desde la socialdemocracia se preconizaba la unidad orgánica, lo que impedía o demoraba la realización de cualquier esfuerzo unitario parcial o coyuntural hasta que se consiguiera la unidad orgánica. Una nota da cuenta, asimismo, de la colecta del Socorro Rojo Internacional en ayuda de los revolucionarios españoles, que tendrá continuidad en números posteriores.

La revolución de octubre de 1934 en España mantiene su presencia en las páginas de *Le Drapeau rouge* a través de las informaciones acerca de la represión, las acciones de solidaridad, y los artículos de fondo a lo largo de meses posteriores; así, en noviembre, entre otras informaciones y artículos referidos a Asturias, aparece la noticia del primer mitin celebrado por la Federación de Bruselas del Partido Comunista en el que, además de constatar las trabas puestas por la policía y el alcalde para encontrar una sala, se acordaron entre los doscientos asistentes tres resoluciones: enviar una salutación a los trabajadores españoles, una protesta a la embajada de España contra los bombardeos de ciudades y pueblos, y enviar una delegación a entrevistarse con Vandervelde.

Las diferencias entre el Partido Socialista y el Partido Comunista belgas, sin duda, limitaron el alcance de la solidaridad con los revolucionarios españoles, como volvió a ponerse de manifiesto en el mitin de febrero de 1935, que reunió a más de quinientas personas y donde Relecom, secretario del Socorro Rojo Internacional, lamentó que Vandervelde hubiera rehusado tomar parte en el mismo. En este mitin estaba previsto que participara la diputada socialista por Asturias Margarita Nelken, pero el gobierno Theunis le impidió la entrada al país, según la crónica de *Le Drapeau rouge* del día 16 de febrero; en su lugar toma la palabra un combatiente español, que subraya en su intervención el carácter unitario del ejército rojo, «un ejército antifascista» formado por comunistas, socialistas y anarquistas; y termina llamando a la acción para salvar a los miles de combatientes que son torturados en prisión. Durante el mitin se elige una delegación para que vaya a la Casa del Pueblo, donde esa misma tarde se celebraba otro mitin, pero para entonces, el mitin socialista ya había terminado. No obstante las reticencias existentes entre los socialistas belgas hacia la acción unitaria pro-

puesta por los comunistas, *Le Drapeau rouge* publica en portada el 2 de marzo de 1935 un llamamiento del presidente de la federación socialista de Asturias, G. Antouna (sic) [Graciano Antuña, exiliado entonces en Moscú], donde hace hincapié en la necesidad de salvar la vida de González Peña, condenado a muerte, y convoca a luchar por la liberación de todos los presos, por la victoria de la revolución mundial y da un viva a la unidad de la clase obrera.

El número de noviembre de 1934 de *Au secours* —órgano mensual de la sección belga del Socorro Rojo Internacional (SRI)— abre su portada con un artículo sobre las enseñanzas de España, en el que lamenta la falta de un partido comunista capaz de dirigir el movimiento ya que, desde la posición política defendida por el periódico, es una de las condiciones necesarias para la victoria; a saber, «un estado mayor, un partido bolchevique suficientemente desarrollado». Reprocha a los dirigentes socialdemócratas haber lanzado las consignas de luchar contra el gobierno Lerroux en vez de propiciar la realización de soviets. Entre las tareas prioritarias destaca la de arrancar de las manos de los verdugos a los condenados a muerte y llama a realizar mítines y colectas por todas partes. También aparece en la primera página el llamamiento de la sección española del SRI, solicitando ayuda moral y material para las víctimas de la represión. El número de enero-febrero de 1935 publica en portada una carta del Socorro Rojo de España donde se reseña, entre otras cosas, la extensión del terror. En la edición de mayo aparece en portada un artículo de Margarita Nelken, diputada socialista en las Cortes, en el que narra sus impresiones de la Conferencia Europea de Ayuda a las Víctimas del Terror Español, celebrada los días 14 y 15 de abril en París. Más tarde, en noviembre, aparece el relato de una periodista francesa, Simone Tery, donde da cuenta de su detención durante tres días y su expulsión de España, a donde había ido poco después del estallido de la rebelión obrera.

Por lo demás, la sección belga del SRI, en la preparación de su plan de trabajo correspondiente al periodo comprendido entre el 1 de noviembre de 1934 y el 1 de mayo de 1935, elabora un documento (*Répression féroce en*

Espagne) de denuncia de la brutal represión burguesa como consecuencia de la reciente rebelión de las masas trabajadoras españolas. Da cuenta, asimismo, de los casi tres mil trabajadores asesinados (citando fuentes del Gobierno), y de decenas de miles encarcelados y de los bombardeos de pueblos y ciudades de Asturias. En la parte final subraya el deber de acudir en ayuda de las numerosas víctimas de «una de las más atroces represiones conocidas» e invoca el apoyo a «los presos políticos, a las familias de las víctimas de la represión y a los refugiados políticos que participaron en esa gloriosa epopeya».

Posteriormente, en el acta de la sesión del Comité Ejecutivo del SRI del 8 de octubre de 1935, se menciona una comunicación en la que se procede a la lectura de una carta enviada desde París (del Comité de Ayuda a las Víctimas de España) en la que se propone una película sobre España y se recomienda a las federaciones que organicen mítines y proyecciones. Más adelante, en la misma sesión, al abordar la aplicación de las decisiones del Comité Central, una de las intervenciones (Lejour) expone que «en la agitación, debemos crear y desarrollar urgentemente los comités Thaelman y popular, así como la lucha por el derecho de asilo. Campaña internacional por España (abandonada), simplemente artículo en la prensa».

En cuanto a los intelectuales y artistas ligados al Partido, que crearon la Asociación Revolucionaria Cultural (ARC), hay que esperar hasta el número 6 de su revista *Documents* 35 (noviembre-diciembre 1935) para que aparezca España, pero no se trata sino del anuncio de una conferencia sobre «la situación revolucionaria en España» de «camaradas particularmente cualificados».

Actitudes libertarias

Para completar este pequeño panorama de la prensa obrera belga, habría que analizar la prensa anarquista, que es prácticamente confidencial, excepto en el caso de *Le Rouge et le Noir*. Este semanario, dirigido por Pierre Fontaine, es una tribuna pluralista e independiente, sin una línea política precisa, pero que juega un papel importante en la vida intelectual belga de los años

1930. A pesar de los colores que le dan nombre, no se trata en absoluto de un periódico anarquista, aunque los anarquistas se expresen con regularidad en sus columnas hasta 1935. Los tres artículos que están dedicados a la revolución de octubre de 1934 se deben precisamente a plumas anarquistas o afines. No se encuentra en ellos ningún llamamiento en solidaridad con los mineros asturianos y muy poco sobre Asturias; se trata más bien de artículos de fondo que analizan la insurrección de octubre de 1934, sus causas y su contexto. Mil Zankin (pseudónimo de Gabriel Fijéis, anarquista de entonces) firma, el 17 de octubre, un exaltado artículo donde retoma los estereotipos de violencia y extremismo endosados a la imagen de España desde los acontecimientos de la Semana Trágica. No hace ninguna alusión a Asturias; prefiere insistir en la crueldad de la represión en general y desarrollar la tesis según la cual la república española ha cavado su propia tumba, para concluir en estos términos: «La revolución domeñada hoy no es sino el prelude de la gran revolución que se prepara y cuya marcha implacable nada detendrá. [...] esta revolución será la de los obreros y los campesinos decididos a conquistar las fábricas y la tierra, su trabajo y su pan».

Después de un silencio de quince días aparece un segundo y extenso artículo, bajo el título «Où va l'Espagne?». Se divide en tres partes – «La République espagnole», «Vers l'insurrection» et «L'insurrection»– que aparecen entre el 7 y el 12 de noviembre. Se deben a la pluma de War Van Overstraeten, un interesante personaje de la vida política belga de entreguerras. Anarquista en su juventud, miembro de la Joven Guardia socialista después de la guerra, fundador del primer partido comunista belga –de tendencia consejista y antiparlamentaria– alineado con la oposición trotskysta en 1928 ante los excesos estalinistas, rompe con los partidos y se convierte en comunista libertario en los años 1930. A partir de sus propias observaciones, recogidas de un viaje que hizo a España en 1933, analiza minuciosamente las debilidades de la república –mostrando, como Zankin, como se mina ella misma– y describe un panorama de las distintas organizaciones y alianzas obreras, no sin dar muestras de la profunda aversión de los obreros españoles hacia los partidos políticos, para explicar la insurrección. Consagra una columna al «suplicio de Asturias», insistiendo sobre el hecho

de que «los mineros asturianos han querido la revolución social» y que la «lúcida voluntad de darlo todo por ese sagrado objetivo les ha llevado a una lucha extraordinaria de la que no podían, abandonados a su suerte, resultar vencedores». Subraya la importancia de la legión extranjera en la represión orquestada por Lerroux y denuncia los métodos de propaganda utilizados por el gobierno, que intenta disimular las atrocidades que comete atribuyéndolas a los sublevados. En *Brûleurs d'idoles*, Corman también se aplica, pero con mayor extensión y precisión, en desmontar las calumnias gubernamentales sobre los sublevados.

El último artículo dedicado a España, el 28 de noviembre, es el de un proscrito francés que entró en el país sin pasaporte y que enseguida fue encarcelado en la prisión Modelo de Barcelona. No habla de octubre de 1934, se contenta con describir la vida del microcosmos en el que se encuentra encerrado. Pone de relieve la diferencia entre las galerías de los *correctionales* y las de los *sociales*, anarquistas en su mayoría. Entre los primeros reina la ley de la jungla, mientras que la organización de los segundos, su solidaridad y la lucha que han llevado en el interior de la prisión les han permitido obtener condiciones de detención mucho más favorables.

¿Exilio clandestino en Bélgica?

La represión desatada después de la derrota obrera de octubre de 1934 llevó a pasar por la cárcel entre 15.000 y 18.000 trabajadores, de los que en enero de 1936 quedaban, al menos, 2.587. Además, otro número que oscila entre 200 y 300 exiliados asturianos fueron a parar a Francia (París, Dieppe, Orléans, Rennes...) y a Bruselas; algunos después de pasar un tiempo en Moscú, como fue el caso del dirigente socialista Graciano Antuña. Amaro del Rosal refiere que Belarmino Tomás estuvo exiliado en Bélgica y otras fuentes hablan de que también estuvieron en ese país sus hijos Urcesino y Agripino, así como Herminio Álvarez Iglesias y algunos dirigentes comunistas, anarquistas y socialistas, para regresar después a París y algunos de ellos ir a Bruselas. Sin embargo, en los archivos de la policía encargada del control de los extranjeros de la capital belga, no aparece ningún dossier que corresponda a los refugiados políticos asturianos. Tam-

poco las vagas referencias al exilio posterior a octubre de 1934 nos permiten hacer una evaluación del número, aunque sea aproximado, de exiliados asturianos en Bélgica.

De hecho, la mayor parte de los dossiers se refieren a refugiados huidos de la Alemania nazi y de la Italia fascista, así como a judíos de diferentes países del este europeo. La explicación a ese vacío de información sobre los exiliados asturianos muy probablemente tenga que ver con una especial prevención hacia ellos por parte de las autoridades belgas, en el sentido de que la concesión del estatuto de refugiado político (cuestión muy debatida en la época) se reservase exclusivamente para los exiliados procedentes de los países fascistas, lo que hace pensar que los mineros asturianos que fueron a parar a Bélgica quizá lo hubieran hecho de forma clandestina. Al menos, eso se puede pensar a la luz de lo expuesto en una carta, fechada el 10 de noviembre de 1934, en la que el Administrador de la Seguridad Pública comunica al general que dirige la policía que, de acuerdo con la decisión del Gobierno de no acoger a los refugiados españoles, especialmente los que Francia tiene intención de expulsar, disponga las brigadas del control fronterizo para que rechacen a cualquier refugiado español que intente entrar en Bélgica. Desde luego, esta actitud intransigente del gobierno belga hacia los refugiados políticos asturianos contrasta con el trato dispensado dos años antes a jesuitas y religiosos españoles a la hora de otorgarles abundantes permisos de residencia.

Geneviève Michel

Carlos García

Bruselas, 4 de marzo de 2009

Un librero en la tormenta



“...Tarragona y sus viñedos, ...¡y sus baños de mar a medianoche!”

Mathieu Corman nació el 15 de febrero de 1901 en Lontzen, cerca de Eupen¹, en una pequeña granja de pastizal expropiada en vista a la ampliación de la estación de Herbesthal. Su padre, muerto cuando el pequeño Mathieu tenía tres años, era valón y su madre venía de Eupen, aunque de origen flamenco. La familia, bilingüe, era muy católica.

Mathieu, que ingresó en el internado de los franciscanos de Völkerich, cerca de Gemmenich, hasta la edad de diez años, hizo los cursos de enseñanza media en el instituto Saint-Joseph en Dolhain. Con la declaración de guerra, al residir en territorio alemán, Corman debe interrumpir sus estudios. Trabaja en la granja materna a la vez que aprende idiomas. Enrolado como

¹ La parte este de Bélgica, alrededor de Eupen, perteneció a Alemania hasta después de la Primera Guerra Mundial. El Tratado de Versalles (1919) la atribuyó a Bélgica como compensación, pero cuando las tropas alemanas invadieron Bélgica en mayo de 1940, esa zona volvió a pertenecer a Alemania hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. (NdT)

voluntario en un cuerpo de artillería del ejército belga a la llegada de las fuerzas aliadas, Corman es destinado al Cuerpo de Intérpretes militares y luego a la misión belga en el cuartel general británico en Colonia. En 1921 es transferido a la oficina de información política del ejército belga de ocupación; más tarde ejerce diversas funciones administrativas en Bélgica y en Alemania. Ya entonces da muestras de su curiosidad. Sigue la huelga de los trabajadores alemanes y de los obreros del Ruhr contra la tentativa de golpe de estado de Wolfgang Kapp entre el 13 y el 17 de marzo de 1920 contra la república de Weimar; su primer reportaje aparece en *La Nation belge* en 1920.

En 1925, a fin de establecerse como librero en la costa, se convierte en secretario de la sociedad de Grandes Hoteles del litoral. En marzo de 1926, se casa con una de sus veinticinco primas y abre su primera librería en la avenida Buyl de Ostende, La Librairie du Carillon. Llegará a tener tres, en Ostende, Bruselas y Le Zoute. La librería estaba decorada con un gran fresco mural con los retratos de 52 escritores, realizados por el pintor Labisse, gran amigo de Mathieu Corman. También Labisse es el autor del dibujo reproducido en la famosa sobrecubierta que aún envuelve cada libro vendido en Corman. En la posguerra, y hasta los años setenta, poseía uno de los principales fondos de libros de todos los géneros en Bélgica; enarbolaba orgullosamente el emblema publicitario: «la mayor librería de Europa». Actualmente solo subsisten, bajo una forma más comercial, las Librerías Corman del litoral.

Después de una estancia en Marruecos en la que asiste a las últimas operaciones de «pacificación» francesa (*Vers le soleil marocain*, 1933), en 1934, por simpatía con el movimiento insurreccional que estalla en Asturias, Corman va a España (en moto) con un amigo. Volverá con un notable reportaje. En 1935 se afilia al Partido Comunista Belga. Viaja por Europa Central y los Balcanes. Publica *Terres de trouble*. En 1936, Corman vuelve a España para participar en la lucha republicana. Durante los primeros meses, combate al lado de los anarquistas de la Columna Durruti, y vuelve a Bélgica en diciembre para redactar «*Salud camarada!*» *Cinq mois sur les fronts d'Espagne*.

Regresa unas semanas más tarde como enviado especial del diario *Ce Soir* y de la Agencia España, probablemente a mediados de mayo. Su combate por la república española no se interrumpe en ese momento ya que, desde que se instala en Ostende, se ocupa de un hogar para niños españoles en colaboración con el Socorro Rojo Internacional. Como anécdota vale la pena decir que trajo de Guernica dos bombas incendiarias que no habían explotado. Las transportó en moto de Irún a Ostende. Acabaron por ser arrojadas en el mar después de los primeros bombardeos de Ostende en mayo de 1940.

Partisano armado desde 1941, perseguido por los alemanes, Corman, de acuerdo con el Partido Comunista, se va a Inglaterra el 20 de octubre de 1941 para seguir cursos de sabotaje. Sin embargo, se queda bloqueado en el sur de Francia hasta finales de marzo de 1942, y pasa a España en abril. Detenido en Barcelona, permanece encarcelado durante seis meses en la prisión celular de Figueres, y después otros tres meses y medio más en el campo de concentración de Miranda [de Ebro]. El cónsul de Bélgica, Jottard, consigue sacarlo de allá, y así Corman llega a Inglaterra en compañía del Dr. Marteaux, a finales de enero de 1943. Con el nombre de Robert Craven realiza el adiestramiento como paracaidista. Pero la seguridad militar belga se opone a su intervención como paracaidista, y se limita a participar en la actividad del Frente de la Independencia en Londres. Vuelve a Bélgica el 7 de noviembre de 1944, y renueva su afiliación al PCB un mes después. En los años cincuenta, la venta de las obras de Kravtchenko y de Virgil Gheorghiu por la Librería Corman es considerada por el PCB incompatible con su afiliación al partido. Sin embargo, Corman permanecerá fiel a sus convicciones comunistas hasta el final. Empleó como librerías a varias personalidades políticamente comprometidas, como al antiguo surrealista del Hainaut André Lorent o al escritor Charles-Louis Paron. Este último también trabajó en la Librairie du Monde Entier, especializada en la importación de libros soviéticos, que Corman había ayudado a poner en pie con Xavier Relecom².

² Que fue secretario general del Partido Comunista Belga (NdT).

Abierta de nuevo poco después de la liberación, la librería de Ostende fue visitada regularmente por representantes de la fiscalía de Brujas que, por denuncias de un colega, iban en busca de libros «pornográficos» y de obras importadas ilegalmente de Francia (y, por lo tanto, sin pagar aranceles). Corman fue encausado varias veces e incluso fue condenado por difundir obras contrarias a las buenas costumbres (como una obra ilustrada sobre el pintor Delvaux).

Corman es autor de una única novela nutrida de sus recuerdos de guerra, publicada primero bajo el pseudónimo de Nicolas Cravenne (*Ami entends-tu?*, 1963, reeditada en 1970) y una obra que describe sus altercados con la fiscalía de Brujas (*Outrage aux moeurs*, 1971). Pero probablemente su obra más interesante está constituida por los reportajes que realizó en España (*Brûleurs d'idoles. Deux vagabonds dans les Asturies en révolte*, 1935 y «Salud camarada!» *Cinq mois sur les fronts d'Espagne*, 1937), en los Balcanes (*Terres de trouble, aventures de deux flâneurs dans les Balkans d'aujourd'hui*, 1935 y *Drougar*, 1956) y en Rusia (*Le rendez-vous de Koursk: mes contacts directs avec les Soviétiques chez eux*, 1974).

Viajero preocupado por su independencia, Corman conoció a personalidades, pero también y sobre todo a gente del pueblo a la que su equipamiento (una moto o una de las primeras autocaravanas) no de deja de intrigar. Los diálogos están llenos de naturalidad y las observaciones a menudo son oportunas.

La muerte de Corman es un poco misteriosa. Se suicidó en 1975, el día de su cumpleaños, en el bosque de su infancia, al otro lado de la frontera.

Paul Aron,
Director de investigación del FNRS-ULB.

Títulos publicados

Hacia un desarrollo rural sostenible

Año de edición: 2001
248 páginas
ISBN.: 84-607-3516-8

Los árboles de la muerte. Crónica de un inmigrante sin papeles

Año de edición: 2004 (2ª edición)
96 páginas
ISBN.: 84-607-9379-6

Contra la Unión Europea. Una crítica de la Constitución

Año de edición: 2005
48 páginas
ISBN.: 84-609-4170-1

Crisis y deuda externa. Las políticas del Fondo Monetario Internacional

Año de edición: 2005
248 páginas
ISBN.: 84-609-5602-4

Nos comen. Contra el desmantelamiento del mundo rural en Asturias

Año de edición: 2005
196 páginas
ISBN.: 84-609-7722-6

Más agua, ¿para qué? El Plan Hidrológico Nacional, el embalse de Caleao y la nueva cultura del agua

Año de edición: 2006
120 páginas
ISBN.: 84-611-0896-5

Quién invade a quién. El Plan África y la inmigración

Año de edición: 2007 (2ª edición)
68 páginas
ISBN.: 84-611-4544-5

Oviedo detrás de la fachada [Fotografías]

Año de edición: 2007
64 páginas
ISBN.: 978-84-611-6895-8

Oviedo detrás de la fachada

Año de edición: 2007
184 páginas
ISBN.: 978-84-611-6896-5

Catalina y los bosques de hormigón

Año de edición: 2007
56 páginas
ISBN.: 978-84-611-8953-3

Rodaré maldiciendo. Poemas y arte callejero

Año de edición: 2008
40 páginas
ISBN.: 978-84-612-4533-8

A la vuelta de la esquina. Relatos de racismo y represión

Año de edición: 2008
128 páginas
ISBN.: 978-84-612-7617-2

